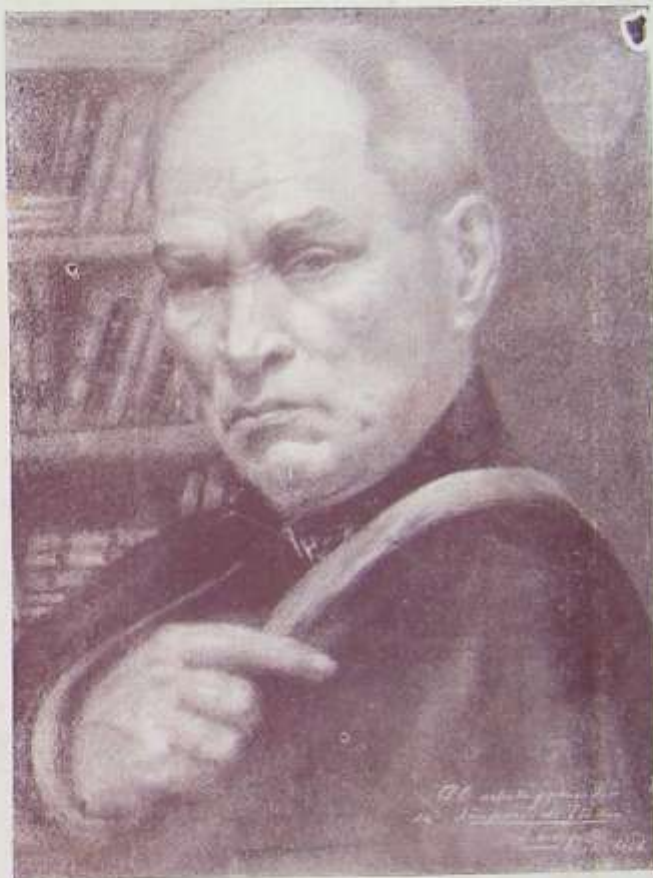


AMERICA

N.º 29 y 30



Retrato de 1868. Cópia de D.

Don José Austria



—¡Qué trágico momento,

cuando en medio del baile sintió ese horrible dolor de cabeza que lo hizo desplomarse en un sillón, mientras todos lo rodeaban con angustia!

Pero, gracias al cielo, un amigo suyo tenía CAFIASPIRINA. ¡Dos tabletas, un vaso de agua...y a los cinco minutos ya estaba otra vez bailando, tan sano y tan alegre como antes!

Desde entonces, a toda reunión social lleva siempre consigo, "por lo que pueda suceder", un tubo de la noble y segura



CAFIASPIRINA

Ideal para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcohólicos, etc.

No afecta el corazón ni los riñones.



GRAN SASTRERIA

DE

J. ALEJANDRO REYES

RENOVACION CONSTANTE DE CASIMIRES

LOS MEJORES DE PLAZA

IMPORTACION DIRECTA DE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

Precios moderados y trabajos garantizados

DIRECCIONES: TELEGRÁFICA, **Jerayes**. TELÉFONO, 5-7-8.

QUITO, ECUADOR

PROCURE,

amable lector, leer el número aniversario
de esta Revista. Asomará en la tercera
semana de Agosto próximo.

AMERICA

Contenido de los N^{os} 29 y 30

- El Retrato de Don José Austria*, por Remigio Ramero y Cordera
Un gran escritor Guatemalteco, por Augusto Arias
El Hombre que parecía un Caballo, por Rafael Arévalo Martínez
Rosa, por Baltasar Drumundo
Elogio del Monte, Elogio del Amor Secreto, por Simón Latina
Lo último diatriba contra el Libertador, por Remigio Crespo Toral
Verbo Negro, por Palomón Estibla
La Sinfonía de las Campanas Santiaguinas, por Julia García Gomes
Mi mensaje a la Juventud, por Santiago Argüello
Salvador Díaz Mirón, por Gil de Balz
A Gloria, Los Peregrinos, por Salvador Díaz Mirón
Un Artista muy humano, por Alejandro Andrade Coello
Hitos Indolatinos, por Víctor J. Guevara
Sin dejar una sombra, Rimas de Primavera, por José Carduz Viera
Hacia el ideal americanista, por Luis F. Torres
Ideas Políticas, por José Ortega y Gasset
La Crisis del Constitucionalismo Moderno, por J. M. Velasco Ibarra
De la Guerra de América, por Gastón Figueira
Epitafio, Entones, por Hugo Moncayo
El Génesis Legislativo del Trabajo y el Ecuador, por José A. Calisto Ch.
Poema, por Jorge Pérez Concha
Un epigrama poeta Ecuatoriano, por Nicolás Rubio Vázquez
Don Luis de Valbuena y Argote, por Jaime Barrera B.
La Abela, por R. Larrea Andrade
La Alma y la Belleza, por Evaristo Ribera Chevrement
Reflexiones para los maestros, por Maître Renard
Bibliografía

A NUESTROS LECTORES

Rogamos a los directores de revistas u otras publicaciones, a los escritores y a los bibliotecarios nacionales y extranjeros que reciben nuestra Revista, se sirvan acusarnos recibo. Si después de la segunda remisión no tenemos ninguna noticia, suspenderemos el canje o el envío gratuito.

De las colaboraciones de los escritores nacionales, publicaremos solamente las solicitadas.

Toda correspondencia debe dirigirse a: Srs. Directores de AMERICA, Apartado N. 75.-Quito, Ecuador. S. A.

S U S C R I P C I O N

Número suelto..... \$ 0,50
Entrega de siete números (valor adelantado).. 3,00

AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANOAMERICANA

Publicada por el Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Sevilla

En el número 1, año 1, 1941

Sevilla, 1941

Impreso en el taller de imprenta de la Universidad de Sevilla

Deposito legal: A. 10.111-41

Exemplar número 1

El precio de cada número es de 100 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas

El precio de cada tomo es de 1.000 pesetas



AMERICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

DIRECCION:

Alfredo Martínez
Guillermo Bustamante
Augusto Srias
Fernando Ghaves

Director Artístico:
Nicolás Delgado

Año III

1928
Junio y Julio

AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

Nos 29 y 30

QUITO--ECUADOR
Apartado N° 75

El retrato de Dn. José Austria

A LUIS CRESPO ORDOÑEZ

EN la recia cabeza de este ejemplar humano
tienen musculatura todos los pensamientos . . .
Su frente yace abierta, como un inmenso llano,
para la romería de los mayores vientos . . .

El pintor le ha vestido de patricio romano
y le ha puesto un escudo con tres símbolos cruentos:
mujer, vino y poema . . . diabolismo pagano
de los renacentistas del año mil quinientos . . .

Gran viejo este gran viejo que firma con el nombre
de una nación de Europa . . . Setenta veces hombre,
bohémio, diplomático, Don Juan, bardo y demonio,

ha dado, con sus gestos, flor de motivos para
que invente la vejez angusta de Petronio
el único pintor que ha pintado su cara . . .

Remigio ROMERO y CORDERO

Quito, Ecuador

UN GRAN ESCRITOR GUATEMALTECO

EN edición armoniosa aparece la obra del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez. Sus poemas y sus novelas breves han merecido el honor oficial, pues las edita el gobierno de esa nación, una de las florecientes Américas del centro. Ya saben, los gobernantes, de la significativa valencia de los libros de sus poetas y escritores. Aquella es ofrenda relevante. Vinja y encuentra eco en espíritus de otras latitudes. Tiene virtud de mensaje y saludo anímico.

Arévalo pertenece a la Academia guatemalteca correspondiente de la Real Española; pero no se sujeta a los moldes clásicos, sin olvidar tampoco la corrección de las ideas y la mesura de la forma. Fija a los personajes de sus cuentos con un resplandor nuevo, les encuentra sitio en la verdad de la vida y, ornándolos de aditamentos fantásticos, al cabo de una divagación en la que parece plantear problemas extraños a los de su relato, toma de pronto del hilo oculto de esas existencias, las controne o las abandona, y los hombres aparecen, en su instante más limpio, con su voz segura y su gesto natural.

Sus dos cuentos más célebres, *El Hombre que Parecía un Caballo* y *El Tecuabán Colombiano*, tocados de violento humorismo, están sostenidos en un juego de hues y en un plano dialogante de tanta fuerza humana, que nos detienen en el interés de esas escenas noveladas que merecieron elogio irrestricto de Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Vasconcelos y otros lectores inteligentes.

El señor de Aretal parecía un caballo. Nobleza, elasticidad, fuerza. Pero no era un hombre. «Casi humano, sabía llevar cargas humanas: una mujer o un amigo», dice Arévalo. Sentía el cabalgador la rudeza de la crin. El señor de Aretal hacía versos; sus joyeros mostraban la esplendidez de los minerales, pero sin tibieza, sin alma.

El otro, la evocación del perro, aparece en el cuento de Arévalo Martínez con fidelidad, constancia y humillación. Es un trovador y se llama León Franco. En esas curiosas afinidades, criza, con relámpagos de ensueño y meditación, el ágil conceptismo del escritor. No fatiga. Tiene el discreto florilegio de los poetas y la referencia continua de los que fueron, con impaciencia selecta, por las citas divinas de los mejores libros. Veel con que graciosa y elegante ironía habla de los perros en el efusivo re-

lato de León Franco: «Hay perros degenerados; esas son muchas especies de hombres, digo, de perros, de los que no hay que acordarse: a los que hay que olvidar como hay que olvidar a ciertos perros, digo, a ciertos hombres. Volvamos a nuestro León Franco y floremos sobre él. ¡Era el dulce perro familiar! Ese pobre perro que en la especie canina representa al pobre poeta en la especie humana y por eso es calumniado por los de su raza. ¡Porque está pronto a ser más que perro, porque se acerca al hombre, porque va a volverse hombre; así como el artista es calumniado, porque pronto va a ser más que hombre, porque se acerca a Dios, porque va a volverse ángel.»

Arévalo acendra dos bien ganadas de cultura. No canta, como los poetas espontáneos, con la melodía de Adán Sívestre. Llegó a las fuentes del espíritu, ahí donde el agua es sávida y las imágenes renacen y se apagan, cautivadoras. Sopó el polvo de las bibliotecas. Leyó a los filósofos para interrogarlos cada vez que siente la espina de la tarde reflexiva. Y en la distancia que va de Nietzsche al autor de la Suma Teológica (distancia, no tiempo), recogió arenilla propia para la clesidra personal. Los ojos del poeta guatemalteco ven a Dios y esperecen, por eso, en las líneas de sus versos diáfana luz mística. Alumbraídas de tal suerte están algunas de «Las Rosas de Engañó», luz poética de su libro. Florecen, también, de las raíces afiepas del amor o se abren en pétalos de matices enternecidos, para el ofertorio paternal. Las rosas se delatan simétricas y cargadas de olor cordial. No han monester de un jardintero que nos diga de su presencia con pregón anticipado. Se denuncia ellas mismas, nos gustan por su fragancia y simpatizamos de mirarlas por su fresco color.

Como en las *Historias Maravillosas* de Poe, en el segundo libro de Arévalo, «Las Noches del Palacio de la Nunciatura», irrumpe el cortante soplo del misterio, se cuenta la extraña visita de «lo nocturno invisible». El personaje de esta tragedia grotesca tiene, además, una afinidad animal. Casi toda la novela consiste en el relato que el señor de los topacios hace al místico poeta Aldama, en horas en que sus almas, quizá por elevarse sobre la vejez de la carne, comienzan por referirse a la inverosímil presencia de los espíritus. Maruenda, bouschón, atacado de glotonería, infantil y devoto, siente en

la médula el escalofrío del espiritismo. El médium consigue el advenimiento de un raro embajador del vértigo al que llaman Nalgolapio, en irreverente bautizo, aplicándole más tarde, para calmar sus cóleras, el cariñoso nombre de Timoteo.

Lo trágico, filtrado en los agudos carrizos de la risa nerviosa, suena en las raras sesiones de la casa del señor de Aretal. Su criado Espiridión, maya terroso y hermético, es como la pared del silencio que se desploma a cada nueva llegada de Timoteo que después de helar las vértebras de Maruenda, impulsa los objetos de las habitaciones, en círculo de locura. Un día eleva el espejo del tocador hasta el cielo raso, enciende el sol en su lima de cristal y se propone derretir a los huéspedes que fugan al parque vecino. Un dedo de plata persigue al señor de los topacios y al iracundo rechazo suyo, se vuelve siempre «como emblema de la huida perpetua de sí mismo».

La charla del agnóstico Aretal tiene ebullición miedosa y acaba por hervir en filosóficas burlas. Sabe que es un caso de perversión la inverecundia de Maruenda. El reverso de su tranquila faz que se congestiona de risa. El hocico astral de su episódica existencia perruna.

Arévalo Martínez trae afectos de contraste para sus cuentos extraordinarios. El torso poeta Aldama que siente, como nunca, la presencia de la muerte se baña en aguas claras de recogimiento; lee «Las Moradas» de la doctora de Avila, sigue la ruta del Pobrecillo y adora a un Cristo labrado en madera preciosa. La vida se le anuncia, entonces, por un ventanillo tamizado de celigrosa luz. Pero Maruenda y Aretal se esfuerzan de intranquilizar su remanso que se alborota hasta el delirio.

Las alucinaciones de Poe, cobran, en la prosa flexible de Arévalo, un nuevo sentido de humorismo doloroso. Otro círculo dantesco en el que se comunicaron los hombres y las bestias y un afán de los dialogantes de ascender a la verdad, limpios de tristeza y sobresalto.

En el relato *Scatas*—páginas de la primera juventud del poeta—alienta el drama, y acaso, la ternura del idilio. Sentas, de ojos desvelados y graciosa ligereza de colibrí, siembra para siempre el terciopelo de su mirada en el recuerdo del novelador. El ajedrez resuelve la suerte del estudiante de provincia en el corazón de la muchacha. Su padre, un coronel boso y brutal, tiene la pasión del tablero que evoca un pedazo del traje de Arlequín y franquea las puertas de su casa al invencible contendor. Ahí, sobre las figuras negras y blancas, en la

absorción de los ajedrecistas, siente, por la primera vez, los ojos de Sentas que bañarían todos los rincones de su memoria.

Otra vez el contraste: la muchacha delicada y nerviosa y el pulbre bauto. El final de la novelita es de elegía sobre la novia perdida en la primavera, angustia de colegial que, como en la distante tarde de María, reclama por la amiga entrañable y le responden que ya la llevaron al cementerio.

En los comienzos de su vida literaria, Arévalo Martínez marca, con la tinta firme de la sinceridad, las primeras hojas de sus poemas. El verso es armonioso, pulcro de forma, vibrante de una sensualidad que pretende apagarse en un misticismo como de alivio, o agudizado en una sonrisa, florecer de tristeza irónica. Algunos de sus poemas alcanzan espléndido triunfo. Se incautan del corazón popular con su aristocracia que no es oscura ni rambosa.

Lee, una vez, sus necrologías. El lamento de los amigos, con las metáforas del elogio póstumo, cae sobre la hipóda de su retraimiento. Se propaga la noticia de la muerte del poeta y entonces el hombre que parece un caballo, inteligente, olfatea su gloria, crinando un elegante discurso, y el hombre que se asemeja a un perro, fiel, rasga la noche con su aullido lúgubre.

Arévalo, reanfecto, no persevera en los versos que pusieron línea colorida en su horizonte de adolescencia. Le preocupa el análisis, cava en el jardín de Adamo y en el campo de Epicuro; se acerca a la alondra enamorada y prisionera de Santa Teresa; se hiere el alma con el filo de los libros cristalinis; descubre la media faz de estapor de los hombres y el cuarto de hora de fantasma de los amantes; busca en el cráneo de los poetas el adarme de locura que les eriza los cabellos bajo la luna, y de su observación y su piedad, de su rabia y su duelo, de su olvido y su recuerdo, extrae esas nuevas páginas fantásticas, hallazgo de simpatías y diferencias, símbolo de pasiones y virtudes, caricatura y retrato, mojaditas de una acritud que alimenta, no obstante, a los gusanillos burlescos del amor y de la muerte.

Para la amistad del sentimiento, serenata leda y evocadora la de sus poemas. Intima con nuestras realidades o nuestros ensueños. Pero lo que no se olvidará nunca es la sonrisa descarnada de su novela. Arévalo Martínez supo verter en sus elixires de pensamiento, la gota amarga, esencia del victorioso humorismo.

Augusto ARIAS

Quito, Ecuador

El hombre que parecía un caballo

EN el momento en que nos presentaron, estaba en un extremo de la habitación, con la cabeza ladeada, como acostumbraban a estar los caballos, y con aire de no fijarse en lo que pasaba a su alrededor. Tenía los miembros duros, largos y juntos, extrañamente recogidos, tal como los de uno de los protagonistas en una ilustración inglesa del libro de Gulliver. Pero mi impresión de que aquel hombre se asemejaba por misterioso modo a un caballo, no fue obtenida entonces sino de una manera subconsciente, que acaso nunca surgiese a la vida plena del conocimiento, si mi animal contacto con el héroe de esta historia no se hubiese prolongado.

En esa misma primitiva escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aréol a desprenderse, cara obséquiarlos, de los traslucidos collares de ópalos, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos que constituían su lúgubre tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso diamante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban, y volvían trémulas y convulsivas y regresadas a darme la buena nueva: «Este es el hombre que esperabas; este es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un sér único. La avidez con que tomaste, perehiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defraudaron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha; inclínate y bebe de esta agua.»

Y cuando se levantó para marcharse, lo seguí, abrochado y preso como el cordero que la zagala ató con lazos de rosas. Ya en el cuarto de habitación de mi nuevo amigo, éste, apenas traspuéstos los umbrales que le daban paso a un medio propio y habitual, se encendió todo él. Se volvió desambrador y esóndico como el caballo de un emperador en una parada militar. Las solapas de su levita tenían vaga semejanza con la túnica interior de un corcel de la edad media, enjuzado para un torneo. Le caían bajo las nárgas enjutas, acariciando los remos finos y elegantes. Y empezó su actuación teatral.

Después de un ritual de preparación cuidadosamente observado, caballero iniciado de un antiquísimo culto, y cuando ya nuestras almas se habían vuelto cóncavas, sacó el extirpacio de sus versos con la misma mesura meliosa con que se acerca el sacerdote al ara. Estaba tan grave que imponía respeto. Una risa hubiera sido acuchillada en el instante de nacer.

Sacó su primer collar de topacios, o mejor dicho, su primera serie de collares de topacios, traslucidos y brillantes. Sus manos se alzaron con tanta rapidez que el ritmo se extendió a tres minutos. Por el poder del ritmo, nuestra estancia se convirtió toda en el segundo piso, como un globo prisionero, hasta desasirse de sus lienzos terrenos y llevarnos en un silencioso viaje aéreo. Pero a mí no me esquivaron sus versos, porque eran versos inorgánicos. Era el alma traslúcida y radiante de los minerales; eran el alma simétrica y dura de los minerales.

Y entonces el oficiante de las cosas minerales sacó su segundo collar. ¡Oh esmeraldas, divinas esmeraldas! Y sacó el tercero. ¡Oh, diamantes, claros diamantes! Y sacó el cuarto y el quinto, que fueron de nuevo topacios, con gotas de luz, con acumulamientos de sol, con partes opacamente radiosas. Y luego el séptimo: sus carbunclos. Sus carbunclos casi eran tibios; casi me convencieron como granos de granada o como sangre de héroes; pero los toqué y los sentí duros. De todas maneras, el alma de los minerales me invadía; aquella aristocracia inorgánica me seducía raramente, sin comprenderla por completo. Tan fué esto así, que no pude traducir las palabras de mi Señor interior, que estaba confuso y hacía un vano esfuerzo por volverse duro y simétrico y limitado y brillante, y permanecer mudo. Y entonces, en imprevista explosión de dignidad ofendida, creyéndose engañado, el Oficiante me quitó su collar de carbunclos, con movimiento tan lleno de violencia, pero tan justo, que me quedé más perplejo que dolorido. Si hubiera sido el Oficiante de las Rosas, no hubiera procedido así.

Y entonces, como a la rotura de un conjuro, por aquel acto de violencia, se deshizo el encanto del ritmo; y la blanca navecilla en que voláramos por el azul del cielo, se

encontró sólidamente aferrada al primer piso de una casa.

Después, nuestro común presentante, el señor de Aretal y yo, almorzamos en los bajos del hotel.

Y yo, en aquellos instantes, me azomé al pozo del alma del Señor de los topacios. Vi reflejadas muchas cosas. Al asomarme, instintivamente, había formado mi cola de pavo real; pero la había formado sin ninguna sensualidad interior, simplemente solicitado por tanta belleza percibida y deseando mostrar mi mejor aspecto, para ponerme a tono con ella.

¡Oh las cosas que vi en aquel pozo! Ese pozo fue para mí el pozo mismo del misterio. Asomarse a un alma humana, tan abierta como un pozo, que es un ojo de la tierra, es lo mismo que asomarse a Dios. Nunca podemos ver el fondo. Pero nos saturamos de la humedad del agua, el gran velóculo del amor; y nos deslumbramos de luz reflejada.

Este pozo reflejaba el múltiple aspecto exterior en la personal manera del señor de Aretal. Algunas figuras estaban más vivas en la superficie del agua; se reflejaban los clásicos, ese tesoro de ternura y de subiduría de los clásicos; pero sobre todo se reflejaba la imagen de un amigo ausente, con tal puzera de líneas y tan exacto colorido, que no fué uno de los menos interesantes atractivos que tuvo para mí el alma del señor de Aretal, este paralelo darne el conocimiento del alma del señor de la Rosa, el ausente amigo tan admirado y tan amado. Por encima de todo se reflejaba Dios. Dios, de quien nunca estuve menos lejos. La gran alma que a veces se enfoca temporalmente. Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad; el mensaje humano, que es el más valioso de todos. Pero era un mensajero inconsciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo.

Pronto interesé sobre manera a mi noble huésped. Me asomaba con tanta avidéz al agua clara de su espíritu, que pudo tener una imagen exacta de mí. Me había aproximado lo suficiente, y además, yo también era una cosa clara que no interceptaba la luz. Acaso lo ofusqué tanto como él a mí. Es una cualidad de las cosas alineadas el ser a su vez alineadoras. Esta mutua atracción nos llevó al acercamiento y estrechez de relaciones. Frequenté el divino templo de aquella alma hermosa. Y a su contacto empecé a encenderme. El señor de Aretal era una lámpara encendida y yo era una cosa combustible, nuestras almas se comunicaban.

Yo tenía las manos extendidas y el alma de cada uno de mis diez dedos era una antena por la que recibía el conocimiento del alma del señor de Aretal. Así supe de muchas cosas antes no conocidas. Por ráfagas aéreas, ¿qué otra cosa son los dedos?, o hojas aterciopeladas, ¿qué otra cosa que ráfagas aéreas son las hojas?, yo recibía de aquel hombre algo que me había faltado antes. Había sido un arbusto desahogado que prolonga sus filamentos hasta encontrar el humus necesario en una tierra nueva. ¡Y cómo me nutría! Me nutría con la beatitud con que las hojas trémulas de clorofila se extienden al sol; con la beatitud con que una raíz encuentra un calíver en descomposición; con la beatitud con que los convalescientes dan sus pasos vacilantes en las mañanas de primavera, bañadas de luz; con la beatitud con que el niño se pega al seno nutricio y después ya lleno, sonrío en sueños a la visión de una ubre viva. ¡Bah! Todas las cosas que se completan tienen beatitud así. Dios, un día, no será otra cosa que un alimento para nosotros; algo necesario para nuestra vida. Así sonrío los niños y los jóvenes, cuando se sienten beneficiados por la nutrición.

Además me encendí. La nutrición es una combustión. Quién sabe qué niño divino regó en mi espíritu un reguero de pólvora, de nafta, de algo fácilmente inflamable, y el señor de Aretal, que había sabido aproximarse hasta mí, le había dado fuego. Yo tuve el placer de arder; es decir, de llenar mi destino. Comprendí que era una cosa esencialmente inflamable. ¡Oh padre fuego, bendito seas! Mi destino es arder. El fuego es también un mensaje. ¿Qué otras almas arderían por mí? ¿A quién comunicaría mi llama? ¡Bah! ¿Quién puede predecir el porvenir de una chispa?

Yo ardí y el señor de Aretal me vio arder. En una maravillosa armonía, nuestros dos átomos de hidrógeno y de oxígeno habían llegado tan cerca, que prolongándose, cuando porciones de sí, casi llegaron a juntarse en alguna cosa viva. A veces revolaban como dos mariposas que se buscan y tejen maravillosos ligos sobre el río y en el aire. Otras se elevaban por la virtud de su propio ritmo y de su armoniosa consonancia, como se elevan las dos alas de un distico. Una estaba fecundando a la otra. Hasta que...

¿Habéis oído de esos carabanos de hielo que, arrastrados a aguas tibias por una corriente subacuífera, se desintegran en su base, hasta que perdido su maravilloso equilibrio, giran sobre sí mismos en una apocalíptica vuelta, rápidos, inspirados, presentando a la

far del sol lo que antes estaba oculto entre las aguas? Así, invertidos, parecen inconscientes de los navíos que, al hundirse su parte superior, hicieron descender al abismo. Inconscientes de la pérdida de los nidos que ya se habían formado en su parte vuelta hasta entonces a la luz, en la relativa estabilidad de esas dos cosas frágiles: los huevos y los hielos.

Así de pronto, en el ángel transparente del señor de Aretal, empezó a formarse una casi inconsistente subcilla obscura. Era la sombra proyectada por el caballo que se acercaba.

«¿Quién podría expresar mi dolor cuando en el ángel del señor de Aretal apareció aquella cosa obscura, vaga e inconsistente? Había mi noble amigo bajado a la cantina del hotel en que habitaba. «¿Quién pasaba? ¡Bah! Un obscuro sér, poseedor de unas horribles narices aplastadas y de unos labios delgados. «Comprendéis? Si la línea de su nariz hubiese sido recta, también, en su alma se hubiese enderezado algo. Si sus labios hubiesen sido gruesos, también su sinceridad se hubiese acrecentado. Pero no. El señor de Aretal le había hecho un llamamiento. Ahí estaba Y mi alma, que en aquel instante tenía el poder de discernir, comprendió claramente que aquel homecillo, a quien hasta entonces había creído un hombre, porque un día vi arrebolarse sus mejillas de vergüenza, no era sino un homináculo. Con aquellas narices no se podía ser sincero.

Invitados por el señor de los topacios, nos sentamos a una mesa. Nos sirvieron coñac y refrescos, a elección. Y aquí se rompió la armonía. La rompió el alcohol. Yo no tomé. Pero tomó él. Pero estuvo el alcohol próximo a mí, sobre la mesa de mármol blanco. Y medió entre nosotros y nos interceptó las almas. Además, el alma del señor de Aretal ya no era azul como la mía. Era roja y chata como la del compañero que nos separaba. Entonces comprendí que lo que yo había amado más en el señor de Aretal era mi propio azul.

Pronto el alma chata del señor de Aretal empezó a hablar de cosas bajas. Todos sus pensamientos tuvieron la nariz torcida. Todos sus pensamientos bebían alcohol y se materializaban groseramente. Nos contó de una legión de negras de Jamaica, líbricas y semi desnudas, corriendo tras él en la oferta de su odiosa mercancía por cinco centavos. Me hacía daño su palabra y pronto me hizo daño su voluntad. Me pidió insistentemente que bebiera alcohol. Cedi. Pero apenas consumado mi sacrificio sentí claramente

que algo se rompía entre nosotros. Que nuestros señores internos se alejaban y que venía abajo, en silencio, un divino equilibrio de cristales. Y se lo dije:—Señor de Aretal, usted ha roto nuestras divinas relaciones en este mismo instante. Mañana usted verá en mi llegar a su aposento sólo un hombre y yo sólo encontraré un hombre en usted. En este mismo instante usted me ha teñido de rojo.

El día siguiente, en efecto, no sé que hicimos el señor de Aretal y yo. Creo que marchamos por la calle en vía de cierta negocio. El iba de nuevo encendido. Yo marchaba a su vera apagado (y lejos de él! Iba pensando en que jamás el misterio me había abierto tan ancho rasgadura para asomarme, como en mis relaciones con mi extraño acompañante. Jamás había sentido tan bien las posibilidades del hombre; jamás había entendido tanto al dios íntimo como en mis relaciones con el señor de Aretal.

Llegamos a su cuarto. Nos esperaban sus formas de pensamiento. Y yo siempre me sentía lejos del señor de Aretal. Me sentí lejos muchos días, en muchas sucesivas visitas. Iba a él obedeciendo leyes inexorables. Porque era preciso aquel contacto para quemar una parte en mí, hasta entonces tan seca, como que se estaba preparando para arder mejor. Todo el dolor de mi sequedad hasta entonces, ahora se regocijaba de arder; todo el dolor de mi vacío hasta entonces, ahora se regocijaba de plenitud. Salí de la noche de mi alma en una aurora encendida. Bien está. Bien está. Seamos valientes. Cuanto más secos estemos arderemos mejor. Y así iba a aquel hombre y nuestros Señores se regocijaban. ¡Ah! ¡Pero el encanto de los primeros días! ¿En dónde estaba?

Cuando me resigné a encontrar un hombre en el señor de Aretal, volví de nuevo al encanto de su maravillosa presencia. Amaba a mi amigo. Pero me era imposible desecchar la melancolía del dios ido. ¡Traslúcidos, diamantinas alas perdidas! Cómo encontraros los dos y volver a donde estuvimos?

Un día, el señor de Aretal encontró propicio el medio. Eramos varios sus oyentes; en el cuarto encantado por sus creaciones habituales, se recitaron versos. Y de pronto, ante un más hermoso que los demás, como ante una clarinada, se levantó nuestro noble huésped, piadoso y elástico. Y allí, y entonces, tuve la primera visión: *el señor de Aretal estaba el encito como un caballo.*

Le llamé la atención:—Excelso huésped, os suplico que adoptéis esta y esta actitud.

Si; era cierto: *estaba el suelo como un caballo.*

Después, la segunda visión: el mismo día, Salimos a andar. Y de pronto percibí, lo percibí: *el señor de Aretal caía como un caballo.* Le faltaba de pronto el pie izquierdo y entonces sus ancas casi tocaban tierra, como un caballo claudicante. Se erguía luego con rapidez; pero ya me había dejado la sensación. «Habéis visto caer a un caballo?»

Luego la tercera visión, a los pocos días. Accionaba el señor de Aretal sentado frente a sus monedas de oro, y de pronto lo vi mover los brazos como mueven las manos los caballos de pura sangre, sacando las extremidades de sus miembros delanteros hacia los lados, en esa bella serie de movimientos que tantas veces habréis observado cuando un jinete hábil, en un paseo concurrido, reprime el paso de un corcel caracoleante y espléndido.

Después, otra visión: *el señor de Aretal caía como un caballo.* Cuando lo embriagaba su propia palabra, como embriaga el corcel noble su propia sangre generosa, trémulo como una hoja, trémulo como un corcel mantado y reprimido, trémulo como todas esas formas vivas de rigonbres nerviosas y finas, inclinaba la cabeza, hacaaba la cabeza, y así veía, mientras sus brazos desataban algo en el aire, como las manos de un caballo.—¿Qué cosa más hermosa es un caballo! ¿Casi se está sobre dos pies!—Y entonces yo sentía que lo cabalgaba el espíritu.

Y luego cien visiones más. El señor de Aretal se acercaba a las mujeres como un caballo. En las salas suntuosas no se podía estar quieto. Se acercaba a la hermosa señora recién presentada, con movimientos fáciles y elásticos, baja y ladeada la cabeza, y daba una vuelta en torno de ella y daba una vuelta en torno de la sala.

Veía así, de lado. Pude observar que sus ojos se mantenían inyectados en sangre. Un día se rompió uno de los vasos que le cubrían con trama sutil; se rompió el vaso y una manchita roja había coloreado su córnea. Se lo hice observar.

—«Bah, me dije, es cosa vieja. Hace tres días que sufro de ello. Pero no tengo tiempo para ver a un doctor.»

Marchó al espejo y se quedó mirando fijamente. Cuando al día siguiente volví, encontré que una virtud más lo embellecía. Le pregunté: ¿qué le embellece en esta hora? Y él respondió: «un matiz». Y me contó que se había puesto una corbata roja para que armonizara con su ojo rojo. Y entonces yo comprendí que en su espíritu había una

tercera coloración roja y que estas tres ropas juntas eran las que me habían llamado la atención al salirlo. Porque el espíritu de cristales del señor de Aretal se teñía de las cosas ambientes. Y eso eran sus versos: una maravillosa cristalería teñida de las cosas ambientes: esmeraldas, rubíes, ópalos . . .

Pero esto era triste a veces porque a veces las cosas ambientes eran oscuras o de colores manciplados: verdes de estercolero, pálidos verdes de plantas enfermas. Llegué a deplorar el encontrarlo acompañado, y cuando esto sucedía, me separaba con cualquier pretexto del señor de Aretal, si su acompañante no era una persona de colores claros.

Porque indefectiblemente el señor de Aretal reflejaba el espíritu de su acompañante. Un día lo encontré, a él, el noble corcell, enano y meloso. Y como en un espejo, vi en la estancia a una persona enana y melosa. En efecto, allí estaba; me la presenté. Era una mujer como de cuarenta años, chata, gorda y buja. Su espíritu también era una cosa baja. Algo rastreado y humilde; pero inofensivo y deseoso de agrair. Aquella persona era el espíritu de la adulación. Y Aretal también sentía en aquellos momentos una pequeña alma servil y obsequiosa. «¿Qué espejo cóncavo ha hecho esta horrorosa transformación?», me pregunté yo, aterrorizado. Y de pronto todo el aire transparente de la estancia me pareció un transparente vidrio cóncavo que deformaba los objetos. ¿Qué chistes eran las sillas. . . ! Todo invitaba a sentarse sobre ello. Aretal era un caballo de alquiler más.

Otra ocasión, y a la mesa de un bullanguero grupo que reía y bebía, Aretal fué un sér humano más, uno más del montón. Me acerqué a él y lo vi catalogado y con precio fijo. Hacía chistes y los blandía como armas defensivas. Era un caballo de circo. Todos en aquel grupo se exhibían. Otra vez fué un jayán. Se careció en palabras ofensivas con un hombre brutal. Parecía una vendedora de verduras. Me hubiera dado asco; pero lo amaba tanto que me dió tristeza. Era un caballo que daba coese.

Y entonces, al fin, apareció en el plano físico una pregunta que hacía tiempo formulaba: «¿Cuál es el verdadero espíritu del señor de Aretal? Y la respondí pronto. El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu: era amoral. Era amoral como un caballo y se debía montar por cualquier espíritu. A veces, sus jinetes tenían miedo o eran mezquinos y entonces el señor de Aretal los arrojaba lejos de sí, con

na soberbio bote. Aquel vacío moral de su ser se llenaba, como todos los vacíos, con facilidad. Tendrá a llenarse.

Propuse el problema a la elevadísima mente de mi amigo y ésta lo aceptó en el acto. Me hizo una confesión.—Sí; es cierto. Yo, a usted que me ama, le muestro la mejor parte de mí mismo. Le muestro a mí mismo inferno. Pero, es doloroso decirlo, entre dos seres humanos que me rodean, yo tiendo a colorearme del color más bajo. Huya de mí cuando esté en una mala compañía.

Sobre la base de esta percepción, me interese más en su espíritu. Me confesó un día, dolorida que ninguna mujer lo había amado. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ninguna mujer lo podía amar, porque él no era un hombre, y la unión hubiera sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía el pudor, y era indelicado en sus relaciones con las damas como un animal. Y él:

—Pero yo las colmo de dinero.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento.

Y él:

—Pero yo las acaricio con pasión.

—También las lamen las manos sus perriños de lunas.

Y él:

—Pero yo las soy fiel y generoso; yo las soy humilde; yo las soy abnegado.

—Bien; el hombre es más que eso. Pero ¿las ama usted?

—Sí, las amo.

—Pero ¿las ama usted como un hombre? No, amigo, no. Usted rompe en esos delicados y divinos seres mil hilos tenues que constituyen toda una vida. Esa última ramera que le ha negado su amor y ha desafiado su dinero, defendió su única parte inviolada: su señor interior; lo que no se vende. Usted no tiene pudor. Y ahora oiga mi profecía: una mujer lo redimirá. Usted, obsesivo y humilde hasta la bajeza con las damas, usted, orgulloso de llevar sobre sus lomos una mujer bella, con el orgullo de la lacanosa favorita, que se complace en su preciosa carga,—cuando esta mujer bella lo ame, se redimirá; conquistará el pudor.

Y otra hora propicia a las confidencias:

—Yo no he tenido nunca un amigo. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ningún hombre le podría dar su amistad, porque él no era un hombre, y la amistad hubiera sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía la amistad y era indelicado en sus relaciones con los hombres, como un animal. Conocía sólo el camarade-

rismo. Galopaba alegre y generoso en los llanos, con sus compañeros; gustaba de ir en manadas con ellos; galopaba primitivo y animal, sintiendo arder su sangre generosa que lo incitaba a la acción, embriagándose de aire, y de verde, y de sol; pero luego se separaba indiferente de su compañero de una hora lo mismo que de su compañero de un año. El caballo, su hermano, muerto a su lado, se descomponía bajo el dombo del cielo, sin hacer asomar una lágrima a sus ojos. . . . Y el señor de Aretal, cuando concluí de expresar mi último concepto, radiante:

—Esta es la gloria de la naturaleza. La materia inmortal no muere. ¿Por qué llorar a un caballo cuando queda una rosa? ¿Por qué llorar a una rosa cuando queda un ave? ¿Por qué lamentar a un amigo cuando queda un prado? Yo siento la radiante luz del sol que nos posee a todos, que nos rodea a todos. Llorar es pecar contra el sol. Los hombres, cobardes, miserables y bajos, pecan contra la Naturaleza, que es Dios.

Y yo, reverente, de rodillas ante aquella hermosa alma animal, que me llenaba de la unción de Dios:

—Sí, es cierto; pero el hombre es una parte de la naturaleza; es la naturaleza evolucionada. ¡Respeto a la evolución! Hay fuerza y hay materia; ¡respeto a las dos! Todo no es más que uno.

—Yo estoy más allá de la moral.

—Usted está más acá de la moral; usted está bajo la moral. Pero el caballo y el ángel se tocan, y por eso usted a veces me parece divino. San Francisco de Asís amaba a todos los seres y a todas las cosas, como usted; pero además, las amaba de un modo diferente, pero las amaba después del círculo, no antes del círculo como usted.

Y él entaures:

—Soy generoso con mis amigos, los cubro de oro.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento, o un pozo de petróleo, o una mina en explotación.

Y él:

—Pero yo les presto mil pequeños cuidados. Yo he sido enfermero del amigo enfermo y buen compañero de orgía del amigo sano.

Y yo:

—El hombre es más que eso; el hombre es la solidaridad. Usted ama a sus amigos, pero ¿los ama con amor humano? No; usted ofende en nosotros mil cosas impalpables. Yo, que soy el primer hombre que ha amado a usted, le sembrado los gérmenes de su redención. Ese amigo egoísta que se separó,

ROSA

Para Rosita Rodríguez, milagro de finura y de belleza
dual por la elegancia, santa por la bondad.

Dama de luz y aroma, de seda y de suspiro,
princesa entre cristales, como las de Lorrain;
un poco Siglo XX y un poco florentina:
manos de la Gioconda, muñeca parisién.

Dama exquisita y regia, Rhodis por delicada
y por la fina línea diseño de Paquin;
santa como la Virgen sin par de Donatello,
sensual y leve como la mosa de Rubén. . .

Dama del tiempo eximio del Rey Don Luis XIV;
trino de la cadencia, fruto de los salones,
por tí abro el abanico de mi divagación

y dentro de la caja sonora de mi verso
deshojo a mil caricias la rosa de tus labios
mientras que se le escapa tu nombre al corazón. . .

Baltasar DROMUNDO

México, D. F.

al separarse de usted, de un bienhechor, no se sintió nada a usted por ningún lazo humano. Usted no tiene solidaridad con los hombres.

—Usted no tiene pavor con las mujeres, ni solidaridad con los hombres, ni respeto a la Ley. Usted siente, y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su mentira, aunque es por naturaleza verídico como un caballo. Usted adula y engaña, y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su adulación y su engaño, aunque es por naturaleza noble como un caballo. Nunca he amado tanto a los caballos como al amarlos, en usted. Comprando la nobleza del caballo, es casi humano. Usted los lleva siempre sobre el lomo una carga humana: una mujer, un amigo. ¿Qué hubiera sido de esa mujer y de ese amigo en los pasos difíciles sin usted, el noble, el fuerte, que los llevó sobre sí, con una generosidad que será su redención! El que lleva una carga, más pronto hace el camino. Pero usted los ha llevado

como un caballo. Fiel a su naturaleza, empieza a llevarlos como un hombre.

Me separé del señor de los topacios, y a los pocos días fue el hecho final de nuestras relaciones. Sintió de pronto el señor de Aréval que mi mano era poco firme, que llegaba a él mezcquino y esbardo, y su nobleza de bruto se sublevó. De un bote rápido me lanzó lejos de sí. Sentí sus cascos en mi frente. Luego un veloz galope rítmico y marcial, avientando las arenas del Desierto. Volví los ojos hacia donde estaba la Esfinge en su eterno reposo de misterio, y ya no la vi. La Esfinge era el señor de Aréval que me había revelado su secreto, que era el mismo del Centauro!

Era el señor de Aréval que se alejaba en su veloz galope, con rostro humano y cuerpo de bestia.

Rafael Arévalo MARTINEZ

Guatemala

POEMAS

ELOGIO DEL MONTE

I

¡Yo vengo del monte! ¡Yo vengo del monte!
Y traigo en mis manos, — evanescentes escudillas,
hoy asperas, como cuernos de bisonte, —
rosas cardenales que ayer fueron pálidas...
¡y en el pecho, el ansia de un nuevo horizonte!

¡Yo estuve en el monte! Curioso, potente
crucé las praderas bajo el sol caliente.
Mis brazos midieron los árboles rudos,
hundí en el arroyo mis brazos desnudos,
y, cuando la tarde serena moría,
¡inerte en furioso corcel, mi sed era
beberme en un seplo la monotonía
de la carretera...

Bajo la arboleda de mangos floridos,
sobre la hojarasca colmada de aromas,
soñé muchas tardes... ¡Qué arrullos! ¡Qué ruidos!
los de las palomas
tejiendo sus nidos!
¡Y los azulejos picando las pomas!
¡Y los labradores de rostros curtidos
cantando en las lomas!

¡Sufrí? — No. Mis manos en la tierra dura
cavaron el hoyo de la sepultura
donde dejé toda mi vieja amargura....

Milagrosamente, la tristera uña,
como un ave negra de pesado vuelo,
se perdió en las cumbres de la serranía;
mi vida, que enantes nubló la quimera,
percibió las notas de una epifanía
bajada del cielo:
era la alegría
de la primavera,
¡de una primavera que no conocía!

II

Yo del monte traigo muchas cosas bellas:
en las noches claras, sembradas de estrellas,
mientras dialogaban en el corredor,
a nadie atendía:
¡Yo estaba en las nubes de la lejanía
forjando risueños castillos de amor!

Y en tanto las voces amargas y duras
se ensesoreaban contra mis locuras

y contra mi sed de soñar...
 ¡Inútil porfía!
 El alma repleta de melancolía
 bogaba en las ondas azules del mar!

III

(Yo vuelvo del monte! Mi espíritu era
 macabro, y hoy luce
 todos los matices de la primavera.
 Mi vida era impura,
 sin risas, lo mismo que una sepultura;
 hoy, libre y serena,
 mi vida está llena
 de esencias y aromas de la selva oscura...)

Bendito sea el monte
 que ancha el horizonte;
 bendita la tierra
 que extingue los odios y aplaca la guerra;
 y bendita, bendita, bendita,
 por todos los días y generaciones,
 el alma que olvida sus malas pasiones
 y busca en el monte remedio a su culpa!

ELOGIO DEL AMOR SECRETO

Nos quisimos. Fué sólo un instante,
 un relámpago en la oscuridad!
 Yo partí, yo partí para siempre.
 Ella mora a la orilla del mar.

Sin hacernos ninguna promesa,
 ¿cómo puede el cariño durar?
 —Algo noble, velado, profundo,
 lo defiende del tiempo falaz.

Ojos negros, muy negros, divinos;
 dos estrellas, dos fuentes de paz.
 Nunca vieron los hombres dos ojos
 más colmados de serenidad!

Es pequeña, ¿qué importa si el alma
 su grandeza no logra abarcar?
 Es sencilla, ¿qué importa, si sabe
 del amor la amargura caluar?

Nos amamos. Fué sólo un instante;
 del secreto en el cofre ideal,
 nuestro amor encerramos... y luego,
 jarrojamos las llaves al mar!

Simón LATINO

Bogotá, Colombia

La última diatriba contra el Libertador

—A base del número anterior—

VERACIDAD MILITAR Y DE ESTADO

Se echa a la cuenta de cargos contra el Libertador su poca verdad en los documentos de guerra y de relaciones exteriores.

Cierto que los reyes santos —Esteban, Fernando, Luis de Francia— habrían redactado con limpia sinceridad y pureza los papeles de gobierno, las relaciones de campaña, itinerarios, informes diplomáticos, declaraciones, memoriales.

A Bolívar se exige un poco siquiera de esta santidad, a él que daba la independencia a la fuerza, a quienes la resistían por no conocerla; al que hubo de mentir para estrategia, que es una de las más reconocidas formas de mentir; y que entró en la enrevesada de la diplomacia, de esta ciencia o arte equívocos que consisten en la falsificación de la verdad. Se juega a la mala partida, para el desquite, en la acechanza del espionaje y por las malicias de la traición elegante.

Bolívar tan ingenio y leal que pecaba por la franqueza, tuvo que rendirse a la necesidad y pedir auxilio a la imaginación. Se vaciaron los colores de la jureta en el retrato de los héroes republicanos; extremose la alabanza, calentando la atmósfera hasta el rojo heroico; se hizo leyenda al rededor de las campañas, para que éstas engendraran triunfos; se acudió a la retórica y poética, trayendo a los héroes de Homero a hospedarse bajo las palmeras del trópico o en los páramos andinos. Así se educaba al pueblo rebelde todavía a la libertad y enamorado de las cadenas.

¿En qué pueblo no se dan estas ficciones como recurso bélico, para resurgimiento del valor y sientra de la historia?

Al Bolívar del Orinoco, al de Margarita, de Cartagena, de San Mateo, del Juanambú, de Pativilca; se le pide cuenta de la pureza de su verdad y se le residencia por sus hiperboles de oratoria. Y le llaman falsificador los que después de cien años, disfrutan los bienes de la emancipación, y pueden tranquilamente ponderar las debedades de la veracidad, la virginal limpidez que ha de gastar un jefe de conda-

te y un señor de Estado, que nunca han aido ni serán modelo de buena conciencia ni espejo de rigidez, hoy sobre todo cuando la moral acomodaticia y pragmática se ha ingertado en todas las ramas del árbol de la vida. ¿Y quién no sabe que, sobre todo Bolívar, anduvo lejos de la santidad, que es precisamente la verdad en las acciones?

¡Dios poderoso! Si trasladásemos a todos los puritanos de cien años después al teatro de la gran guerra de la Independencia—guerra a fondo, enorme, implacable— tendríamos ciertamente el espectáculo de la conversión de aquellos reladores de alta virtud a la inevitable doctrina de *El Príncipe*, que en la política marcial, reina y gobierna con secular, ineludible imperio.

No que merezcan aprobación incondicional tales condescendencias ni se proclame la ineficacia de la moral pura; solo que en filosofía de la historia, se impone el criterio realista a lo menos para excusas, distingos y atenuaciones.

LA GUERRA A MUERTE

La historia tiene lógica, como toda acción humana. Antes que Spengler, ya los viejos sabios habían estudiado las rutas de la historia y el inflexible curso de los acontecimientos. Ellos nos arrebatan; y el individuo dentro de la multitud y a merced de los sucesos, resulta un ser nuevo, *alter ego* distinto y en veces antagónico.

El fenómeno se juzga con vista al documento de actualidad, a la luz del intento contemporáneo y trasladándose el juez de historia al teatro de antaño, para respirar su ambiente moral. El procedimiento contrario no se adecua a la norma perenne que aquilata los actos humanos, considerándolos en todos sus detalles, antecedentes y prolongaciones.

Esto no va a excusar la guerra a muerte, que ni Bolívar la justificó. El hombre salido de una vorágine como la que le arrebató a algo como a la demencia del furor, cambiado el punto de vista, bañó en el agua del arrepentimiento aquellas tremendas responsabilidades.

La guerra no se desarrolla en líneas ni cauces previstos. La enfermedad demanda la cirugía de arte mayor y la terapéutica suprema. La anomalía rompe precisamente la trayectoria que se dispersa en las intrincadas curvas de la locura colectiva, casi irresponsable.

"Sin la guerra a muerte, habría también triunfado", declaró Bolívar, en tardía rectificación.

Mas la jurisprudencia criminal— de la justificación no aceptada— pasa a las excusas; y la guerra a muerte las tuvo determinantes y ejecutivas.

Recuérdese que la independencia de Venezuela se distinguió por caracteres especialísimos que hubieron de producir la inclemencia y atrocidad de la lucha. Una inmensa porción de los nativos sostenía la causa de España, y la guerra así entre hermanos degeneró por ello en bravia y cruel sobre toda ponderación.

El Apure, campo de acción de los centauros invencibles que capitaneaba Boves, constituía la fortaleza del realismo. Los republicanos juzgaron que únicamente el exterminio vencería la tenacidad de los llaneros.

Los españoles con actos de inaudita ferocidad de Boves, Antioñanzas, Zuazola, Monteverde, Morillo ... provocaron las represalias más espantosas. Frente a los monstruos realistas, habían de asomar las fieras republicanas: J. B. Arismendi, Piar, Bermúdez, ... Bolívar se envolvió en la ola roja: el caballero de finura urbana y piedad sentimental se lanzó también a encenagarse en el charco sangriento y a iluminarse con la tea del incendio.

En esta rivalidad de crueldades, quienes debían perder más eran los republicanos, los que habían prometido libertad. Esta aparecía como una bacante en furor que les procuraba la odiosidad popular.

Además el Apure se mantenía aún en pie, y sin él, bien puede decirse que no era posible la emancipación. Venido el Apure al campo republicano, se triunfó más presto de lo que la adversidad prometía.

La ineficacia de la lucha a sangre y fuego, por sus mismos excesos, determinó su regularización, la que se acordó en un convenio, mediante el cual se tornó a la humanidad, a la cultura, por lo menos relativas en esos años de tormenta.

Más tarde, como venganza de la historia, para escarnio de los intentos humanos y castigo de los crímenes de la contienda; el Apure—al que temía Bolívar— vino a ser el gobierno que disolvería a Colombia y perpetuase la dictadura.

Por lo demás, no es raro que en una lidia de veinte años, cuando sobre todo los pueblos de la antigua Colombia perdieron en la guerra más de una tercera parte de su población, se diesen ejemplos de indisciplina militar y de impiedad en los castigos. La mayor parte de hechos criminales se ejecutaron contra la voluntad de los altos poderes, y sobre todo a espaldas de Bolívar. Este no tuvo participación en el degüello de los misioneros del Caroni ni en el fusilamiento del gentil Barreiro y los prisioneros de Boyacá que friamente ejecutó Santander.

Lo que sí no perdonó casi nunca el Libertador fue las traiciones y la defluencia militar. Así lo exigía el sumo derecho de conservación, para que no se desquiciase la nación, enferma desde su origen, y a la que había que guardar a filo de espada, según los cánones de la justicia, que enfrente al enemigo, ha de mantener en alto el hierro vengador.

Y se acusan las crueldades de la lucha magna, cuando padecen aste las hecatombes que han bañado de sangre y lágrimas la primera centuria republicana: desde la California hasta el Cabo. ¿Quién habrá de arrojar la primera piedra? ¿Y los tiranos de verdad? ¿y la guerra del Paraguay — que recuerda las matanzas del Asia primitiva? Léase a Sarmiento y a los emigrados del Plata que espantaron al mundo relatando las ferocidades de Rosas y Quiroga. Las guerras civiles de los Estados Unidos de Venezuela, de Bolívar, de Centro América tienen páginas de oprobio similares a las de una tribu africana. Colombia que se enorgullece de no haber soportado dictadores; desde el 18 de Setiembre demostró respetar muy poco la vida humana. El ciclo del terror de Río Negro y de Mosquera puede competir con algunas jornadas de la Revolución francesa. ¿Y qué diremos del infausto Ecuador?... A todos supera México, en el que hasta este momento la tortura es un deporte y el fusilamiento diversión cinegética. Todo esto no se llama la guerra a muerte: algo peor, la paz de la muerte y la historia a modo de proceso criminal.

Los pueblos libertados han justificado la guerra a muerte, prolongándola. Los libertadores se arrepintieron de ella; los libertadores no se arrepienten ni se enmiendan.

IMPRUDENTE SINCERIDAD

De tal puede calificarse la del Libertador, que por su indole impulsiva, no se

detenia nunca en expresar el más oculto pensamiento, irrumpiendo también en la frase mordaz, a impulso del sentimiento fortuito o del estímulo pasional.

Las confesiones de Bolívar que constan de la correspondencia privada, de documentos auténticos y de testimonios verídicos, continúan en veces desplantes, inconveniencias e impresiones momentáneas, que pudieran tener de ingenuidad, lo que les faltaba de justicia y sobre todo de prudencia.

No merecen entero crédito las confidencias del *Diario de Bucaramanga*, que publicó en forma poco honorable Don Ismael López (Cornelio Hispano), porque las apreciaciones atribuidas a Bolívar por el coronel francés Pero de Lacroix, van a su cuenta y riesgo, sin prueba de veracidad, por ser aquel escritor y militar poco equilibrado, no menos que acabó por suicidarse. Para apreciar la versatilidad y poca *syndéresis* de Pero de Lacroix, léase el informe de investigador especialista, tan respetado como Don Ramón Aspúrua, cuya opinión respalda el honrado patricio General Pedro Arismendi Brito.

No empleándose la taquigrafía, nadie aceptará como ciertas las transcripciones de la conversación, de las entrevistas, de las súbitas explosiones de la palabra. Tales piezas, más bien de literatura que de historia, carecen del valor instrumental. Además, la palabra muchas veces traiciona al pensamiento, y el hombre en la ligereza de la expansión no traduce siempre la verdad de su pensar y su sentir. De ahí el que a nadie se le ha de juzgar ni condenar por el dicho volandero, o la frase artificial, que brotan en ocasiones inconscientemente. Cuenta Anatole France que Walter Raleigh había concluido, en su larga prisión de la torre de Londres, los tomos de su historia universal. Y que una tarde fue espectador de un tumulto que se produjo al pie de la torre, el que lo presenciaron además otras personas. Qué a este propósito, hubo de recibirse una extensa información, resultando que ninguno de los testigos presenciales estuvo de acuerdo con los demás; y quedando el hecho en la penumbra tanto como sus responsabilidades; lo que hizo dudar al noble escritor acerca de su propio testimonio. Tanto impresionó el caso a Sir Walter Raleigh que, desconfiando en absoluto de toda veracidad humana y de la fe de la historia, entregó la suya a las flamas.

¿Será exacta la traducción del pensamiento del loeuz y libérrimo Jefe? A los cien años ¿es dable comprobar las casi ver-

gonzantes transcripciones de un testigo, que está muy distante de un Las Casas, confidente de Napoleón, que revisaba en ocasiones el *Diario*?

No se puede poner en duda que la intemperancia verbal de Bolívar en cartas y conversaciones iba más lejos de lo permitido por la más rudimentaria prudencia. Tal flaqueza le era consustancial, desde su vida de calavera en las grandes arbes de Europa. No desperdiciaba la chispa del instante, ni el relámpago de la frase que apuntase en los labios o saltara de la pluma.

El secretario del comodoro Hull de la armada de los Estados Unidos sorprendióse de que el Libertador vertiera, en plena campaña del Perú, especies acerbas contra los hombres y las cosas de aquel país; indisección a la que aplicó discreta censura el inteligente interlocutor.

No podía prescindir de las afirmaciones absolutas; y lanzada una, que en veces no podía recogerla, llegaba tardío el arrepentimiento. Recuérdese lo que dijo siempre contra el infierno de Bogotá, nidal entonces de legulejos, fantasistas políticos y terribles libertarios. El Perú donde fue abrumado por las delicias de Capua, no encontró en él un apologista. Las proclamas, la palabra oficial, no siempre iban paralelas con la charla confidente y la misiva íntima.

En el vértigo de la pelea, en la fulminante organización de aquel caos de la primera República, el Jefe —a manera de pléa sensibilísima— recibía las varias y sucesivas impresiones. En el instante, su espíritu febril las vaciaba en el período oratorio o en el papel, sin prever la dañosa publicidad de sus ingenuidades.

Las vehemencias del soldado que le traían desazones y le suagenaban simpatías, explican las súbitas inadvertencias. Los puntazos de elegante mordacidad, las vislumbres de ingenio que él no desperdicia, le nunca, pues tenía el corazón en la boca y ponía las entrañas al sol.

El señor Sañudo trae para momento de los incondicionales cuatorcianos, las siguientes frases de una carta de Bolívar a Santander: "Los quiteños y peruanos son la misma cosa; los quiteños los peores colombianos; viciosos hasta la infamia y bajos hasta el extremo. Los blancos tienen el carácter de los indios y los indios son todos truchimanes, todos ladrones, todos embusteros, todos falsos." Escribía al mismo Santander: "Quito es país que según la fama y según la experiencia, es el pueblo más descontentadizo, suspicaz y chi-

no en todas sus cualidades morales. ¿Cómo quiere Ud. que me vaya yo y me lleve a Sucre, dejando a nuestra espalda cuatro provincias de Colombia flamantes? (inclusive el Cauca). Estas provincias están a la frontera... y el Perú quiere usurparlas..."

Estas afirmaciones perecipientes, quemadoras y crueles no emparejan con las del mismo Caudillo, en carta dirigida en Junio 21 de 1822 a sus hermanos los marqueses de Toro: "Este hermoso país, tan colombiano y tan patriota, que ninguno le excede en estos sentimientos, es bien fértil, poblado, y ofrece las más bellas esperanzas: formará el más grande departamento de Colombia, y el General Sucre su libertador, lo mandará, con el mayor aplauso de sus pueblos."

Y al saludar a la Municipalidad de Quito, después de Pichincha, proclamó: "El gozo de Colombia ha llegado a su colmo al recibir en su seno al pueblo de la República que levantó el primero el estandarte de la libertad y de la ley contra la usurpación europea."

Tan buena opinión había formado Bolívar del Sur, sobre todo de Guayaquil, que escribió, en vísperas del desquiciamiento de Colombia, a su sobrino Diego Ibarra, que se estableciese, y formase hogar en cualquiera de estos departamentos, con preferencia aun a Venezuela.

No se olvida la predilección de Bolívar por Guayaquil, en cuya sociedad permaneció encantado. Hasta la terrible crisis de salud que padeció allí la hizo llevadera entre los amigos y las amigas de esa espiritual ciudad.

Si aquellas cartas a Santander que se dicen incluidas en el *Archivo* de este General y en los papeles y borradores publicados por V. Lecuna, tienen autenticidad: hay que resignarse a suponer por lo menos que ellas obedecieron a sugerencias malévolas de compañeros de armas o envidiosos de la prosperidad que se prometía a Quito. En los breves días de residencia de Bolívar en la capital del Ecuador, no podía conocer, sino por ajena información, mediante el *se dice* de su carta, las notas denigrantes con que se calificó a una población en masa.

En el memorial de agravios contra el padre de la Patria, quizás para entibiar la veneración ecuatoriana, se resucitan y remozan las frases causticas e inmotivadas de aquél, contra una provincia y una ciudad primogénitas de la libertad que dieron abundantemente la primera sangre patriótica, en sacrificio por la república.

La hermosa lealtad de la nación ecuatoriana a la gloria de su Libertador no ha padecido mengua, por resentimiento proveniente de chismecillos históricos, más o menos verídicos. El error pasajero y versatilidad de un hombre no podían desviar el criterio de un pueblo consciente de sus deberes de gratitud y de los motivos que le vinculan a su vieja, grande historia.

El tiempo justiciero muy pronto había de probar que Quito, Guayaquil y el Azuay —el actual Ecuador— eran las hijas que representaron, en la tragedia del Héroe y en el fracaso de su obra—Colombia— el gallardo papel de altiva fidelidad, propio del teatro heroico y de la escena griega. Después de Guayaquil, levantará el monumento de culto al Genio la ciudad de Quito, indiferente a las frases de mal humor de las furas de neurosis de aquél; frases rebuscadas en los desperdicios de su agitada existencia.

Venezuela, su madre, reconoció oficialmente que al Ecuador —antiguo Reino y Presidencia de Quito— correspondía la ejecutoria única y eminente de fidelidad al Libertador, mantenida hasta el fin. El Sur le llamó a su seno, cuando las otras secciones le condenaron al ostracismo.

A levantarse hoy la sombra de Bolívar, se inclinaria piadosamente sobre la tierra ecuatoriana, la que le fue ligera, blanda y cariñosa.

LA INVASION PERUANA

Los motivos de la guerra internacional —la primera entre las nuevas naciones hispanas de América— no aparecen —por su complicación— con la imprida claridad que se requiere para un juzgamiento certero. Varios escritores del Sur, apologistas de San Martín y adictos a todo trance al Perú y a sus causas milas o buenas, afirman que aquella guerra, como la invasión a Bolivia, obedeció a la ambición del Libertador e importó nada menos que una tentativa de restauración de su dictadura en el Perú y de la hegemonía colombiana en Bolivia.

Los documentos de la época desmienten en absoluto tal afirmación. En la guerra de 1828 a 1829 abarcaron dos corrientes: la primera y principal el imperialismo del Perú para atraer a las provincias del Alto Perú y a Guayaquil por lo menos, de entre los departamentos del Sur de Colombia; y segunda la conjuración contra el Libertador, contra sus proyectos constitucionales y su dictadura.

Entre estas dos corrientes se puso Lamar y obró secretamente Santander, por medio de sus adictos Obando, López, Bustamante... Lo curioso es que se ingirió también en el *casus belli* la cuestión territorial, que venía ventilándose entre Colombia y el Perú desde 1822, referente al distrito de Jaén y a parte de la provincia de Mainas. Pero en realidad era Guayaquil el punto de discordia y el bocado de codicia del Perú.

Bolívar y Sucre aceptaron el desafío, plantearon claramente los problemas de divergencia, y se lanzaron a la campaña, de la que fue jefe de vanguardia el valiente General Flores.

La guerra, por intervención de elementos colombianos en suscitarla y protegerla, fue en verdad civil por la mayor parte. Lamar, hijo del Azuay y presidente del Perú, no podía intentar sino la incorporación de su Patria al Perú, o la formación de la República del Sur de Colombia, en los términos del Reino de Quito.

En tal complicación de miras, se amaron peruanos y malos colombianos, para la disolución de Colombia o el acrecentamiento del Perú. A triunfar éste, es difícil adivinar lo que habría acontecido...

La reintegración de Jaén y parte de Mainas, dados los antecedentes que quedan expuestos, tuvo importancia menos que secundaria. Y a este propósito, debe rectificarse el aserto del autor de *Estudios* sobre que Lamar se posesionó y retuvo aquellos territorios, siendo así que ellos fueron punto especial de reclamo desde la misión del Plenipotenciario Don Joaquín Mosquera a Lima en 1822. Eronices, Berindeaga y Montenegro presentaron la Cédula de 1802—Águila de la defensa peruana—que Sañudo asegura apareció en las alegaciones de Lima, mucho más tarde, en 1829.

Tampoco puede calificarse, siguiendo al mismo autor, de ominoso el tratado de Guayaquil. Ciertamente la Cancillería de Bogotá, procediendo siempre según el punto de vista granadino, no manejó el negocio con toda la corrección y esmero que el caso requería, sobre todo tratándose con un adversario tan elástico y suspicaz como el heredero del Virreynato de los Reyes. Ha de recordarse la inseguridad de las instrucciones impartidas por el Vicepresidente Santander al Plenipotenciario General Sucre. Es evidente que se hacía poco mérito en aquel gobierno de los intereses territoriales de los departamentos del Sur. Sobre tales intereses y detrás de ellos, aparecía el segundo término

de la proyectada disolución de Colombia, acordada entre los generales que la traicionaban. La última página del drama... sería Berrucos.

Las instrucciones dadas por el Libertador a Gual, para el tratado de Guayaquil, no pueden ser más precisas, al revés de las de la Cancillería, tan vacilante.

Así y todo, se firmó el tratado, concediendo Colombia al Perú en lo territorial, aquello mismo que fue materia de la guerra: es decir Jaén y parte de Mainas. De Jaén no se nos devolvía sino un retazo, y la zona entre el Chimpe y el Huancahamba quedaban a definir las comisiones de límites. Cuanto al Mainas meridional, que es lo que reclamó Colombia, se entregaba íntegro al Perú.

Según el criterio de 1824 y la apreciación de los documentos tan frescos entonces, es claro que la negociación no significaba la victoria de Colombia, sino una renuncia del derecho de Quito, que se incorporó a Colombia con la totalidad del territorio del Reino y la Presidencia. La constitución de la Comandancia de Mainas para el Obispado y las Misiones de esa región que previó la cédula de 1802, no pasó de ensayo y su relativa vigencia comprendió apenas cinco años hasta 1810. El Obispado, las Misiones y la Comandancia se deshicieron, subsistiendo el fondo anterior de las cosas: no menos que —dictador Bolívar en el Perú (1824)— encontró disuelto el Colegio de misioneros de Ocopa y lo convirtió en instituto de segunda enseñanza.

Quedamos, pues, con el límite del Marañón convenido y constante aun de las instrucciones de la Cancillería de Lima. El Tratado fue apenas regular, como lo confesó el Libertador. Así era la angustia de la situación, debida a la labor subterránea de indisciplinados del mismo gobierno de Bogotá, de jefes militares y de traidores, que meditaban la ruina de Colombia.

Han pasado cien años, y las posiciones nuestras no son siquiera las que nos trajo el tratado de 1829. Ello se debe a que las secciones solidarias colombianas han procedido, frente al conquistador del sur, en actitud de desconfianza y dispersión. Los políticos de Nueva Granada desde 1824 determinaron cercenar a Quito al occidente y desde 1841 al oriente. Disuelta Colombia — no por culpa del Ecuador — la diplomacia del norte, no ha tenido otra línea de procedimiento que buscar acuerdos en Lima, hasta dar en el convenio que obtuvo Olaya Herrera después de la ver-

guenza de la Pedrera. Obtenida del Ecuador, generosa cesión de vasto territorio, Colombia fue al tratado Salomón-Lozano, que entregó al Perú la frontera del Ecuador y tomó cartas en la entrevista de Washington. Esto sí excede de lo ominoso: es lo irritante. Nunca tal vez, en las relaciones internacionales, se registra sorpresa tan insidiosa y desleal contra una nación de veras hermana y siempre gentil.

EL ERROR CAPITAL

El mismo Bolívar lo conoció al final de la jornada. La República unitaria, la forzada liga con régimen centralista de Venezuela, Nueva Granada y Quito no correspondía ni a la tradición ni a la realidad. Se trataba de Estados diversos por su topografía, su origen y su organización. El centralismo, en vez de juntarlos, los separaría. Era el caso de las colonias inglesas de la América del Norte, el de federar a tres secciones para la cohesión y firmeza de la nacionalidad.

El centralismo dictatorial, máquina de la campaña, no podía adaptarse definitivamente, ni traducirse en la Constitución; pues la constitución real era otra.

Además, estos países, desde el régimen colonial, disfrutaban de la semi-autonomía de los cabildos. Así que, en los primeros ensayos republicanos de Venezuela y la Nueva Granada, se practicó el federalismo—absurdo si en plena campaña, que fue al cabo la triste *Patria boba* que había de acabar en los patibulos prodigados por Morillo y Sámano.

Y siempre se deslizaron en todos los intentos constitucionales las aspiraciones de descentralización: ellas asoman ya en el proyecto de Nariño. La Constitución de Cúcuta, tan centralista, debía producir la reacción de Ocaña, donde se proclamó la federación. Aun bolívarianos tan leales como el General Rafael Urdaneta la pidieron para remedio, supremo y único, a fin de evitar la disolución que no se había prevenido a tiempo. El proyecto vino tarde.

La máquina para la guerra debió ser la dictadura, que en mano de un hombre de bien, conduce al triunfo, con el menor daño posible. Así que no se puede culpar absolutamente al jefe de Colombia el que procurase, en la convulsión bélica, la organización de un gobierno central—un gobierno de campaña, reservando para la consolidación el estatuto federal que el Libertador en 1830 llamó su secreto, el remedio específico para los males de la Pa-

tria. Sólo que aquél se administró en artículo de muerte...

La federación en la campaña, a ratz de la campaña, habría dado los frutos amargos de las primeras repúblicas de Caracas y Cundinamarca, el fracaso de las *repúblicas* de la Audiencia de Charcas, el ciclón de venganzas de las Provincias Unidas del Río de la Plata que tuvieron de federales sólo el nombre y en la realidad el círculo de hierro de Quiroga y de Rosas, los verdaderos *salvajes unitarios*, calificativo con que deshonraban a sus desgraciados adversarios.

En 1829 escribió Bolívar a D. J. Mosquera desde Guayaquil: "Mi opinión es que este Congreso debe dividir la Nueva Granada de Venezuela. Lo contrario es quimera impracticable".—Y a sus amigos insinuó el mismo año, desde la misma ciudad: "Todos sabemos que la reunión de Nueva Granada y Venezuela existe ligada únicamente por mi autoridad, la que debe faltar ahora o luego, cuando lo quieran la Providencia... o los hombres. Muerto yo, ¿qué bien pudiera hacer a la República? Entonces se conocerá la utilidad de haber anticipado la separación de estas secciones durante mi vida"...

"Nuestra extensión exige una de dos especies de gobierno".... La autoridad real o la liga federal son las únicas que nos pueden convenir para régimen de esta dilatada región. No concibo siquiera posible establecer un reino en un país constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y más numerosas reclaman la democracia como derecho incontestable".

Los enemigos del cañfillo, los intemperantes ambiciosos que preparaban ya la casa aparte, no dieron tiempo a que—con el prestigio del Libertador,—se concertase la federación, para reorganizar Colombia.

Mas, el estudio de los caracteres que actuaron en el torbellino de la revolución hace sospechar que ni la federación aceptada por Bolívar habría quizás salvado a Colombia. El celo de predominio en el gobierno central, la capitalidad de Bogotá, las rivalidades entre los generales de Colombia, habrían a no dudarlo producido nuevos conflictos. Se habían encendido las hogueras del rencor, humeaba la sangre de Cordova y la de la rota del Santuario; Páez y el Apure no podían soportar superioridad alguna, ellos que no toleraron la de Bolívar; Sucre sucesor de este, reconocido como tal por Santander, y sobre todo el mismo Santander—tan diestro

en la intriga política—eran elementos de estabilidad para una Colombia federada? El asesino de Sucre fue la respuesta.

Lo único de verdad en esa inquietud y confusión de intereses, pasiones y fuerzas encontradas, es lo que declaró el Libertador: "Colombia existe sólo por el prestigio de mi nombre. Un país que está pendiente de la vida de un hombre corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte. Yo no quiero engañar ni perderme. No puedo más" —(Carta a Vergara 1829—Desde Bujío).

Y esta dolorosa verdad significa y prueba la eminencia y la grandeza del Libertador, que valía tanto como tres naciones.

EL PROBLEMA RELIGIOSO

Desde el campo sagrado, se hacen también recriminaciones al hombre de estado, por errores, deficiencias y tibiezas en punto a ideas e instituciones religiosas.

Cierto que en el preliminar de la Constitución bolivariana se establece: pues que la religión mira al secreto de la conciencia, no corresponde al Estado garantizarla ni declararla. También dijo el Presidente de Colombia: "Respeto mucho el carácter sagrado de los eclesiásticos, pero como su reino no es de este mundo, para desprenderlos de los bienes de la tierra, debemos aviarles la conciencia".

Los gérmenes de descomposición moral se echaron presto al surco y germinaron para rebeldías. Comenzó a desatarse la fiera, se afilaron los puñales y surgió la humareda de la boca del abismo. Entonces fué cuando el estadista, el joven de libre pensar de París, el vocal de sociedad secreta, reaccionó apartando el pie — del paso a la catástrofe. Y así es cómo, en las constituciones colombianas, interrumpiendo la tradición ideológica de Naríño, el de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, se declaró la religión oficial, de conformidad con las actas de todos los cabildos y por grito espontáneo de América.

En uno de sus más elocuentes mensajes, pidió con ahínco el Presidente a los legisladores: "protección para la religión santa de los colombianos". En la capitulación de Pasto de 2 de Marzo de 1829, prometió en el artículo primero: "El gobierno protegerá en Pasto y en toda la República la religión católica, apostólica romana"; y en el estatuto dictatorial de 1830 declaró lo propio con toda la sinceridad del alma.

Este procedimiento nacido de convicción profunda le procuró resistencias en la

facción de la izquierda, que iba ya formándose para introducir" en estas desgraciadas repúblicas la disidencia religiosa que las dividiese y debilitase, apartando las de la sanidad y la rectitud de la vida.

En un mensaje, hasta de Santander, se insta para una inteligencia con la Silla Apostólica; y Bolívar envió a Zea y Peñalver para solicitar un convenio en bien de la Iglesia de América, divorciada de Roma por influencias del Rey Católico.

En su calidad de Dictador del Perú, pidió la intervención del obispo de Trujillo con el mismo objeto; y al Vicario Apostólico de Chile expresó, por medio del Ministro general Sánchez Carrión: "ardientes deseos de entrar en relaciones con la cabeza de la Iglesia".

No se puede concluir con ciertos adversarios del Libertador, que este no fue religioso; lo que intentan probar, desde el campo libre pensador, algunos historiadores que proyectan rehacer historia, y niegan hasta que Bolívar cumpliera, en las últimas horas, los deberes de conciencia.

Bolívar, por su biografía española, por su educación y por aristocracia de su espíritu que le empujaba a la elevación religiosa, nunca perdió la ruta de la inmortalidad del alma. En 1814 dirigiéndose a los gobernadores del Arzobispado de Santa Fé, escribió: "En medio de los combates, he confiado siempre en que mi religiosidad ayudaba a mi fortuna. Es injusto mezclar la religión en cuestiones puramente civiles".

Y estas sus convicciones le enajenaban la adhesión de algunos amigos de la extrema izquierda, que esperaban del discípulo de Simón Rodríguez—el extravagante librepensador—reformas que rompieran con los antecedentes del país y sus costumbres. Y el jefe del gobierno se divorció de aquellos, observando: que entre los llamados fanáticos y los liberales, prefería a los primeros, ya que no estaban obligados a la tolerancia, según su credo; mas no así los segundos, que debían servir a la libertad y darla a todos.

La revolución americana se hizo cuando la francesa había degenerado en los monstruos del terror, que dijo Bolívar; y en pleno desengaño, lo que los Libertadores Bolívar, San Martín, Héróde intentaron—fue enderezar los acontecimientos hacia la quietud social y la paz de las conciencias. Lo que trajo descontento y conjuraciones en la memoria de los primeros demagogos.

No por esto, se ha de deducir que aquel soldado y hombre de mundo fuese cristiano practicante y recto. Para dejar las

cosas en su sitio, hay que trasladar parte de la carta del obispo de Popayán y de Pasto, a Obando, escrita en 12 de Noviembre de 1828: "No sé quien haya llamado al General Bolívar apóstol de la religión. Yo alguna vez he dicho que él la protege, y para ello tengo varios fundamentos aun en mí mismo. Usted sabe que en Pasto, sin embargo de haberle hecho yo la mayor guerra... olvidando resentimientos conmigo, hizo esfuerzos para que me quedase en Colombia... y para que accediese... me manifestó varios motivos, todos de religión. En mi concepto, se le puede llamar *arca de salvación de la República*".

Testimonio el anterior procedente de testigo de mayor excepción, no puede ser redarguido sin incurrir en deservicio de la misma causa religiosa que se pretende defender.

Bolívar fué quizá uno de los primeros mártires, por su valiente adhesión a la moral cristiana y al ideal religioso. Ello se prueba conociendo a sus adversarios, el campo de acción de estos y sus principios demotadores, desde la noche de Septiembre hasta la agonía de Santamarta, desde el asesinato de Sucre hasta el destierro del Libertador.....

LAS CULPAS MENORES

De ellas se ha querido hacer inventario, para regocijo de curiosos rebuscadores de secretos de alcohol y de escenas pasionales.

Como Alejandro, César y Napoleón, el hidalgo de Caracas fué consumido por la fiebre sexual, que para el juicio corriente no corresponde a la firmeza del valor ni a la dignidad del poder.

Evidente que nada resultaría más bello, en un varón de virtud a prueba de toda asechanza del bajo instinto, que la fortaleza hiciese una sola carne con la castidad de las acciones.

Pero aquel tipo de excelcitud no se da sino por excepción. Los héroes casi siempre han sido grandes pecadores, y en torno a ellos dió también espectáculo el escándalo.

Qué tal accidente quita lustre a la gloria, no cabe dudar; pero hacer capítulo especial de interioridades en la biografía de las personas eminentes, significa pequeñez de visión, microscopía y deleite malsano de rastrear lo íntimo, espigar faltas, regocijarse en las caídas y desequilibrios de las hembras y los varones que tuvieron si-

tio en el teatro universal. Voltaire escribió: "No se ha de historiar lo que es indigno de la historia". A lo menos, ¿a qué descender —con esta— al proceso criminal, o los bajos fondos del sentido, a las funciones miserables que sólo las bestias no esconden?

Además, las faltas del Libertador no tuvieron mediocridad, sino alarde de gentileza y ensayaban casi siempre la arrogancia varonil.

Las intemperancias, los estallidos de vanidad, los actos sin intención casi irresponsables—todo ello se explica en su temperamento, y se habían acrecentado a impulso de la adulación. Cuentan en Caracas y lo repetían los Generales Alvarado y Arenales del ejército de Buenos Aires, que la campaña del Perú y la molición de Lima habían producido la calentura emocional y súbita que torció la índole del buen terrateniente de San Mateo. En Caracas y en Arequipa estropeó las mesas del banquete sin respeto a jefes de distinción—enardecido por impresiones que le arrastraron al vértigo.

La humana grandeza se concede así con disloques y desigualdades. "Sólo Dios es grande", como dijo el orador francés ante el cadáver de Luis XIV.

No por esto resulta simpática la tarea de lavandería de los trapillos de un hombre ilustre, ni cumple a la gracia y al domaire sacudir el polvo de las vestiduras de oro y púrpura de los personajes. Si ello se practica, sea sobriamente y sin morosa delectación, por motivo ejemplarizador y en servicio de la verdad y del bien—serenas deidades que como el sol dan su luz a los buenos y a los malos. La psicología de la guerra explica su conjunción con las artes del amor, desde Homero hasta las jornadas épicas de la pampa americana. Al cantar las armas, los poetas habían de incluir las gracias: las armas, el amor, la gentileza como canto el vate de Sorrento.

El temperamento del Libertador y de muchos de sus capitanes juntaba la gentileza valerosa y la voluptuosidad, a manera de flor que desputa en la espada. Don Domingo F. Sarmiento escribió justamente de Bolívar, Sucre y otros gallardos soldados de la Independencia: "Esos caballeros brillantes, los primeros en las batallas, los primeros para con las damas; si el caso se presentaba, juntaban las travesuras a los duelos y la orgía a las disipaciones juveniles."

La intimidad amorosa de Bolívar no se asemeja a la anormal y poco atractiva de Bonaparte. Aquel, amante del placer gentil, se entregaba a las delicias del baile y a la charla de amor. Al lalago de tantos homenajes, cuando las ciudades le presentaban niñas y diosas, para acariciarle y ceñirle la guirnalda de triunfador, él no es raro que padeciese la dulce enfermedad de Aquiles o la hermosa cobardía de Reinaldo. Nuestro Hércules diminuto, formado de acero y de llama, se rendía a los pies de Onfalía...

Hasta su vituperable pasión por la dama quiteña Manuela Sáenz tuvo detalles de distinción. La amazona de Quito empuñó la espada, se afrontó con los conjurados de la noche de Setiembre, y salvó la vida del Libertador. Ella, casi sola, intentó en Lima detener la traidora sublevación del tercer cuerpo colombiano.

Es curioso advertir que para otros observadores benévolo y casuistas indulgentes, Bolívar aparece cabal, precisamente por sus complacencias con la galantería. Cuantos han deplorado que el moralista Guzmán Blanco hubiese quemado las cuatrocientas cartas de amor de Bolívar a su cèlebre compañera de la tragedia de Setiembre. Los apreciadores de anécdotas han escrito muchísimos acerca del Dictador del Perú, que tan bien disparaba la pistola como la aljaba, dando tema a tradiciones y leyendas.

Cuando, terminada la campaña de pacificación en el Bajo y Alto Perú, Bolívar debía regresar a Colombia; desoyó las demandas de civiles y militares, de pueblos y campesinos que ansiaban retenerlo en el Perú. En última instancia, debía recurrirse al tercero y más poderoso Estado — a las hermosas damas de Lima. Ante ellas, la terquedad del candillo se quebró, deshecha en galanías. "Cuando la beldad habla dijo — ¡qué pecho puede resistirse! Yo he sido soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella y hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura, donde se abrigan las flores de la vida".

¿Quién no se había de rendir a estas blandicies del cultismo, decirlo? Después de cien años, apenas se acierta a recomponer aquellas escenas de damas y galanes del tiempo heroico. ¿Sería por ello que no perdonamos las flaquezas de los héroes, las que han perdido con el tiempo el hechizo y la seducción? Los héroes hoy se inclinan más a las matemáticas que a la táctica de amor. Los hombres de armas no sirven a otra dama que a la Patria...

LA VENGANZA DEL TERRUÑO

En *Estudios de la vida de Bolívar*, se espere cálido ambiente de celo patriótico, de la patria grande y de la patria pequeña: de Nueva Granada, de Pasto. Se muestra alta predilección por la austera figura de Nariño, ensaya justificar en todo a Santander, fundador en parte de la disidencia política que nos ha roto a todos los hispanoamericanos, para reducirnos a los átomos de la dispersión; se aventura una equívoca defensa de Obando, de quien a lo sumo se apunta: "Fuertes pruebas hay de que fue el instigador del crimen" (el asesinato de Sucre). Y esto se asegura después de asentir mañosamente que aquel hecho tremendo "lo ejecutaron unos soldados procedentes del Sur y dirigidos por el venezolano Morillo". Se le olvidó decir a propósito del 18 de Setiembre que fue de los protagonistas el venezolano Carrujo, y que los soldados del Sur — Sarria, Alvarez, Erazo acudieron enviados por el venezolano Flores.

Así se desliza la parcialidad, en forma sutil, para desviar el criterio, por lo menos en la comarca natál.

Y venga el foco del rencor, la venganza por las retaliaciones ejecutadas en Pasto.

Ante todo, hay que descubrirse ante esa estupenda ciudad. La comarca toda es el héroe colectivo más famoso de las luchas de la emancipación.

Combatió cosa de veinte años por un ideal, como todo ideal digno de respeto, y más cuando la raigambre procedía de la conciencia religiosa — lo más hondo, sensible y alto para la dinámica del espíritu y la regencia de la conducta. Pasto lidio como un solo hombre, notándose que el elemento indígena alcanzó el delirio del heroísmo. Niños y mujeres disputaban a mancebos y viejos en el coraje y en la tenacidad. Agualongo, un indio, fue héroe enorme, el representante más encumbrado de la nonbradía de Pasto; mártir de su aspiración que probó, cómo en las razas que se creen inferiores, llega a germinar también la abnegación de los santos y de los locos del valor. Pasto debe a Agualongo el monumento que antes levantó a Nariño — un derrotado de Pasto.

La fortaleza de ese pueblo que se prolongó hasta los últimos días de la guerra, exigía el empleo de medidas de rigor que quebrantasen su temeridad. Obando escribió después de Bomboná: "Ambos perdieron; los españoles el campo y los patriotas el ejército". Bolívar escribió a Santander: "No puede imaginarse lo que

es este país, todos estamos aturridos... Creo que si hubieran tenido jefes numantinos, Pasto habría sido otra Numancia; y con esto ¿dichos Quito?

La áspera topografía de Pasto imponía el ineludible empleo de represiones tales que quebrantasen la temeridad bravía de aquellos montesinos, a quienes la naturaleza dió por territorio una ciudadela mirada de rocas y defendida por fosos de abismo. Bolívar, Sucre, Flores, o el mismo Obando — convertido a la República, hubieron de ensayar el terror en contra de guerrilleros indómitos; y ni aquello produjo eficacia, pues el desafío perduró hasta el fin, prolongándose hasta 1829, en conflagración con los invasores del Perú.

Bolívar, casi vencido, que intentó y ansió dirigir el torneo de Pichincha, hubo de resignarse, por veto armado de Pasto, a esperar un tardío avance hacia Quito, dando la postrera acometida a Aguilongo — después de Boyes — el más formidable realista americano. Las retahílicas de Pasto no fueron como las duplica y arganta la parcialidad regionalista y el testimonio de costumbres, recusable por motivo de la inelencuencia guerrera. Ya se ha leído el informe del obispo de Popayán; e recuérdese la gentileza de don Basilio García, que hizo honor a Bolívar.

La guerra no es una escuela de moral, aunque la causa de los independientes no pueda justificar procedimientos que la religión y la moral condenan. Algunos subalternos extremaron la venganza, y en Pasto se repitió mucho de la guerra a muerte.

Esta condujo — por lógica de los hechos — a lamentables extralíos; pero se explica la desesperación de los libertadores en un pueblo rebelde hasta el delirio, colocado entre las almenas gigantescas y las huyas profundas del Juanambú y el Guáitara; desesperación que produjo desequilibrio moral, con el que prevaletió en ocasiones la ferocidad del instinto.

El Libertador honró el heroísmo de Pasto, capitulando con esta ciudad, como no había capitulado con otra alguna, rindiendo homenaje a sus creencias y respetando su simpatía por la institución real.

Pasto, en grado altísimo, como Coro en Venezuela, Córdova la docta y universitaria en la Argentina y Cauca en el Ecuador, tuvo preferencias monárquicas que merecieron cierta tolerancia hidalga de parte de los Jefes republicanos. La quieta y honrada vida municipal bajo el ré-

gimen de la Colonia, había producido en Pasto íntegro, en la mayor parte de Córdova, de Coro y en el grupo dirigente de Cauca, la conformidad con el gobierno español, dentro del que alentaba una verdadera autonomía local. Estas ciudades realistas presto se reconciliaron con la libertad, a pesar de trastornos inevitables en la transformación de instituciones, ideas e intereses.

Córdova después luchó por la cultura y la libertad, al mando del honrado General Paz, resistiendo a las bordas del formidable tirano Facundo Quiroga.

La benemérita ciudad de Pasto, hoy republicana, que pesa tanto en los destinos de su Patria, no debe recriminar a los que la convirtieron de realista en democrata. Reconcílese con su vencedor Bolívar, como se reconcilió con su vencido Naríño.

CONCLUSION

El viaje anterior a través de *Estudios de la Vida de Bolívar*, no corresponde en realidad a la importancia del libro, de suyo fragmentario y poco afortunado, sino al propósito de considerar y definir ciertos aspectos de la vida del varón más eminente que ha producido la raza española en América.

Este ensayo de crítica no podrá calificarse de apoloético, incondicionalmente. Apunta también errores y caídas en la existencia agitada y complicadísima del Caudillo de la libertad americana.

Después de condenar la censura de tan larga fermentación del fibro del doctor Sañudo, reconoce si en éste el celo de justicia, el patriotismo llevado hasta la pasión siempre respetable y el criterio moral, no exageradamente escrupuloso, menos digno de estimación.

Desengañense, eso sí, los detractores del Hombre prodigioso: no lograrán disminuir una línea de su estatura, sino más bien agrandarla, merced al cálido ambiente de culto a su memoria, que sus mismos adversarios despiertan en individuos y naciones que han heredado la libertad — más o menos cierta — y siempre la gloria del Libertador, "nombre que excede a todo otro que un mortal pudiera ambicionar".

La excelsa figura, se halla hoy más que nunca viva y animada. ¡No la toque la irreverencia iconoclasta; que al roce de

VERSO NEGRO

Quiero un verso negro, como el misterio
que columbra en las profundas y vagas lontananzas
de un vuelo metafísico y cruel;
un verso con perfumes de místico salterio,
músicas de silencio, consuelo de esperanzas,
y una miel de imposibles, una miel...

(¡Oh música que leí en vacíos estelares tan lejanos!
Ya cansado de músicas sonoras,
música de arcanos,
sin alondras, sin soles, sin auroras...)

Como tus manos,
de un divino y vivo simulacro,
cuando caen como súplicas sobre tu corazón,
deteniéndote el alma que, en un vértigo sacro,
quiere irse en las volutas de ferviente oración.
Un verso... como el silencio del alma,
que sea miel de imposibles y de calma...

Polemón ESTILITA

Quito, 1924

ella, responderá el idolo con internas ondas sonoras. Cuanto más se gaste el odio en la memoria del hombre superior; a los golpes de la piqueta, aparecerán aspectos inéditos de la vida y del alma de aquel ejemplar original y fuerte! Es en vano que pretendáis negarle la capitania general de la fama en nuestra América.

No se repita el caso de aplicar a inveracundos enemigos póstumos de Bolívar el castigo que el poeta del Ecuador don Luis Cordero dió, en versos como proyectiles, al recordado don Ricardo Palma:

Trajiste, por tu mal, a la memoria
la heroica hazaña del Pastor hebreo,
pretendiendo, en tu loco devaneo,
émulo de David ser en la gloria.

No sólo fue insensata, fue irrisoria
la audacia criminal de tu deseo;
porque, ¿quién eres tú, débil pigmeo,
para herir al Gigante de la historia?

Con la honda primitiva del perumano,
lanzaste tosca piedra al eminente
redentor del linaje americano.

Rióse de tu insania el Continente,
erró el golpe fatal tu alevoso mano;
y el guijarro cayó... sobre tu frente.

Cuenca, Ecuador

Remigio CRESPO TORAL

LA SINFONIA DE LAS CAMPANAS SANTIAGUINAS

Para la revista AMÉRICA

Las campanas tienen alma, vibran como cuerpos, se quejan, lloran, gritan, apostrofán, cantan, rugen y sollozan. Las campanas tienen vida, se estremecen en sus nervios sutiles de bronce o de plata, de hierro y de cobre. Las campanas tienen espíritu, fraccionan o alargan los sonidos, saben del bajo y del alto, amontonan las notas como en un torrente o las dilatan en un ansia de espacio que angustia y enloquece. Muchas campanas tienen historia, un belga ha escrito un libro para cantar a las campanas de Brujas. Julio Dantas ha celebrado en sendas páginas los recuerdos trágicos de las de Coimbra, Edgar Poe ha cantado en un poema inmortal a todas las campanas, las ha sentido rugir, acariciar, llenarse de fantasmas convidando a fiestas sabáticas, a delirios siniestros, a horrores y tenebrosos espectáculos, las ha sentido humanas, meciéndose en el aire, enloquecidas, frenéticas o calmas. Dantas prefiere para su tema las campanas conventuales, las campanas monjiles repitiendo en ronda: penitencia, penitencia; no tanto, no tanto, no tanto; ni tanto ni tan poco. Prefiere las campanas acusadoras, las que habla a la conciencia, las que golpean en el hombre moral desviando de su senda, extraviado en su conducta, el pobre hombre esclavo de sí mismo, olvidando de sus deberes y al borde del misterio original.

En Santiago las campanas de las iglesias mayores, las campanas conventuales y las agudas campanas monjiles tienen un alma regocijada, amplia, picaresca. El badajo hiere a las paredes con travieso gesto, rebota las notas, las zarandea en el aire, las lleva de arriba a bajo y prende un cantar bajo el cielo azul lleno de una claridad rubia, suave, diáfana. Las campanas de San Francisco tienen la voz grave, severa, ruda, ellas gritan con apremio, a levantarse a levantarse, el badajo cae lentamente pero con fuerza, no pide, exige, impone. A un costado con duda, suavemente contestan

las monjas del Carmen: para qué? para qué Santo Domingo domine desde lo alto a la ciudad laboriosa y atenta, contesta con su voz entonquecida y agriada por los siglos: para amar, para amar. Tiene la impudicia de las edades primeras, su badajo sacude, repica, se espande en el aire, gruñendo su cantar viejo, el sonsonete de otros tiempos siempre igual. San Agustín no se inmuta, habla con gravedad, el sonido de sus metales centenario, repite: dónde? dónde? La invitación llega a las monjas Claras, aquí las campanas se agudizan, se hacen más que humanas, dejan oír: aquí, aquí, aquí. Como las campanas penitentes de Coimbra, las campanas de la Recoleta sermonean desde lo alto, su voz tiene el alma de los profetas, es Ezequiel o Jeremías que habla, que gritan desde lo alto su apóstrofe terrible: que dirán, que dirán. Las Agustinas ligeras, regocijadas no temen, tienen el sensualismo y la inconciencia brutal de los sabucos, con acento pagano dicen su indiferencia: digan lo que digan, digan, digan.

En las mañanas placidas la ronda de las campanas Santiaguinas baja desde lo alto, se las escucha en el aire estremecido, en las largas calles que se despetezan, en las encrucijadas llenas de árboles y a lo largo del río sinuoso, turbulento y caprichoso como la vida. Benditas campanas cianstrales, sonoras campanas de templos y conventos, dulces y graves campanas del gran Santiago, campanas de voces de hierro, de bronce, de plata, vida de nuestra vida, misterio bajo la canción humana, más que humana, misterio bajo las sentencias que corren de Oriente al Poniente, yo las saludo, campanas históricas, presas del hipo, campanas dolientes, quejosas, alegres, salutarinas, penitentes y sensual-s del gran Santiago.

Julia GARCÍA GAMES

Santiago de Chile, Setiembre de 1927

Mi Mensaje a la Juventud

— Léase el número anterior —

Nuestros vicios raciales

Las diversas regiones de nuestra América Española llevan en su constitución rasgos atávicos y lacerias de adquisición, que es de interés puntualizar, sin ánimos de recriminación, con cierto paternal objetivo, empeñoso en curar y aplicado a obtener una promesa para lo porvenir, fundamentada en una presente renovación de sangre.

En la fisonomía moral de nuestros pueblos, se hallan no pocos rasgos infantiles. Inconsciencia de todo ideal abstracto; impulsivismo pasional, que lo mismo aduira que odia desorbitadamente; egoísmo velados; apego a la tribuna de la frase, más que a la cátedra de las ideas; y una incapacidad de acción e iniciativa, que se desquita en criticar, de aquello que le falta en construir.

Al lado de esas berrugas de niño, muestran ciertos rasgos seniles. Sale de ejemplo su marcada propensión a la argucia, a estampillar con etiquetas virtuosas los actos en que el vicio se embotella por dentro: esa *virveca criolla*, que entreda y enturbia con fin deliberado, y que encubre con una horjarasca de palabras la vibora de la intención.

En suma; falta de conciencia en las masas; leguleyismo en las capas superiores; incapacidad de ideal abstracto en casi todos.

De la impotencia para construirse un ideal, que es ceguera de espíritus, nace la necesidad de todo ciego: el lazarillo. De allí que nuestros pueblos anden siempre en busca de alguien a quien subordinarse. De ahí que, no pudiendo substantivar en ellos la abstracción, personifiquen sus anhelos en lo concreto de un fetiche.

El *fetichismo* es un producto de un estado humano, el de barbarie. Da lo mismo que tal barbarie sea incipiente o senil; es barbarie. O no ha obtenido, o ya ha perdido, la autonomía lógica de las virtudes. Y el fetichismo es una necesidad indispensable de aquellos que, no sabiendo andar por sí solos, les es preciso que *les anden*.

Cualquiera manifestación de vida social puede aducir prueba de ese lamentable estado nuestro que hacia el fetiche nos conduce. En religión, por caso, nuestras masas jamás propenden a elevar su yo interno en alas de la meditación o la oración; ni a normar sus vidas en un alto dechado de perfectibilidad educadora y moral; ni a despertar entre sus pechos la chispa latente de lo Excelso. Todo reduce a desgranar rosarios, en un andar de máquina engrasada de sueño, en una actividad de labios y en un letargo de fervor, su más propósito que el de tener propicio al *santo* que eligieron como abogado celestial. ¡He ahí el *fetiche*! No pudiendo elevarnos, buscamos quien baje hasta nosotros. Rezamos ante el ícono, no por devoto apego de almas, sino para pedirle ayuda en las empresas, auxilio en los apuros, y medios prácticos en las necesidades y deseos. Es una compraventa de rasgos maquinales por bienes terrenales. Y así como en religión, somos también fetichistas en política. Sólo que en ésta, en vez del santo, aparece el *caudillo*. El fondo que da siempre igual: el retorno a la caverna, es un impulso autamente egoísta, sin un destello de ideal que nos salve. Tal es la causa de esas adoraciones, de esos núcleos que van formándose en torno de aquellos que puedan ser prome a halagadora para las ansias de predominio de éste, para el deseo de poder del otro, para el encubrimiento social de aquél, para el miedo del de más allá y para el empleómano punitivo de casi todos los demás.

No censuro la exultación por el héroe carviliano, encarnación de una modalidad racial, dígame el Hombre-Arte o el Hombre-Guerra, el Hombre-Sabiduría o el Hombre-Política. Porque esos hombres no son sino colectividades individualizadas, y, en cierto modo, ideales personificados. Esos héroes o caudillos supremos son los mapas humanos trazados por los dedos divinos para indicar a los pueblos el lineamiento de sus rumbos.

Pero nosotros descendemos, con vicio aún concupiscente, del caudillo esencial, al caudillo accidental, a éste que por las con-

tingencias de nuestro mismo pandemio, se halla en aptitud probable de repartir canongías y prebendas. Por eso, la política, que, como ciencia, debiera conducir a sabia construcción y dirección del Estado, y como ética a la higienización de sus factores, de modo que la salud colectiva garantice la de cada cuerpo individual, es, por el contrario, como mesa de juego en la que el ojo brilla tras la carta probable y en que el mejor fullero es el más hábil.

¿Y la Patria?, diréis. Pues... la Patria es sólo para los discursos y para los boletines. La Patria es como Dios, que todos dicen querer, y nadie quiere de verdad. Se la saca en las solemnes procesiones, y después se le enfunda en su custodia, como hostia de ocasión. De ahí que en los políticos se juegue quijotismo el desinterés, el sacrificio por el bien general, el servicio sin multiplicación, la entrega de nuestro brazo y de nuestro entusiasmo a la empresa de sanear la nación. Y es que hay en ellos sordera espiritual incurable. Aunque el deber les grite, no tienen oídos para oírle. Porque el estruendo de los vientres es el silencio de las almas.

Y ese egoísmo exasperado fundamenta y explica nuestros odios recíprocos. Quienes buscan construir, se juntan; mas quienes anhelan cosechar, se dividen. El ideal compacta. El mendrugo fracciona. En el ideal reside la fraternidad de la colaboración. En el interés sólo reside la Medusa de la rivalidad. El ideal es altruista, y el altruismo pone el útil de labranza entre las manos de Abel; en tanto que el interés es egoísta, y el egoísmo aguja y envenena el hueso de Caín.

Además, a la ambición que nos impele y fracciona se suma la pernicioso convicción de nuestra idoneidad para el mando. Todos nos sentimos nacidos para dirigir naciones. Si nos encargan la construcción de un edificio, nos excusamos alegando nuestra carencia de conocimiento arquitectónico; si nos ofrecen el pilotaje de algún dirigible, oponemos nuestra impericia en aviación. Pero empuñar el cetro gubernamental de un estado, eso sí todos lo sabemos. No hay analfabetos en ese doctorado de la administración. Aun no sabemos dirigir nuestro timón, y ya pretendemos ser aptos para coger el timón de los demás.

Y, en tanto, nuestros pobres pueblos incapaces de columbrar lo abstracto de un ideal, de comprender la fuerza oculta que conduce a las altas finalidades de la Raza, ti-

negan a la gallina ciega de su desorientación, y con los ojos vendados y los brazos a tientas, sólo aspiran a prenderse del primer caudillo que se acerque, a ser anidos al carro de personales ambiciones, en espera inocente de falaces promesas que jamás o pocas veces se cumplen.

Y esa inconsciencia de los pueblos se ve reforzada en nuestra raza por cierto bulleante, epiléptico entusiasmo por la retórica de bocacalle, esa que hace lentamente ante sus ojos trozos de similor, ardores patrióticos de guardarrapia, jangas futuras de papel plateado. Estamos intoxicados de *tribunismo*. Mariposas que chauscamos nuestras alas en las ampollas de lo declamatorio, nos fascinan, como un espejo hipnótico, esas huecas proclamas cuyos ideales espumantes duran menos que la tinta con que se escribieron. Y los pueblos se enardecen y vuelan deslumbrados por una piroteoría de frases, sin comprender que esos discursos no son sino ambiciones endomingadas con gallardetes de promesas; ganchos de palabras hurgando sobre las centralitas del poder.

Y bajo la siembra de palabras estériles, que es como siembra de semillas sin germen, sigue arrastrándose la ruina entre las zarzas de nuestras vencillas. Y sobre los declives de esa ruina—como hoy está pasando en mi pobre Nicaragua,— se siente tronar sobre nuestras cabezas los cascos de los conquistadores. Porque es preciso convencernos de una amarga verdad: nosotros somos los verdaderos propulsores de los salvajes imperialismos que nos atropellan. Porque la conquista nace cuando la virilidad fallece; y porque si no existieran degenerados Baltasares, jamás se acercarían a nosotros voraces Nabucodonosores.

Hay que hacer Patria

El único remedio posible es hacer Patria. Y sois vosotros los llamados a hacerla: vosotros que representáis la juventud humana. Hablo de la juventud de veras, ya que hay anchañidades de cortos años, como hay frescoras canosas. De esa juventud que es crema humana, flor de vida, sal del mundo, sin contaminaciones de egoísmo, sin la asfixia del odio, sin los tumores de alma del prejuicio, sin el embalsamo del propósito y sin la tuerta intención de encañada. Germen de luz, brote de fuerza: ¡juventud!

Os excito a hacer Patria. Os pido que saquéis los pulmones de ese ambiente de plomo que amenaza asfixiaros. Tarea lenta y difícil, lo concedo. Sé que tenéis que luchar, para ello, con nuestro *peñadico*, con nuestra conciencia petrificada; que hemos de sacrificar nuestro provecho presente, y hasta el apego por la herencia atávica, y hasta el afecto de padres por lo que conceptuamos obra nuestra; que debemos perder gran parte de nuestra ración de goces, y acallar el orgullo que retiene lo antiguo, en beneficio de un ajeno futuro, para provecho de aquellos que nos sucederán, y que, aunque nazcan de nosotros, no seremos nosotros.

Porque la verdadera acción reformadora, en estos momentos concebible, no ha de ser sino aquella que abandonando, si es preciso, lo inmediato, por necesario que parezca, se resuelva a curar sus esfuerzos con rumbo hacia lo porvenir.

Cuéntase que los soldados rusos terraplenaron con sus cuerpos el foso de Scheweidnitz para crearle como un puente humano el paso de sus compañeros. Meditemos en esa noble panta. El sacrificio de *los nuestros*, en provecho de *los nuestros*. Tal es la lección. Hay que llenar el foso con nuestros intereses actuales, para que por sobre ellos pueda pasar triunfante nuestra patria futura.

Acordémonos de la frase de Aníbal: «Nuestros espamos por nuestros padres, y nuestros nietos serán castigados por nosotros».

Cierta día de paseo campestre, me quedé contemplando con asombro a un viejecito centenario que, encorvado sobre la negra tierra, cavaba tembloroso para sembrar en ella unas cuantas semillas. Trabé plática con él; y hubo de saber por su boca lo que aquella penosa labor significaba para sus intentos. Las semillas sembradas eran de las que alejan toda esperanza de próxima cosecha, de las que tardan años y años en crecer, frutar y florecer. Y yo, que entonces usaba de mi vieja conciencia zahulida en el lucro, saturada de positivismo cosechero, no acertaba a comprender el móvil de aquel valetodinario que más estaba por coser su almohada tineraria que no para espantas problemáticas de recolección. Y él, que me miraba fijamente, mientras con un pañuelo rojo se limpiaba los surcos húmedos de las arrugas de su frente, sin duda adivinó mis pensares, pues me explicó sonriendo: «Esto no lo verá yo, señor. Bien lo sé. Fruta tardía no es para labios

viejos. Pero es, señor, para mis nietecitos. Ellos sí podrán cosechar.» Y prosiguió cavando.

Sigamos ese ejemplo. Cavemos nuestra tierra. Fertilicemos nuestra patria. Olvidemos los regodeos de nuestra propia gula, pensando sólo en la cosecha de nuestros nietecitos.

Lo Cultura es el Único medio de hacer Patria

Pues si el único remedio posible es hacer Patria, el único procedimiento para hacerla es la cultura. Nuestra labor principal está en la escuela. Pero no entiendo por cultura el arte de hacer gestos sociales, de enmascarar el instinto con formulismos de buen tono, píldoras de corteza de azúcar y coxazón de acibar, monerías de corte cubriendo impulsos de caverna. Tampoco me refiero, al nombraros la escuela, a lo que comúnmente denominamos enseñanza. No basta con instruir bien o mal a los jóvenes. Lo que urge es educarlos, es decir, incrustarlos dentro del deber; hacerles comprender que cada uno es una pieza distinta en una sola relojería humana; que deben tener claro concepto de sus sendas funciones, de la manera de adaptarse a ellas, y de cómo han de adecuar cada uno de sus particulares actos a la mecánica total. Porque, como afirma Rusquin, «educar a un joven no es hacerle aprender *algo* que no sabía, sino hacer de él *alguien* que no existía».

Dejemos, pues, de ser los enfáticos recitadores de una ciencia en frío, catálogos vivientes de datos, incapaces para pasar de la vida declamada a la vida vivida, de la erudición pedantesca y labial a la eficaz adaptación de facultades a la labor de la existencia. Hay que tomar cada asignatura de nuestro aprendizaje como un campo de labranza interior, de autoanálisis primero, de desarrollo de facultades después, y, enseguida, de impulso casi automático hacia la aplicación.

Con la escuela meramente instructiva se hacen erudiciones. En cambio, con la educativa se forjan caracteres. Recordemos que el hombre, como el centauro, es doble: una mitad que mira al cielo, y otra mitad que huella el fango. Para su parte de alma, está la educación, que la alimenta en dignidad y en carácter. Para su parte de animal, házale y sábele con la instrucción a secas, con ese repasto de bachillerismo, que, si se asocia con el instinto natural o la

pasión dinamitera, truécase en lámpara malsana que presta sus auxilios a los carpasos de esa bestia.

Si la instrucción da el *saber*, sólo la educación da el *ser*. Lo que debemos procurar es constituirnos en hombres: hombres arraigados en vida, como los árboles frutales. No salgamos del aula convertidos en cuadernos humanos, sin saber lo que somos ni para donde vamos. Logremos que no se encierre al joven en el libro como en un calabozo de teorías, sino que aprenda a conectar el libro con la vida.

Ilusionismo racial: el formulismo

Procuremos desterrar de la juventud futura la propensión al *formulismo*: Vivimos de fórmulas, haciendo de la existencia un escenario, como sonámbulos de la apatencia. Es conveniente darnos cuenta de que las perlas huecas sólo son muecas de perla. La forma no es útil sino cuando sirve de vehículo para la vida. Pues si la sociedad vive de fórmulas, hagámosla que viva de vida. Hoy por hoy, el arte, la enseñanza, la política, hasta el amor, son en nosotros perlas huecas, reducibles a polvo a poco que se les apriete con los dedos.

El formulismo nos está matando de insipidez e inconsistencia. Flotamos, como los corchos sobre el agua, sin clavar en el suelo las piedras angulares de la educación.

Pidamos a la escuela el hierro sólido que le falta a la sangre. Hagamos de nuestra actulismo la promesa de nuestro futuro. Sembremos causas fuertes, para cosechar efectos vigorosos. Cultivemos la escuela: la escuela nueva, al aire libre, al bosque abierto, a plena vida; la escuela que, enseñando, transforma; la escuela que da a la luz la utilidad aplicativa del hábito, y que presta a los hábitos, la fortaleza de la luz.

Verdadera finalidad de la escuela

Nuestros jóvenes, con bien contadas excepciones, desconocen la verdadera finalidad de la escuela. Tomanla sólo como medio de obtener acceso a una carrera; como un pasaporte para el doctorado o la licenciatura; como un puente que conduce únicamente al provecho. No saben de su función más alta, la de ser arquitectura de almas, ésa que de andamios de pasiones hace surgir templos de ideales. De ahí que pocos se preocupen de algo más que del

certificado. Con sapiencia o sin ella, con buena copia de legítimas notas, o con auxilio del influjo o la argucia, lo esencial para ellos es aquel pedacito de papel que ha de otorgarles el derecho a ser inscritos en las matrículas de la Facultad. Y ya sabemos lo que de ello resultará el que os topéis a cada paso con tantos lisados con birrete, con tantos caquévicos de toga, que portan títulos sin moralidad. Corre en ellos la misma sangre sin pugnar, arrastrando los mismos gérmenes patógenos. Los mismos licenciados, espíritus timbrados, que, con torpeidad de códigos y tartamudez de corazon, se encaraman sobre el derecho de sus títulos, para acrecer con sus poderes maléficos el daño en que naufraga la Patria.

Aunque la escuela informara — que no lo hace acerca de la poliforme realidad de la vida, no bastaría *eso*, si sólo a *eso* limitara su acción. Lo esencial no es saber. Lo esencial es saber aplicar. Si hay que conocer la naturaleza: si hay, sobre todo, que aprenderse a sí mismo, es sólo para constituirnos, de acuerdo con tal conocimiento, en los constantes peones de nuestro deber. Nada se gana con que el médico, cruzado de brazos, conozca lo que mata al enfermo; pero sí habrá cumplido su misión cuando aplique su saber a salvarlo. Recordad lo que vale la ciencia si la *adhucida* a intereses, pensando en aquella vorágine mundial que en 1914 empezó a despoblar de hombres y a poblar de sepulcros el Viejo Continente. Acordaos que entonces, fueron las fieras con diplomas quienes se destruyeron *científicamente*: con la mecánica volando en aviones incendiarios, o submergida en los océanos en perforantes submarinos; con la química envenenando gases; con las matemáticas curvándose mortíferas en las parábolas del carbonazo.

El conocimiento es únicamente un medio: el medio de saber aplicarnos. Si no se aplica, es malo; y si se aplica al daño, peor. Si queda muerto; si se encierra el sabio en la torre de marfil de su sabiduría estéril, resulta ésa una sabiduría tan demás como una flor hecha de trapo. El saber sólo es nada. El acto sabio es todo. Dijo el hondo Carlyle: «El cielo no os pedirá cuenta de lo que hayáis pensado, sino de lo que hayáis hecho.»

La instrucción a secas es un abate, cuando no es un veneno. Mas la instrucción que educa, es, en cambio, un abate que desesteriliza, un semillero pródigo en el que se excluyeron los morbos y se alentaron las vitalidades; una *almacén de brotes*

viriles, que van a convertir más tarde en un laboratorio de savias aquello en que poco antes se aletargaba la tristesca infelicidad de los llanos grietosos.

Para hacer siembra, hay que educar el terreno; para hacer patria, hay que educar a la juventud. . . Esto es, hay que vacunar el alma contra el egoísmo. Acotararla contra la decrepitud con las santas profusinas de la moralidad. ¡Eso! Hay que moralizarla. No os asustéis por la palabra: que no me refiero a las juopias preceptivas, consuetudinarias o catecismales, que pueden oleros a remilgos de bestia, sino a la alta moral, naturalista y positiva, que consiste en comprender lo que es esa Naturaleza de que formamos parte, lo que somos nosotros dentro de ella, lo que nos toca hacer en su funcionamiento, y el gimnasio en que debemos operar para obtener el desarrollo de nuestros músculos internos en forma de aplicarnos eficazmente a esa labor. Es la moral sabia, supremamente científica, en la que la honradez consiste en comprender que somos átomos de un cuerpo, y en que, si nos fortalecemos como átomos, es sólo para ser fuertes como cuerpo. Purificar, mudar nuestra naturaleza, de modo que pensemos justo, veamos claro y obremos con carácter. La rectificación de una conciencia es la premisa de una moralidad. Porque no hay un acto loco para una mente sin juicio, ni sentimiento despreciable para un corazón sin rectitud.

Instruir es el medio. Educar es el fin

Se ha sostenido con empeño, que es la instrucción la únicamente llamada a transformar a un pueblo. Y yo os digo: es cierto; mas con la ineludible condición de ser ella, no un fin, sino un medio para la educación. El vicio titulado es peor, porque es un vicio armado. Es indispensable hacer de cada joven un ser de voluntad: un hombre. Porque, si la mente conoce, sólo la voluntad dirige. Debemos ver en cada ciencia no solamente una ventana hacia la luz, sino también, y más principalmente, una puerta para salir al mundo, para poner nuestras fuerzas al servicio de la causa social, para enterrar nuestros rodajes en la maquinaria unificante de la cooperación.

Para eso, el sabio «condóctele»; el hábito de la introspección, el autobuceo, que analiza y escarba nuestros abismos interiores y nuestros milagrosos hacimientos de poder. Luego, el despertar de las latencias volitivas, el desarrollo progresivo de nuestro di-

namismo. Y después, el hábito, iluminado y fortalecido por la ciencia; y las ciencias actualizadas por el hábito: la aplicación de nuestros músculos desarrollados al servicio común. Porque la luz alumbró el sendero; pero es para que podamos conducirnos sobre él. Los músculos adquieren vigor; pero es para que logremos manejar nuestro remo y pueda entrar la barca al puerto de salud.

Preparémosles cuerpos a las futuras almas

Seamos agricultores de la fracción humana a que pertenecemos. Acordémonos, para serlo, de aquel viejecito centenario que, sin pensar en la cosecha propia, ponía la misma diligencia, porque pensaba en la que habrían de recoger sus nietos. Y para ser lógicos, empecemos por acondicionar el cuerpo de la siembra, adaptar la tierra que va a prestar vientre al cultivo. Neutralizar los tóxicos, avivar los sumandos favorables, cortar las mulezas, arrebatar los basureros, pasar a tiempo las purificaciones de la llama, limpiar los instrumentos para la gran orquesta fecundadora de la vida.

Lo mismo en nuestra labor de agricultura humana. Alistar previamente, en cuanto sea posible, el cuerpo de la raza. Primero, la lucha brazo a brazo con las taras que vacían los troncos ya nacidos. Pero no basta eso. Después, hay que ir más lejos, hasta las fuentes del engendro y de la concepción. Pensemos en los padres alcohólicos, tuberculosos, sífilíticos, insánicos o degenerados, que no pueden producir en sus génesis sino engendros viciados, apoltronados para la fobia de la acción, sujetos por la fatalidad del crimen, implacablemente destinados a los regazos del espíritu. Ya esos padres no son sino costras humanas a que se adhieren todas las degeneraciones. Con ellos, no es tarea ni siquiera digna de intentarse la de purificar la lacer atávica, la de torcer el curso de esas depravaciones automáticas que con dinámica ancestral despeñan nuestro ser, ni menos la de sustituir todo eso por un estado de conciencia contraria.

Síntesis educativa: Preparación de cuerpos y educación de facultades

No me cansaré de decirlo: instruir es nada, si no es para aplicar. Debemos conjugar en la mente el verbo *comprender*; pero es para conjugar en los actos después el verbo *hacer*. La ciencia sin la acción es

como una gordura sin vigor; hinchazón nada más. El alma no es pizarra inmóvil en que se apuntan datos; es llama activa que es preciso encender dentro de un horno, el corazón.

Cuando el cuerpo de la raza esté puro hasta lo posible, y el alma de la raza haya sido inoculada de moralidad y de carácter por la educación de la infancia y de la juventud, podremos entonces gritar: «¡Tierra!» y podremos decir con santo orgullo que hemos creado nuestra patria.

Lo primero conocerse

Falta en nuestra juventud el hábito del auto-análisis. No estamos acostumbrados a hacer en nuestras almas esa saludable autocultación de defectos, que, llevándonos al conocimiento de los morbos, nos lleva al propio tiempo a la atinada aplicación del remedio. Úlcera oculta daña más. Por eso, ante nuestros ojos aparecemos intachables. Placentero concepto que se afirma con cierto falso orgullo de budaigos, muy atávico, que nos pone crespas ante la más inofensiva indicación de defectos.

Sobre ese mal retofian otros.

Como la Raza se halla enferma, los gobiernos, que parte de ella son, obran generalmente a torcidas; y como a nuestras lacras se suma nuestro orgullo; como vivimos empinados sobre nuestras virtudes, tenemos el prurito de achacar a los gobiernos el mal-estar que del conjunto procede. No hay vidrio roto de cuya fractura no haya de ser culpable el Gobierno. El crimen que se comete, el viento que sopla, la crisis económica, la peste, el rayo, todo cuanto en forma de plaga pública o particular se haga sentir en nuestras tierras, se apunta a cargo de la teneduría del Gobierno. De tal manera, nuestras llagas, eso que Taine calificara de escrófulas hereditarias, tienen muy pocas esperanzas de alivio. Porque nuestros tumores únicamente los percibimos en cabeza ajena. Divisamos los defectos, pero sólo en quienes gobiernan; que por su misma altura, se hallan en mayor evidencia, y precisamente cuando nosotros no somos parte de esa corporación gubernativa.

Y como todo mal resulta ser del Gobierno, siempre nos hallamos ansiosos de cambiar, como si el cambiar de lecho fuera cambiar de enfermedad. Pedimos hombres nuevos, sin comprender que de nada nos sirve modificar los frascos dejando intactos los venenos. Por eso, tales hombres nuevos envejecen en cuanto nacen a la vida pública;

porque ya venían viejos. Porque son cuerpos jóvenes con vicios ancianos e iniciativas valedudinarias. Lo que habíamos menester es *bondad, en vez de novedad*. Y a los hombres buenos es preciso crearlos, a fin de que, naciendo orgánicamente virtuosos, practiquen y no declamen la honradez.

Todos somos catones cuando el mal surge en los otros. No hay despota que no fulmine el despotismo, cuando lo ejercen los demás. Y es preciso que los jóvenes sepan que todo gobierno es un efecto preciso de su pueblo; que las tiranías nacen, como los hongos malos, sobre los pueblos putrefactos; y que es mejor que criticar a los gobiernos sembrar virtudes en los ciudadanos.

El odio al efecto es un poco fértil. Vale más el cuidado de purificar las causas. El efecto maligno es efímero; el hábito de bien es permanente. Un mal gobierno obstruye, pero pasa. La virtud adquirida construye y se mantiene.

Nosotros, de almas poltronas y malicias activas, somos el fiel producto de una sola enfermedad racial. Patológicas encarnaciones de una misma dolencia crónica. Surgen hombres, y son siempre los mismos, porque es la misma la raza generadora. Nacemos nuevos de años, pero viejos de vicios. Diversos en edad, pero los mismos en errores. Por eso, no ataquemos sistemáticamente a los que mandan, y comprendamos que ellos no son sino el fruto lógico de nuestro lamentable estado moral. Si, cuando llegamos al Gobierno, es raro que no sigamos la corriente, es porque no somos otra cosa que el exacto producto de un general estado crónico. En vez de maldecir del vaso de agua, limpiemos la fuente de donde procede. Ataquemos al tirano futuro atacando nuestro defecto presente.

No, el mal no nace sólo en los gobiernos, sino en todos nosotros. El remedio es transformarnos todos. El récipe no está en cambiar de formas, ni en substituir unos partidos por otros, que es como cambiar de vaso conservando la hiel, sino en hacernos nuevos, automatizando nuestros hechos con su repetición, educando la mente juvenil en un traje de pensar propio, el corazón en un verdadero amor de patria, y la voluntad en el hábito inflexible de traducir en actos los dictados de cada inteligencia y los impulsos de cada corazón.

(Concluido)

Santiago ARGUELLO

México, D. F.

Salvador Díaz Mirón

De "El Día"

Ha caído el poeta simbólico y nonagenario, ese poeta de quien no se sabía si era una roca viva o un hombre. Hay seres palmítoles, hechos de cuarzo que parecen carne y de carne que parecen cuarzo. Salvador Díaz Mirón era uno de ellos. En su muerte, cabe interrogarse: ¿pero puede tener la montaña?

Ese espíritu caudal sin fronteras, substratum del genio americano, fue el seyo. ¿Quién no ha escuchado piñar su sonocastilabo? Toda su vida, toda su obra ha sido un galope de centauros. Entado en vejez ornaba de grutas plútoicas su frente pro-cera, encendía la llama de plata, en su cabellera y nubla sus ojos de héroe homérico, se asista a un espectáculo de la naturaleza misma, integral, una.

Salvador Díaz Mirón cotopó su inmortalidad—no la inmortalidad del elogio humano—con un puñado de monedas sonoras: sus versos. Esos versos que centellean, que se multiplican y se levantan en surtidores, que estallan, que proclaman de truenos y desahogan huracanes, esos versos que parecen saturados de estas palabras de Ibsen: "han llegado tiempos de tempestad que reclaman obras de relámpago".

Gran domador de los vocálicos castrifanos, sabía agitar la fusta de su metro sobre las espaldas elásticas de esos esclavos móviles. Verlos alineados como galeotes remidos con los remes de la consonancia, paralelos y juntos, esperando la voz profética que los hará romper las olas torbias del prosaísmo, sonreír ante las trombas subitáneas de ese mar trepidante que se llama poesía.

Erguido verticalmente siempre, su actitud jamás se vuelve profana. Es un poeta que siempre conserva la soberbia eufónica de su yo frente al universo. En todos sus vocálicos. En todos sus meridianos. Desde la juventud intrépida, hasta la madurez tórrida, desde ésta, hasta la senectud olímpica.

América ha necesitado de la literatura de Salvador Díaz Mirón. Porque es la literatura de la propia vertiente, mitad hímica y mitad alvastre. América necesita aun ese contingente heroico de los propios terrores, necesita por su propia voluntad, inventar un alfabeto de signos suyos.

Su cultura estética ha sido tributaria desde su occidentalización anglo-hispano-lusitana. (Acaso sus antecedentes de la preconquista no son recias raíces de que su arte tiene estupidas gamas? Consúltese el sentido arquitectónico y decorativo de las civilizaciones precolumbinas, pálpese esa plasticidad que tiene la raza para traducir sus emociones ingentes en la piedra y en el barro, penetrese a la comunicación del equivo musicalizado indígena, creese en una palabra, con expresiones de la misma América).

En Díaz Mirón se advierte la fábula del Cid empleada y dominada con un todopoderoso gobierno de la metrificación. Pero con impulso americano. Basta ese impulso para definir el arte americano de su unidad extranjera, de ese prufio de calcar, de ese admirable sentido sinio que poseemos todos. Nos contentamos con ser arroyos claudicantes, afluentes melancólicos, pudiendo ser ríos soberanos. ¿No es ésta una dilapidación de fuerzas creadoras?

Díaz Mirón posee la dureza de la roca americana y por eso, le he comparado y asimilado a ella. En grado máximo, nos presenta una virtud muy rara entre nosotros: la impenetrabilidad espiritual. Impenetrabilidad para preservarse de las influencias extrañas, para repugnar modelos extramológicos, porque el ambiente da todo, de él manan todas las líneas de la creación, cuando el creador desarrolla su personalidad, la eleva y la tonifica con los ingredientes que su mano toca y su pupila descubre.

Quede Díaz Mirón plantado en tierra mexicana después de su muerte, con la misma erección ciclopea que tuvo durante su vida. Porque siempre cabe interrogarse: ¿pero puede tener la montaña?

Gil de RAIZ

NOTA.—Correspondiente a este artículo a Gonzalo Rodríguez, uno de nuestros prestigiosos en la música y en su intelectualidad del Ecuador. Ecuador, que se ha dedicado últimamente al periodismo en la fundación de "El Día", tiene ganado el galardón de una obra literaria de insuperables valores. Cuando esta parte de fundó la honra de su obra, luminoso, el asunto fue tan enorme, y cuando estaba el coplete de la fundación, coincidiría, el ritmo original de su verso americano, su calderón trinitario en el Sol de nuestra América.

POESIAS

A GLORIA

No intentes convencerme de torpeza
con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
mi esperanza inmortal no mira el suelo:
no viendo más que sombra en el camino,
sólo contempla el esplendor del cielo!

Vanas son las imágenes que entrafía
tu espíritu infantil, santuario oscuro!
Tu numen, como el oro en la montaña,
es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crupa,
ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa,
o águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenás murmullo
exageres el lance en que me enredo:
yo soy altivo, y el que alienta orgullo
lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja,
desprecio los peligros que señalas:
«El ave canta aunque la rama cruja:
como que sabe lo que son sus alas!»

Erguido bajo el golpe en la potfia,
me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
quitarme el triunfo, pero no la gloria.

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me alarme!
La flor en que se posan los insectos
es rica de nectár y de perfume.

El mal es el teatro en cuyo foro
la virtud, esa trágica, descuella:
es la sibila de palabra de oro,
la sombra que hace resaltar la estrella.

¡Aljubón es agua! — Añís encendido
será el fuego voraz que me consume!
La perla bruta del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy nudo
han de salir de la cabina ilesos;
hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan. . . ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión! — La palma
crece en la orilla que el oleaje azota;
el mérito es el náutico del alma;
vivo, se hunde; pero muerto, flota!

Depón el seño y que tu voz me arulle!
Consuela el corazón del que te ama.
Dios dijo al agua del torrente: bufle!
Y al lirio de la margen: embalsama!

Confortame, mujer! — Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate!

LOS PEREGRINOS

Ambos justos recorren la campiña serena,
y van por el camino conducente a Emaús.
Encórvanse agobiados por una misma pena:
el desastre del Gólgota, la muerte de Jesús.

El soplo de la tarde perfuma y acaricia;
y aquellos transeuntes hablan de la Pasión.
Y en cada toscó pecho, desdén de malicia,
se ve saltar la túnica, latir el corazón.

A los cautos discípulos la fe insegura enoja;
y los míseros dudan, como Pedro en el mar.
Ocurre que aun los buenos olvidan de congoja
que la virtud estriba en creer y esperar.

Cadena de montículos, cuadros de sembradura,
y sangrando en la hierba lá lis y el ababol;
y entre filas de sauces de pródiga verdura,
la vía que serpea, encharcada de sol!

La pareja trasuda, compungida y horafía,
en la impúdica gloria de tan perdido abril;
y el susurro que suena en las hojas, amaña
sarcos cual de turba profanadora y vil.

Los pobres compañeros se rinden al quebranto;
y de súbito miran a su lado al Señor...
Pero los ojos, turbios al arbitrio del Santo,
se confunden, no aciertan, a pesar del amor!

El Maestro, venido en sazón oportuna,
acrimina y exhorta, más dulce que cruel;
y enseñando cautiva, pues en la voz aduna
armonía y fragancia y resplandor y niell!

Y pregunta y responde a la gente sencilla...
Marcha rizos al viento y razona la Cruz,
El pie bulle y se torna; y la planta le brilla,
como al remo la pala, que surgida es de luz!

Los andantes arriban al villorrio indolente,
que salubre y bucólico huele a mística paz;
y las mozas, que acuden al pretil de la fuente,
los acogen con risas de indiscreto solaz.

Y los tres se introducen en humilde casona...
y en la rústica mesa, la Sagrada Persona
parte, bendice y gusta la caliente borona...
Y dispase luego, como el humo fogaz!

Salvador DIAZ MIRON

México

LA ORQUESTA "METROPOLITANO"

Integrada por profesionales de excelente
cultura artística, ofrece a Vd. sus
servicios con un extenso
y moderno repertorio musical

HONORARIO: -VEINTIDOS SUCRES POR HORA

Dirección: -Carrera García Moreno, N° 87. -Teléfono 3-3-1

UN ARTISTA MUY HUMANO

CRITICOS excelsos, como Taine y Goyau, han tremolado en alto la bandera del arte, considerándolo como un prórroga de la existencia. De su realidad han deducido el espíritu de un pueblo y la regla estética de precisión, relativa a que se interprete el medio ambiente, si se anhela perdurar.

El arte, bello y eternal, será siempre profundamente humano, digan lo que quiera los oscuros filósofos de pega que al dolor simple de cabeza llaman cefalalgia. Claridad ha de ser condición del ente racional que hoye de las nebulosas, lo mismo al exteriorizar la hermosura que al investigar la ciencia.

Quando más se acerque a la realidad y penetre en los misterios del corazón, más adoradores tendrá el arte, comprensivos, diáfanos, sinceros, como quería Horacio. Si el arte llega así al sentimiento del pueblo, se perpetúa en el espacio y en el tiempo, ahorrando a los intérpretes el fatigoso comentario del acertijo.

Cluidades tomadas del albor nacional, de lo que constituye su tradición e historia, volverán más luminosas las obras de arte que tiendan a conservarse lucanas, porque fijan las peculiaridades de una raza, lo genuinamente nacional.

¿Qué monstruosidad metafísica se quiere expresar al referirse el crítico enigmático, en son de fatua originalidad, a la «deshumanización» del arte? La palabreja atosiga, porque es rebuscada y tiende a desvirtuar la esencia de la estética. Metacriticología de los que conciben tal descastamiento: olvidan una ley biológica condensada en el *homo sapiens*.

¿Dejará la belleza de ser comprendida por los mortales? ¿Sólo se ha de poner, por muy fantástica y vaporosa, al alcance de los impalpables genios y ángeles de la mitología que con el prodigio cinematográfico ya no asustan a los niños? Los amagueamientos, las fiebres desesperantes de novedad que fatigan al entendimiento, las torceduras de la frase, los delirios del pincel, ¿han de reemplazar a lo sencillo y humano? Absurdo fuera concebir que el arte deje de interpretar el fondo de la vida, para viajar únicamente

por los países de la fábula. Si el sueño es dulce y reparador, el despertar es también delicioso. Mayor es el tiempo que dedicamos a la conciencia que ya no está adormitada.

El hombre y sus pasiones, más o menos ennoblecidas, constituyen los asuntos diarios de hermosas producciones, de búsquedas prolifas; y así continuará siendo, si la historia no ha de desmentir su filosofía, sus hechos y legados seculares.

Dos artistas griegos, Parrasio y Zeuxis, según cuenta la leyenda, trataron de engañarse mutuamente. El decorador del palacio de Arpelia recurrió a la naturaleza, maestra de perfecciones: a un racimo de uvas, que reprodujo tan a lo vivo, que engañó a las aves del cielo que venían a picotear el cuadro clásico. El otro, el pintor del combate de Lapitas y Centauros, acogió un tema de más humana ingenuidad, propio para desparar al ojo experto: el velo que simulaba encubrir un retrato. En lo alto, había una indicación que insinuaba descubrir la cortina. La pintura era tan exacta, que el desafiante trató de obedecer el mandato, por admirar la figura que no existía. Este viejo episodio helénico es el símbolo eternal de la humanización del arte, por más que los descastados lo quieren desconocer, deformando la visión terrena.

Artista eminentemente nacional y humano es don Francisco de Goya y Lucientes, que hizo más por España y por el pueblo genuinamente hispano que las falsas diplomáticas y los tratados de civismo, las convenciones mercantiles y los discursos patrioteros con que se halaga a los de abajo. Para ponderar su españolismo, le ha llamado sublime baturro el crítico Osorio.

De la muchedumbre auténtica se elevó a las regias moradas, a esbozar retratos de distinción y celebridad, entre los que se contaban los de la familia de Carlos IV. Recordó, como el Tenorio, todas las escalas sociales: duquesas trajeadas de mojas, fusilamientos terroríficos, peleas, miseria, muerte, escenas de la guerra. Fatigó la pintura de variadas escuelas; luchó con las sombras, abuso del rojo; borroneó cartones raros y tenebrosos, frescos de evocación religiosa;

pero también telas palpitantes de realismo. Su larga vida, casi de nonagenario, fue anti-tético estudio de lo plebeyo y aristocrático.

Sus entendidos colores fueron a avivar la entraña de la multitud hispana. Reprodujo su alma, con el íntimo sentido que para Terencio jamás fue ajeno, porque se consideraba muy humano e incapaz, por tanto, de sorprenderse de nada.

Estimula en la vida de Goya su energía nacionalista, que le sacó victorioso. Hasta en la agonía quiso pintar motivos de su patria.

El célebre artista padeció, casi desde niño, la misma dolencia acústica que ensombreció los días del divino Beethoven, afección que a las veces agrió su carácter hasta rayar, en alguna circunstancia, en insuportable por sus contradicciones y rarezas. Desde los trece años notó que iba ensordeciendo, para mayor infortunio del genio. A los 50 no oía nada. Otrundo de olvidada al delincha argentina que ilustró su talento, fue hijo de unos honrados labradores que no alcanzaron, desde el primer momento, a conocer la pictórica vocación del pobre muchacho que horroneara las figurillas en las paredes y dibujaba cosas infantiles, chocantes para sus mayores. El chico, según ellos, estaba perdiendo tiempo, como ha acontecido a numerosos artistas violentados en sus aficiones. En Zaragoza se dedicó a la técnica de los matices que Céspedes poetizara en memorable obra didascálica. Luzán le inició en lo que debía ser más tarde el vehículo de su triunfal carrera.

Apreciamos en Goya un bravo y tenaz temperamento dispuesto a luchar sin miedo por la vida, apoyado en el aforismo arcaico de que el hombre de talento lo lleva todo consigo. Nada le arredraba. A Madrid llega pobre, como Espronceda a Lisboa sin una peseta, pues el poeta tiró al río la única que le quedaba.

A Roma va sin blanca el pintor admirable. Tiene que ingresar en una cuadrilla de toreros para hacer frente a sus necesidades. Vuelo entrar en la Ciudad Eterna con un zurrón al hombro, es acto ejemplar para los que se amilanpan en la diaria lid, porque no

hallan todo a pedir de boca y se derrotan al menor fracaso. El esfuerzo propio está muriendo en las voluntades enfermizas que no se toman la molestia de combatir heroicamente y de perseverar.

Trabajo y esfuerzo propio concluyen por vencer, cuando hay firme carácter para echar un puntapié a la abulia. Verdad es que ayudaron a Goya sus compatriotas Ribera y González Velázquez; pero no es nienna cierto que su férrea voluntad puso mucho de su parte.

Su andar aventurero, en familiar comunión con la miseria, le sirvió mucho para conocer las costumbres del pueblo. Dio realce a los cuadros nacionales, típicos, inconfundibles, profundamente observados, auténticamente humanos. Naturalidad y animación discarriendo están en sus gloriosas telas que hablan de asuntos legítimamente nacionales, desde la reproducción del «Lazarillo de Tormes», que palpita en la inmortal novela picaresca que se atribuye a Hurtado de Mendoza, hasta los famosos tapices del Escorial, y sus abundantes caprichos.

Siempre adicto al género popular, cuyo espíritu interpretó desde niño, ha dejado a España la valiosa herencia de sus mañolas, majas, toreros y labriegos, de sus costumbres que dicen del aliento de la patria como el «entierro de la sardina», de todo lo que constituye el alma hispana, que vive en la historia y en el arte. Cervantes supo estudiar en las multitudes de las ventas, mesones y caminos la poesía perennal de la patria. Hasta en sus motivos decorativos y láminas litográficas, Goya no pudo prescindir de las características corridas de novillos y de las armónicas escenas del pujante pueblo español.

Humanidad y nacionalismo, he aquí, entrelazados como rosas de amor, las flores que forman la corona perfumada y lucente de Goya y Lucientes.

Alejandro ANDRADE COELLO

Quito, Ecuador

HACIA INDOLATINIA

De las corrientes de federalización americana en boga, el iberoamericanismo va ganando mayor número de entusiastas adeptos. No hay Estado de esa procedencia común que no cuente con valiosos y activos propagandistas. Se hace tarea y tarea buena. Los publicados por un escritor, estimula a los demás a hacer lo propio. Y el con producido por una publicación envuelve reforzado al país de origen a aumentar el entusiasmo en la obra y la fe en su éxito.

Dentro de pocos años más será el iberoamericanismo la "religión política" de una veintena de Estados del Nuevo Mundo, que a fuerza de fervor y de apasionada exaltación, darán cuerpo a un grandioso propósito que por hoy no pasa del deseo y la propaganda.

Los tratados firmados en Locarno, por los mismos grandes potencias que se destruyeron en los campos de batalla de la guerra, garantizaron la paz en la mayor parte de Europa, habiendo creado múltiples y complejos focos de conflictos susceptibles de producirse en cualquier momento por motivos imprevisibles, consumiendo en las hogueras de una nueva conflagración: lo que quedaba de residuo de los escombros dejados por la de 1914. En adelante, cimentado el reinado de la paz y el orden jurídico, bajo la égida de principios de justicia sustentados por poderosos Estados, y luego por la Liga de las Naciones, interesados en que no se alteren o tal vez destruyan las condiciones de rehabilitación y resurgimiento de que tanto han menester, se entregaron los Estados signatarios, y con ellos, Europa entera, al trabajo reparador en todos los órdenes de la actividad, rehaciendo sus finanzas, ensanchando los afluentes de la riqueza pública y privada, fomentando y suscitando intenso desenvolvimiento científico, fecundizando las industrias, protegiendo las artes, intensificando la educación, perfeccionando los mecanismos de gobierno, experimentando la solución de las reivindicaciones del proletariado, cuyo nivel de cultura tiene que levantar constantemente, propendiendo a incubar en el alma de los muchedumbres aspiraciones comunes y sentimientos de cooperación y solidaridad fraternas.

Con el impulso de Europa y arrastradas por su ejemplo, las nacionalidades que comprende la Liga de las Naciones, también laborarán dentro de la paz relativamente estabilizada, por el progreso de sus entidades, que significa el del total de que son partes componentes.

La atmósfera mundial, es pues propicia y sugerente para la Confederación de los Estados pertenecientes a la misma familia étnico-histórica, como los iberoamericanos del Nuevo Mundo. Dotados de comunidad étnica y tradicional y teniendo entre sí continuidad geográfica, están encausados por la acción del medio y del momento histórico que se vive a constituir un vasto Estado, en el que una cooperación más estrecha y obligada que la de hoy, desenvuelva con la fecundidad digna de la época, los inagotables recursos que se oculta en esta parte del planeta: platillo gigantesco cuyo lastre gravitante es el imprescindible contrapeso de la balanza de la civilización mundial y sin cuya existencia ya no es concebible la historia de la humanidad.

La asociación indoiberérica para vivir vida que sea la eclosión de sus sentimientos raciales, el desenvolvimiento de sus virtualidades propias, de su arte y de su destino histórico, de su número y de su alma, necesita defender su personalidad de la conquista del imperio yanquilandés, que plotarico de fuerzas y renovando remozada la vieja cultura europea, tiene el propósito de subyugarla con el despliegue de sus redes financieras y comerciales, inyectándole dólares en todas sus articulaciones hasta causarle anquilosis.

Protector e irresistible como nunca, este prestamista universal, espera en asecho tras del mostrador de su gran banca, la llegada de todos y de cada uno de los Estados americanos, para audirlos sus apuros y sus angustias en la extensión y durabilidad de las hipotecas e incantaciones sobre sus fuentes de recursos y elementos de vida, con que asegura los préstamos que le hace al ciento por uno. Tras de la conquista económica, quisiera hacer la de su alma, creyendo que el alma indolatina tiene la resonante concavidad metálica de la sajona.

El indolatino tiene forzosamente que reaccionar contra conquista de esa especie, procediendo con talento, solidaridad y presteza, si es que quiere obtener éxito y salvar de la absorción anglosajona, el tesoro de sus estímulos e ideales altruistas, de su ética y de su arte humanistas, que si no son factores de directo acrecentamiento de riqueza material, forman la esencia de su espíritu noble, desinteresado y humano, con el que ha tomado puesto en el concurso de la civilización terrestre y al que debe su razón de ser.

Los Estados que forman la familia *latinoamericana*, deben recordar constantemente su origen y su destino comunes, estrechar sus vínculos, multiplicar sus relaciones, fomentar intercambio activo y omnilateral, y valerse de todos los medios conducentes al establecimiento de una verdadera comunidad jurídico-política, que los presente como un sol y único agregado definido y específico en el concierto internacional.

Entonces, dentro su organismo, podrán solucionarse con equidad y justicia sus legítimos reclamos, como la reivindicación de las provincias cautivas en la guerra imperialista de 1879, que para no ser alcanzada por la fuerza, debe serlo por el concurso y la autoridad moral de los hermanos de la familia indolatina, imbuidos de propósitos de verdadera paz y fraternidad, que llevan como condición, necesarias reparaciones históricas.

Nada tan urgente en orden al desarrollo de la conciencia colectiva de la América Latina, como la comunión intelectual, y dentro de ésta, la de la prensa, vehículo indispensable del sentimiento y de la idea; para lo que conviene organizarla de manera que se encuentre por encima de cuantas atenciones y restricciones que pudieran imponerla los intereses de facción, gozando de amplia y garantida libertad de propaganda. Al respecto la *"supranacionalización"* es el remedio que conviene a las circunstancias. Ahora que es la época de las Conferencias y Congresos internacionales de toda especie y que bajo la sugestión de la Liga de las Naciones, están organizándose mancomunidades y asociaciones para la protección de los

grandes servicios de la cultura humana, es oportuno lanzar esta idea y agitarla intensamente, consequr para beneficio de la persona y de sus libertades; la *"Asociación Supranacional de la Prensa"*, bajo la salvaguarda y patrocinio de la Liga de las Naciones, como entidad encargada de hacer cumplir los convenios y determinaciones tomadas por el Instituto u oficina de Organización Internacional de la Prensa, defendiendo la existencia y libre circulación de las manifestaciones de la imprenta: periódicos, folletos, libros, etc. La eficacia con que la Liga acaba de actuar en el conflicto entre Grecia y Bulgaria, cuya, en otrora *"insostenible"* guerra, ha *"cedido"* con una simple nota, pone en relieve la eficacia con que garantizaría la libertad de la prensa, y como ésta, es a su vez la garantía suprema de las demás libertades, se lograría considerable y positiva conquista en la obra de la redención humana, si se llevase a cabo su *"supranacionalización"*.

Reflexiónese sobre las ventajas que derivaría la democracia y la libertad, del hecho de la intangibilidad de la prensa si otra responsabilidad que la penal impuesta por la administración judicial. Medítense en la enorme fuerza que representaría la coacción de todos los órganos y elementos de publicidad de las naciones de la Liga, armados en un propósito de bien humano.

Y tras la organización de la prensa en el mundo o por lo menos en los Estados de la nacionalidad indolatina, coodrian las otras formas de solidaridad económica, política, etc., al respecto de las cuales, obras como el ferrocarril intercontinental y el que se proyecta de Santos a Mollendo, están llamadas a estrechar la comprensión, la cooperación, la confraternización fecundas entre los miembros de la futura gran colectividad política de los Estados Unidos de América Latina.

Por lo que toca al Perú, la tarea que le respecta en este movimiento asocional, es buscar su vinculación práctica y positiva con Bolivia sobre bases de justicia y de mutua estimación, dando así cuerpo a cosas que requieren un centenario para poder desenvolverse y llegar a la realidad.

VICTOR J. GUEVARA

Cuzco, Perú

POEMAS

SIN DEJAR UNA SOMBRA...

Quizá no existe gloria
en este siglo hipócrita y necuquino,
y es preciso seguir la trayectoria
sin dejar una sombra en el camino.

Serán contados en la vida inquieta
los que impelidos por el torbellino
han de llegar triunfantes a la meta
sin dejar una sombra en el camino.

Mas todo enamorado de su Arte,
es de un Ideal eterno peregrino,
y tiene que portar el estandarte
sin dejar una sombra en el camino...

Feliz quien al final de la jornada
graba su Ley cumpliendo su Destino,
y se vuelve a la nada
sin dejar una sombra en el camino!

RIMAS DE PRIMAVERA

Dulce Primavera, ya no hay misterios
que alegren tus huertos y alcornoques
embriagados de aroma y rocío,
Bajo las neblinas de un Invierno acerbo
se muestran los lirios amables de Neruo
y fugan los cisnes de Rubén Darío!...

Ya no hay armonías para tus mañanas,
¿Dónde fueron las rimas galanas
de aquella celeste Inquietud?
¿Es que ya pasaron los días risueños
de ilusiones locas y gratos ensueños,
con los devaneos de la Juventud?

Vamos, Primavera! Enflora tus huertos;
redivive todos los ensueños muertos
con la savia joven de un nuevo Ideal;
munda este caos de luz y armonía,
para que retoñe la bella Poesía
y tienda el anhelo su vuelo triunfal!...

José CARDUZ VIERA

Rochy, Uruguay

HACIA EL IDEAL AMERICANISTA

La humanidad atraviesa en estos instantes un período de vertiginosidad y nos da la sensación de un vórtice que rodara hacia los espacios infinitos. Diríase que una fiebre desconocida se ha apoderado de los hombres y los empuja a cumplir destinos que acaso no fueron presentidos, porque si hubo descubridores para redondear el mundo planetario y comprobar una tesis física, no les ha habido para marcar las rutas del mundo espiritual y determinar en los planos de la conciencia libre la extensión ilimitada de sus manifestaciones.

Y esa chispa de infinitud, prendida en el cerebro humano, alumbró al hombre en el descubrimiento de nuevos horizontes y en la investigación de nuevas verdades y en la alquimia de nuevas fórmulas que sinteticen los anhelos de mejoramiento y perfección.

Pero junto a la teoría elaborada en los filtros misteriosos del espíritu se levanta la realidad hierática y solemne, severa y adusta, para poner en nuestros labios una interrogante: — A dónde vamos?

Y cuando presenciamos el cuadro de ambiciones que juegan un papel de simulación de amor en el panorama del internacionalismo, mientras cada pueblo, cada estado quiere añadir un trofeo conquistado con la fuerza magnetizadora de la diplomacia galante, o de la celada turbia, sin que importen una higa el interés y la suerte de los demás hombres, ni el debilitamiento orgánico de los países "hermanos", y acaso su extinción y muerte por obra y gracia del zarpaço felino de las sombras, surge también otra interrogante: — Nos deshumanizamos?

Tal vez la celeridad de esta marcha por los campos de la evolución universal, y este silencioso duelo a muerte de los pueblos con los floretes de la diplomacia y los tósigos sutiles de convenciones y tratados, puedan tender a una eliminación por selección lenta dentro del valor energético de las razas...

Cabe estos distinguos al tratarse de los países extendidos a lo largo de las costas, de las altiplanicies y de los valles abérrimos de la América del Sur?

Los mojoneros puestos en los puntos limítrofes bajo la inspiración de vanidades domésticas no tienen significado ni elocuencia frente al concepto amplio y deslindador de raza. Hispano-América es una, y la sangre vigorosa que corre ardiente por las arterias de este gran organismo americano es la misma sangre latina transfundida en las venas tropicales en la ebriedad de la conquista y en el vértigo del dominio de la cruzada civilizadora. Y en el libro de sus destinos muestra las páginas que se han escrito en los albores de la juventud de estos pueblos que columbran un porvenir henchido de glorias alcanzadas en las lides nobles del pensamiento y de la acción.

Al ir en pos del cumplimiento de sus destinos magnos, no ha visto Hispano-América cruzarse en su camino, como un punto negro, la sombra pavorosa del águila imperialista que otea presas a la redonda desde sus fortificaciones sordidas?

Por desgracia, frente al ideal que aspira a contemplar a los hombres bajo el palio de la fraternidad universal, vérguese el plan absorcionista de las garras de oro que se añilan a la sombra de la ingenuidad de gobiernos que no profesan el orgullo de la raza, ni tienen la visión clara del porvenir de nuestro Continente.

Formemos la conciencia de nuestra grandeza, palpitemos con el ritmo acordado de nuestro común destino y en esta marcha incontenible con que avanza hacia nuevas normas la humanidad de esta hora, procuremos tomar la vanguardia y hagamos flamear a los vientos del mundo de la evolución la bandera gallarda del ideal americanista, puro y esencial.

Luis P. TORRES

Quito, Ecuador

IDEAS POLITICAS

... Triste es toda solución que se limita a cancelar un pasado sin planear en forma positiva y no vaga un porvenir. La alegría es la emoción nacional por excelencia. Un pueblo sólo puede sentirse alegre si se le sugiere la impresión de que está viviendo una mañana, la juventud de un día, la iniciación de una época, la partida para una hazaña.

... Pero una buena fe no basta para hacer una buena Constitución. Es menester, además, tener fe en algún destino nacional. El Estado, a fuer de instrumento, sólo es bueno cuando es bueno para una finalidad determinada, cuando anticipa y prepara cierto tipo de vida histórica. Ahora bien: no hay vida histórica cuando no existe una empresa colectiva propuesta a la masa ciudadana que oriente y organice su población multitudinaria.

Buena parte de las dificultades sobrevinidas en los últimos veinte años proceden de la desmoralización en que por fuerza ha caído el pueblo español desde hace muchas generaciones. Es la desmoralización de quien no tiene nada que hacer. En la vida privada necesitamos una tarea que nos la organice. En la convivencia pública, lo mismo; sólo que en ella la tarea tiene a su vez que ser pública.

... Lo que parece ilusorio es querer que un pueblo viva colectivamente sin un tema o proyecto de empresa histórica.

Cuando éste falta no puede ir bien nada, ni siquiera la máquina del Estado como tal; es decir, gobernación y política. Por mil

razones; pero, ante todo, por una muy sencilla. Una política que no contiene un proyecto de grandes realizaciones históricas queda reducida a la cuestión formal de gobernar en el sentido menor del vocablo, a la cuestión de ejercer el Poder público. No se trata de hacer obra con él, sino, simplemente, de complacerse en ejercerlo. Esto elimina automáticamente de la política a todos los hombres de calidad superior. No se le dé vuelta; de calidad superior sólo es el hombre que se siente irresistiblemente atraído por la delicia de creaciones objetivas. No le divierte más que eso. Va a la ciencia porque siente una voluptuosidad indecible en pensar sobre tal o cual problema teórico y hallar su solución. Va a las letras o a la industria por una necesidad ineludible de crear, de producir, de hacer cosas que se tengan en pie. El hombre inferior no siente esta inesorable atracción hacia lo objetivo, sino que piensa sólo en su persona. Si va a la ciencia, a la industria, no es a crear por crear, sino a fingir la creación para figurar él. Pues bien: una política sin tarea de creación histórica elimina a todo el que no sea puramente un ambicioso. La ambición por excelencia es la del poder. Quiere poder, no quiere hacer. Siempre en la política predominarán los ambiciosos; y cuando ha sido siempre así, alguna razón habrá. Pero lo importante es que la política atraiga también a gentes que no son ambiciosas o que no lo son exclusivamente. La fecundidad de aquélla depende de la porción de hombres creadores que sepan enrolar en sus servicios.

El alejamiento de la política en que viven muchos españoles óptimos no tiene otro origen que la inanidad de los programas. Sólo se les puede atraer si se les propone una tarea de efectiva creación. Otra cosa no los divierte.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

España

La crisis del constitucionalismo moderno

ASI se titula el interesante libro formado por Antonio Goicoechea con sus conferencias sobre el constitucionalismo pronunciadas en la Real Academia de Ciencias morales y políticas de España y en la Universidad de la Habana.

Antonio Goicoechea ha hecho un libro con poca lógica y con ninguna ecuanimidad. Es hoy de moda declarar el fracaso, la bancarrota, la muerte, del régimen democrático, parlamentario, liberal.

Goicoechea principia lanzando los más vivos ataques no sólo contra el parlamentarismo, sino aún contra la democracia y el régimen popular en general. El mundo actual tiende hacia el Poder ejecutivo independiente, políticamente irresponsable. Las Naciones para salvarse apelan a las Dictaduras; necesitan de las Dictaduras. La libertad es una palabra vacía cuando no una enfermedad. Lo que el mundo político actual exige es acción, es autoridad. El régimen parlamentario es un régimen de hipocresía, de ineficacia, de vacilación, de incertidumbre. El parlamentarismo pretende representar la opinión general, y prácticamente representa los caprichos de pocos patriotas; el número de sufragantes es siempre tan restringido. — El parlamentarismo con sus discusiones interminables, resolviéndolo todo por votación, sometiendo todo a las extravagancias de los diputados, es absolutamente inadecuado para la acción rápida, decisiva, orientadora. — El parlamentarismo está en pugna con el sistema de separación de los poderes. El ejecutivo queda esclavizado, absorbido por el poder legislativo. Nada peor que ejecute el mismo que legisla.

El parlamentarismo es fruto del romanticismo político, es hijo de Rousseau, resultado de la Revolución francesa. El parlamentarismo es la desviación del constitucionalismo.

Leyendo las primeras exposiciones de Goicoechea, se cree que termina recomendando la monarquía absoluta, medio divino de acción, rapidez y eficacia, o alguna dictadura para que un regenerador infalible imprima en el pueblo movimiento eficaz y rápido, lealtad y perfección políticas. Pero nada de esto pasa. El que declara que el parlamentarismo sufre de un proceso patológico de desviación, no vea de energías, cura el régimen democrático, popular y liberal, utilizando medios y creaciones del mismo régimen popular y democrático. Goicoechea encontró crisis patológica donde había sólo

crisis de crecimiento. Esto explica la falta de lógica, de vigor y de lealtad consigo mismo que revela Goicoechea en sus exposiciones constructivas. Sin más que el régimen presidencialista — a lo yanqui — sin más que la continuidad e independencia en el Poder ejecutivo, se ha encontrado el paraíso político, la eficacia, la lealtad, el orden. Es decir que la democracia se cura con creaciones democráticas. Para terminar en esto, valía la pena lanzar rayos contra el régimen popular, contra la libertad, contra Rousseau (valía la pena endiosar dictaduras y absolutismos).

•••

La guerra de 1914, guerra de orgullos, nacionalismos y prepotencias, agitó, sacudió las pasiones de los hombres y puso a flote los instintos de dominación, de violencia, de velenamen para resolverlo todo. Desde la gran guerra se ha generalizado, se ha propagado, la fe en la fuerza, en la rapidez, en la acción directa; la confianza en la autoridad omnipotente, sin frenos, sin equilibrios, en los absolutismos y las dictaduras. Se cree que los males sociales dependen de la falta de dictadura, de hombres vigorosos que impongan, atropellen, organicen, maten. Dictadura en Italia, Dictadura en España, Dictadura en Alemania. . . escribe Goicoechea con aire de triunfo. El mundo no cree en la libertad, el mundo cree en la autoridad.

Sin embargo. . . sin embargo, el señor Goicoechea se oírda de que el parlamentarismo y la democracia no son efecto únicamente del romanticismo político y de la imaginación de Rousseau. El parlamentarismo, la absorción — si así quiere decirse — del ejecutivo por el legislativo, se realizó, se formó en la evolución política de Inglaterra, de la tradicional, de la sosuda Inglaterra. Las primeras constituciones francesas mantuvieron la independencia de los Ministros frente al legislativo. La revolución francesa consagró las ideas de Montesquieu y en la práctica política mucho más hay de Montesquieu que de Rousseau en la sociedad surgida a raíz de la Revolución de 1789.

La democracia es obra lenta, gradual de la historia. A medida que las gentes van adquiriendo más experiencia y más conciencia, a medida que se cumplen los asuntos políticos, surge el deseo natural, espontáneo, incontenible de los pueblos de supervigilar,

De la tierra de América

De la tierra de América ha de surgir un día
la raza nueva y fuerte que espera el universo,
la raza que en el Templo del Amor y el Esfuerzo
deja sus plegarias al Dios de la Alegría.

raza libre; hecha toda de ideal y de energía,
que oponga una resistencia a todo hado adverso;
esa raza magnífica que sueña el universo,
de la tierra de América ha de surgir un día.

La existencia de paz, fraternidad, justicia,
en nuestros pueblos jóvenes y vastos ya se inicia
bajo el claro prodigio del resplandor solar...

No maldigamos, no, las horas de amargura.
¡Oh! hermanos! trabajemos con fe para crear
la perfecta alegría de la raza futura.

Montevideo, Uruguay

Gestón FIGUEROA

censtrat, "controlat" los actos gubernativos. La democracia está latente en todos los pueblos, se ha desarrollado en todas las naciones, se ha desarrollado paulatinamente en todas partes. La historia de España, de Inglaterra, de Francia, de Hispanoamérica demuestra, confirma esta verdad. El parlamentarismo es el término lógico, natural de la democracia allí donde la conciencia colectiva adquiere suficiente intensidad y suficientes luces.

No se niegan los inconvenientes del parlamentarismo; pero ¿no los tuvo el absolutismo? ¿no los tienen las dictaduras modernas?

... El parlamentarismo, como se ha dicho, está en crisis de crecimiento, no en crisis anunciadora de muerte.

El progreso durable y profundo es obra de la libertad, es decir, del querer, de la iniciativa de los individuos. Dando un hombre impone todo sin contar con el asentimiento, con la iniciativa de los individuos; cuando definitiva se ha hecho. Mueren el dictador y las reacciones hacen que los pueblos retrocedan siglos. Libertad, espontaneidad, un poco de amor, un poco de general anhelo, son

bases de todo edificio político. Los dictadores pasan, los pueblos quedan.

Para acabar con la democracia, para extinguir el parlamentarismo habría que clausurar escuelas y universidades, cegar caminos, extinguir ferrocarriles y autos. Todo cuanto ilustre a las personas y las acerca, crea opiniones, energías de opinión y termina por organizar instituciones de supervigilancia gubernativa. Que el parlamentarismo es la reacción natural de la democracia lo demuestra el estudio atento del derecho constitucional inglés. Paso a paso, en Inglaterra, de la dictadura se va a efectividad práctica del gobierno de opinión. La hora del despotismo sonó con la gran Guerra. El despotismo lucha por conservarse y en sus milaneses arrelatos crea dictaduras transitorias. Pero no tardará en imponerse el principio de la cooperación general, de la espontaneidad, del deber de libertad, como bases únicas de progreso durable y profundo.

Quito, Ecuador

J. M. VELASCO IBARRA

POESÍAS

EPISTOLA

Cada mañana te espero,
 En la retorta del tiempo,
 se cristaliza un día,
 Corta el aire fino, como una daga fina,
 Aletean las hojas de los árboles
 repartiendo el mensaje
 de mi desesperanza,
 Y al fondo, la marcha de los montes,
 deja su tono azul
 por el color joyante de la hiedra dorada.

Te espero,
 También yo cristalicé día pena,
 Mi cabellera al viento badula,
 Me siento cauar: tronco: hiedra fina,
 Sólo mis ojos negros,
 concentran y reparten,
 la fieltre del recuerdo y de tu olvido.

Una mañana,
 en vano aguardaré,
 Tu silueta no mascara aquel índice
 de angustia, erigido como un árbol,
 un sollozo o un riesgo,
 hacia el punto conculado del misterio.
 Ya no será una aspiración evanescente
 esa ruta de luz,
 Y mis ojos pequeños, como las manos finas
 se tornarán muy ojos.

UNA OTRA QUEDARÁN DORMIDOS!

ENTONCES....

Cada mañana nueva,
timbrará su ternura
como una cuerda rota.
Todo recuerdo mío
será un lamento muerto.
Seguirás sonriente
cubriendo de abandono
todo lo que persigas...
Decorarás tu vida
con el tono morado
de tu ojera profunda,
Y más que nunca sola,
serás apetecida,
Y como nunca triste,
te verás festejada....

Una mañana, en vano aguardaré.
¿Qué vino de esperanza
confortará mi alma?
¿Qué ojo enardecido
cegará mis pupilas?
¿Qué cereza de fiebre
hará temblar mis labios?
Mi corazón errante,
persiguiendo horizontes,
agitará sus penas.
Golondrina inconforme
se llegará a los montes
de los tonos azules
o joyantes de sol.
Y en busca de la senda
en que bebe el crepúsculo
eterno de tu alma,
se quedará dormido.

En la retorta del tiempo,
se romperá una lágrima.

Hugo MONCAYO

Quito, Ecuador

EL GINEBRA LEGISLADOR DEL TRABAJO Y EL ECUADOR

Lo trabajo factor universal de producción, fruto dignificador del hombre, verbo real de la actividad creadora tiene caracteres comunes a todos los hombres, como que es irradiación de su personalidad; la misma a través de los tiempos y uniforme en todos los climas y civilizaciones; a la vez, que varía según las condiciones en que actúe. Es el hombre que cambia de razas según sea la tierra en que vive, sin alterar por eso el valor característico del ser racional.

La Universidad en el concepto y de los principios básicos adoptados respecto al trabajo, fueron causa para que se impusiera la Organización Internacional del Trabajo, que tiene por fin auflorar, en la medida de lo posible, la condición de los trabajadores, con el objeto de asegurar una buena organización económica del Mundo y la paz social.

La humanidad extenuada en la Guerra Mundial quiso, en el Tratado de Versalles, proscribir de la historia futura de las naciones y procuró asegurar la paz evitando todas las causas que pudieran amenazarla. La justicia social es el más firme baluarte de la paz dijo para que resonara en todos los ámbitos de la tierra, con claridades de amor y vida, como otra hora en la montaña del Sinaí.

La organización permanente del Trabajo fue fundada en 1919, para la realización de un fin extremadamente general e ilimitado en el tiempo. Se puede decir de ella, lo que se dice de la paz: que es una creación continua. Es una asociación de Estados libremente agrupados para garantizar la paz del mundo, corrigiendo las injusticias sociales que le asechan.

Supuesta la existencia de condiciones del trabajo que implican la injusticia, la miseria y el descontento de gran parte de hombres; es decir siendo un hecho desgraciadamente real la injusticia social, no obstante la indiscutible marcha de la humanidad hacia el imperio de la justicia correspondiente a cada momento, las naciones reconocieron el imperativo de dedicarse, todas juntas, contribuyendo cada una con el sacrificio de muchos egoísmos y conveniencias individuales, a la destrucción racional de semejante injusticia,

La condición desfavorable de los trabajadores de las cinco partes del mundo va a ser el objeto de estudio de una institución a la que concurren los Gobiernos, los patronos y obreros de la mayor parte de los países cultos, con el objeto de crear una nueva vida jurídica que asegure el mayor bienestar.

La Organización Internacional del Trabajo tiende, en efecto, a introducir en todas partes, por medio de convenciones internacionales, cierto nivel mínimo en las condiciones del Trabajo. Esto expuso, en otra forma el Director de la Oficina Internacional del Trabajo, Albert Thomas: «La innovación de los tratados de paz, consiste en que las condiciones justas del trabajo, fijadas por la ley nacional, o adoptadas por las convenciones internacionales, lleguen a ser para los industriales una condición ineludible, una necesidad natural.»

Excelente instrumento de progreso internacional, trata de extender el alcance de sus decisiones, no solamente asegurándoles una base jurídica más y más sólida, sino aumentando el número de los países miembros de la organización permanente, construyendo por todos los medios que no hieran la soberanía de los Estados, para que acudan a esta cruzada por el mejoramiento social, estableciendo formas más fáciles para la adopción, por todos los países, de las resoluciones de la Conferencia.

Edmond Beaulieu, ex-Presidente del Consejo Teócoslovaco, Presidente de la séptima Conferencia Internacional del Trabajo, con méritos merecidos decía: «La Conferencia se ha convertido indudablemente en escuela para la propagación de un espíritu internacional sano, a la vez que moderado y profundo. Las organizaciones obreras realizan desde hace mucho tiempo su trabajo de organización internacional; los patronos lo hacen también, en su medio, y lo hacen con un espíritu muy distinto que cuando se proponen únicamente sindicalarse para una empresa económica. Es el espíritu de solidaridad internacional el que, a pesar de todo, se extiende por esta sala y de esta sala fuera. Es interesante ver como los representantes de la clase obrera, venciendo las dificultades de los tiempos presentes, como los patronos, a pesar de la crisis de después de la guerra,

esposas, con gran espíritu de conciliación llegar a acuerdos que según la opinión de ambas partes, significó un paso adelante en el progreso social. Esta es una grande escuela de solidaridad y de espíritu de conciliación; al mismo tiempo que una grande escuela de solidaridad y un instrumento de paz internacional.

Ningún país debe ni puede quedar excluido de esta labor ya sea por que cada uno debe empeñarse en el imperio de la justicia social, ora por que a todos concierne inscribirse en principios que afianzan el progreso en el orden como son los aceptados en las Conferencias de Ginebra, y para no impedir esta aspiración noble de los otros Estados. «La exclusión de una nación cualquiera de un régimen de trabajo realmente humano, es grande obstáculo a los esfuerzos de las otras naciones, disuade de mejorar la suerte de los trabajadores de su propio país.»

Son nueve años que se realizan, con admirable regularidad, las Conferencias internacionales del Trabajo. Desde 1919 se ha verificado una sesión cada año y en 1926, dos. En las diez sesiones que tuvo hasta 1927, ha votado 25 proyectos de convención y 29 recomendaciones, que se refieren especialmente a la duración del trabajo, la remuneración de los accidentes del trabajo, las seguras sociales, el reposo hebdomadario, la edad mínima de admisión al trabajo. Este año debió tratar la importante cuestión «Determinación del salario mínimo en las industrias donde la organización patronal y obrera es ineficiente, y en aquellas donde los salarios son excepcionalmente bajos, tendiéndose en cuenta especialmente la industria a domicilio.»

El procedimiento de ratificación de las Convenciones, aunque lento, sigue adelante. Muchos países no sólo han ratificado las Convenciones sino que han adelantado en sus legislaciones los principios adoptados. Alemania que antes la pedía sólo desde el Gobierno del Canciller del Hierro, trata de promulgar la ley sobre protección del trabajo, inspirándose en las resoluciones de Ginebra.

En Sud América los Estados que han promulgado últimamente sus Cartas Constitucionales, han consagrado en forma de declaraciones concretas, principios de política social aceptados en las conferencias de Ginebra: México en 1917, el Perú en 1919, Honduras en 1924 y Chile en 1925, en referencias a la Constitución política de las repúblicas de Centro América, hoy inexistente por la separación de dichas Repúblicas.

No puede negarse que las Convenciones sobre el trabajo, han despertado la conciencia internacional y suscitado fecunda actividad. Después de que la Conferencia internacional se reunió se advierte en casi todos los países representados a ella un movimiento de opinión más o menos poderoso en favor de las decisiones tomadas.

Los acuerdos interconacionales agrupan moral, social y técnicamente a los países de cultura atrasada y los excita a ponerse en un nivel que sus posibilidades lo permitan, mejorando las condiciones del trabajo.

¿Cuál es la actitud que ha guardado nuestra Patria en relación a esta corriente internacional? Dominada, acaso, por el principio clásico de economía política, de que la condición del trabajador, el salario que gana, depende únicamente de la renta del país, desdén la influencia de las Convenciones internacionales, o de las disposiciones legales? ¿Está lista para afrontar al margen de esta corriente humanitaria internacional, teniendo la conciencia dentro de casa, y prescindir de principios aceptados por países de experiencia indiscutible y por representantes capitalistas de todas las clases sociales?

No vamos a desconocer las dificultades a que están expuestos los países que tienen práticamente que imponer modificaciones profundas en su legislación, para estar en posibilidad de contraer compromisos internacionales. Ni pretendemos que el Ecuador adopte una legislación sobre el trabajo igual a la de países desarrollados industrialmente, y de organización profesional adelantada. Bien conocida es que la uniformidad mundial en las condiciones del trabajo es utópica e imposible.

No ha ignorado tan primordial función la Organización internacional del trabajo al cuando se constituyó ni en su vida posterior. Antes bien, en los Arts. 405 y 427 de la Carta del Trabajo, se reconoce que las diferencias de clima, de costumbres y de usos, de equanimidad económica y de tradición industrial hacen difícil alcanzar de una manera inmediata la uniformidad absoluta en las condiciones del trabajo. Pero—concluye el Art. 427—persuadida como está de que el trabajo no debe ser considerado simplemente como un artículo de comercio, opta que hay métodos y principios que regulan las condiciones del trabajo que todos las comunidades industriales deberían esforzarse en aplicar, en tanto les permitan las circunstancias especiales en que se encuentran.

Lo que el problema es que el Ecuador debe solidarizarse con casi todos los países cultos, y no quedarse a resolver aisladamen-

POEMA

Para la revista AMÉRICA

Mi espíritu
 encendió sus bengalas para seguirte.
 ¡Qué importa lo que seas!
 Te encontré en una esquina de la vida
 y desde entonces juego
 el oro de mis sueños
 en la ruleta de tus veinte abricos.
 ¡Qué importa lo que seas!
 Yo soy sólo una carta
 escrita hacia el futuro
 que lleva como sello tu mirada.

Jorge PÉREZ CONCHA

Guayaquil, Ecuador

to al problema social, que por encima de las modalidades especiales es cuestión palpitante universal.

Aparte del menoscabo que significa para el nombre de nuestra Patria este aislamiento medieval, las consideraciones de que las resoluciones adoptadas en las Conferencias internacionales del Trabajo aseguran el progreso en el medio; estimulan y orientan la solución de la cuestión social conseguimos vencer las dificultades económicas y otras que hoy impiden al Ecuador tener en acatamiento en las Conferencias de Ginebra.

Todos los países sudamericanos han sido representados en esa mancha humanitaria, sólo el nuestro ha visto boconar su nombre, desde 1925, de la lista de los miembros de la Organización permanente, como consecuencia de no pertenecer a la Sociedad de las Naciones. Turquía tuvo en 1927 un representante a la X Conferencia, como Observador, y hasta los Estados Unidos de América, se dice han enviado también un Observador para la XI Conferencia que des-

bía reunirse en Junio de 1928. Persistiremos lejos de esta corriente humanitaria exenta de todo polígrafo?

El dilema que se juega ante o menos concierne en todas las sociedades, después de la guerra social: ¿o bien la legislación de justicia social asegura el bienestar y la civilización a los asalariados, o bien el bolchevismo llegará con su marcha esclavizadora.

Se impone, por tanto, un esfuerzo de mejoramiento general, que cada Estado trate de elevar las condiciones de trabajo de acuerdo con su capacidad industrial; que se establezca un nivel de vida casi igual en los diversos países de situación económica casi idéntica. Con una política económica se puede establecer la justicia social, en la forma que la justicia existe, y vivir vida de nación moderna que es vida internacional, vida de solidaridad y progreso.

Quito, Junta 18 de 1928.

José A. CALISTO CH.

UN EGREGIO POETA ECUATORIANO

L 10 de este junio ventoso, especie de alarido de los huracanes andinos, se cumplió el noveno aniversario de la trágica muerte del más glorioso y joven de los poetas ecuatorianos de estos tiempos, cuya voz prestigiada por el eco delicado de su metrable y sabia melancolía, llena aún los confines de nuestra vigorosa y prometedorá América de origen hispánico. Se llama Medardo Angel Silva este artista de la estrofa sentimental, sugeridora y de áurea robustez espiritual que, con el prematuro consorcio de la vida—su tello le hincó en lo más profundo de su adolorido corazón,—presintiendo con visió apocalíptica, las emociones espasmódicas del «más allá», livió con infinito amor, el rasgo de suprema estética, al quitarse como aquel otro poeta que se llamó Arturo Borja, hermano de las mismas inquietudes e imposibles,—el «mal» de la envoltura polvorosa.

A la muerte del lirido triste, como la enana y simpática alondra que canta sus suspiros en la riega nostalgia de los crepúsculos, se hizo un vacío, inencomensurable en los senderos literarios de nuestra Patria y su justo dolor se prolongó por los hermanos terrafos de Latinoamérica, como cuando se trata de penas íntimas, de emociones trágicas, que desbordan los diques de infinitos y humanos corazones, con igual fuerza de Dolor.

Medardo Angel Silva nació con el sino de profunda amargura, una ignorada melancolía de Esfinge, en su afán de saber la «Esencia Verdadera», sea la sombra que nadie ve de la otra ribera... Y por más que su lira tuvo que cantar muchas veces el juvenil optimismo, en su poesía se impuso tétrica y solemne,—como una atractiva confidencia sensitiva al oído del Espíritu,—la fragancia de olvido de la Muerte....

«Mala madre, hija de nuestra juventud,
Oh, Tía, que a nuestra vida vez con pan de sombra,
Empresaria malicia de los negros imperios,
cuéntale la tormentosa palabra que te nombré».

«Su voz es doliente siempre cual nota cogitativa, de quena milenaria... de rondador indígena que en la aridez de los picachos del Ande, irradian en la monotonía ambiente, con el tesoro de sus mil endechas y sus mil dolores tradicionales».

«Nunca lo vi,—exclama el eminente crítico don Gonzalo Zaldumbide,—pero de entre los poetas de mi tierra, que por entonces alzaban el orgullo de sus veinte años como

un racimo de embriaguezes a ellos sólo reservadas; sólo en él se reconocía el signo del predestinado. Marcado estaba para un sino de gloria y duelo.»

Fue, pues, el cantor de la Muerte. En sus versos maravillosos, por lo sencillos y tristes y buenos, la Segadora levanta su áspera guadaña cual un anuncio de luto y de tragedia. Talvez contribuyó a exasperar ese fervido anhelo de morir en el poeta el uso frecuente de drogas nepéticas que tuvieron el milagro de aliviar momentáneamente la rudeza del vivir cotidiano, la aspereza de la realidad, que llegaba más fatidica en cuanto terminaba la acción del divino narcótico...

Pocos jóvenes como Silva, bebieron insatisfechos, eso sí, de las fuentes cristalinas del clasicismo reparador y magno; sin embargo, modernista auténtico, sabe cantar como su Maestro el formidable y diáfano Rubén Darío. Su poesía es de una sutileza parisina; flota en ella el espíritu renacentista y romántico de los apolímidas franceses como Verlaine, a cuya sombra se ampara en innumerables ocasiones, pidiendo al haschich, al opio, o a la morfina, sus milagrerías celestes...

Empero de ser Silva un poeta de la élite intelectual su obra está popularizándose. Ya Zaldumbide, con piedad fraternal y nobilísimo desinterés de artista y de un especial aprecio admirativo por el trágico poeta, ha coleccionado en un hermoso breviario,—con una portada negra de amor y de Cementerio,—las mejores poesías del vate. Sus sonos nacidos en sus profundos carifos y quereces imposibles y transparentes, han encontrado en la canción callejera, pero emotiva y lastimera, la mejor hermana de sus penas inexorables.

Al recuerdo del lúgubre aniversario, como del cantor, «del luto de la ausencia mi corazón se vistió». Espero que la obra mágica, aunque corta por la muerte inopinada del poeta, ha de ser mejor y más detenidamente estudiada, y comprendida y amada siempre por las generaciones ansiosas de luz... Espero que el espíritu admirado y admirable de Silva ha de «resucitar al tercer día» y de «la dulzura de la muerte ha de venir a nosotros como un alisimo de luz...»

Nicolás RUBIO VASQUEZ

Ambato, a 12 de Junio de 1928

+ DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE

Nº cuatro mil, en seútes mil, no merces mil, defus, cuenta, más.

XENUS. La Nueva Poesía

MUY antiguo y muy moderno. — Disertar sobre la vida y sobre todo sobre la obra de Góngora, puede calificarse como un tema *muy antiguo y muy moderno*. Han pasado trescientos años desde que murió este insigne poeta, el cual vino a revolucionar la rutina y la tradición, y el que—como todo renovador—tuvo grandes partidarios y grandes detractores. Después de su triunfo y de su muerte se le olvidó, se le dejó, hasta que hoy, la nueva generación española despertada por Darío a emprendido la cruzada Pro-Góngora como en otra hora se hiciera la Pro-Greco. Es ahora cuando se estudia la psicología y la estética de Góngora y se le localiza como superior a su época. Hubiera sido un poeta modernista en nuestros tiempos de estilización artística.

Don Luis de Góngora y Argote.—Luis de Góngora nació en Córdoba y de una familia ilustre; lleva el nombre de su madre, doña Leonor Góngora; su padre fue don Francisco de Argote. Su vida siguió por los cauces que en la época eran comunes. A los quince años entró a la Universidad de Salamanca; tuvo una vida alegre, entre amores, estocadas y mesas de juego. Cuando obtuvo las órdenes menores, ya Cervantes le había citado en la Galea como raro ingenio sin segundo. Después se dedicó a viajar, en busca de mejores situaciones y amistades. En Madrid fué capellán del Rey, tuvo por protector al duque de Lerma y de discípulo al conde de Villamediana. Poco después se retiraba a Córdoba, en su afán de aislamiento y soledad. En 1627 se enfermó gravemente, perdió la memoria y en mayo se obscureció para siempre su cerebro. Murió de apoplejía.

Góngora murió a mediados del siglo XVI y murió en los comienzos del XVII, es decir, pertenece a la época grandiosa para la literatura española; pues que se halla dentro de la división que se conoce con el nombre del *Siglo de oro*. Las reinadas de los dos Felipes, III y IV, se distinguieron por la protección que se dispensaba a las letras. Emulos o admiradores de Góngora fueron Quevedo, Calderón, Tasso de Molina, Cervantes, Lope de Vega, esto es, lo más grande, cuanto de insuperable, ha producido España en literatura.

Un tenorio español.—Felipe IV se interesaba por toda manifestación de arte y principalmente por el Teatro, y tanto se interesaba, que cuentan los cronistas que tomó parte en las representaciones de algunas comedias de Lope de Vega. Todo era proporcionado a la magnificencia de esta corte; el Rey, los cortesanos, las intrigas y las galanterías. Y una corte así no podía menos de dar un cortesano tan célebre como el conde de Villamediana, el cual se presenta en mi imaginación como un caballero de linaje antiguo, con amplia capa española, chambergo de fina pluma, faja pronta a salir, botas altas con hebilla de plata, aire majestuoso e insolente, ademanes altaneros y un mostacho digno de la figura. Era este conde de Villamediana un don Juan soberbio, y tan audaz, que se atrevió a poner sus ojos en la misma reina. Con el mismo desenfado se presentaba en unas justas—llevando la divisa: «Mis amores son reales»—como recitaba un madrigal o lanzaba un epigrama. Tan descubiertos eran sus amores con la reina que cierta vez, en una corrida de toros cuando el conde había hecho muy bien la suerte más difícil, y la reina entusiasmada comentaba: «Qué bien pica el conde!», el rey le contestó: «Pica bien, pero muy alto.» Villamediana no tuvo escrúpulos de impedir el teatro durante una representación en la que tomaba parte la reina, sólo por tener el gusto de levantarla en brazos y ser el salvador. Cuando murió, a causa de una cierta estocada que le dirigiera una mano desconocida, el pueblo hizo una copla en la que decía que había muerto por impulso soberano. Este era el espíritu de la época, de ingenio y de valor, de intrigas y de amores, de pluma y espada, tanto que—como nos cuenta Diego San José—el mismo Lope de Vega, a pesar de sus sesenta años y de sus hábitos, se batió con un galán que cortejaba a su hija.

Cuando Villamediana incendió el teatro—episodio que ya conocemos—se había dado una obra suya: «La Gloria de Niquea», cuyo prólogo se cree que es de Don Luis de Góngora. Es un prólogo alegórico, separable de la obra, con marcada semejanza a las demás de Góngora y sobre cuyo origen se ha discutido mucho. Lo cierto es que Góngora colaboró frecuentemente en obras de Villa-

mediante su discípulo, y que a ambos les falta la igualdad de estilo sin abstracción, como, por supuesto, el discípulo al maestro.

El centenario de Góngora.—El año pasado acaba de celebrarse el centenario de Góngora en todo el mundo. España, Francia, Alemania, Italia y Portugal han tomado parte en estos recuerdos. Se han editado 12 nuevos sus libros y suenan en derredor de Góngora, nombres ilustres como los de Unamuno, Pío Baroja, Alfonso Reyes, J. Ortega y Gasset, Albert Thibaudet, Jean Cassou, Gómez de la Serna, Francis de Marchand, Gerardo Diego, Maurice Baccusse y otros muchos. Es un tema de actualidad, *very actual*.

En cambio, hace trescientos años, los jesuitas hacían recitar y aprender de memoria las *Solitudes* en sus colegios. En su retiro de Fátima también nuestro historiador Juan de Velasco recita las *Solitudes* de Góngora. Cervantes se declaró admirador de la *Fábula de Polifemo y Galatea*. Tirso de Molina, Calderón y otros jóvenes se valieron luego el culteranismo. Pero así como Tirso a los endiosados tuvo enemigos: Lope de Vega fue el principal enemigo del gongorismo. Jáuregui publicó una carta con el título de «Antífona contra las *Solitudes*». Quevedo atacó el culteranismo. El portugués Faria e Sousa decía que Góngora al lado de Camónes era como una mosca junto a un ángel. La lucha fue violenta, pero al fin venció Góngora: Jáuregui tuvo que ceder y aún lo hizo Lope de Vega y el mismo Quevedo. Y todo hace más de trescientos años. *Es muy antiguo*.

Siendo un tema *very antiguo* y *very actual*, no es de extrañar que ya me haya puesto referirme a esta vida y estudiar en escuela, en un artículo para una revista nueva, *as decir de jóvenes*, que están procurando independizarse de la rutina e implantar reformas.

El espíritu de Góngora. Las primeras obras de Góngora son las *Solitudes* y corrió se les daban que son todas las obras de Góngora, más o menos gongorino que las *Solitudes*. Parece que Góngora hubiera tenido la intención de escribir estas poemas con el nombre de *Solitudes*. Pero sólo hizo dos, y aún quedó sin acabar la segunda. Escribió también *La Fábula de Polifemo y Galatea*, *La Fábula de Perseo y Andromeda*, la colección de sus *Resurrección, Circe, Gané y Narciso*.

Se ha dicho que en la vida literaria de Góngora hay dos épocas, la una de sencillez y elegancia y la otra de obscuridad e incompreensión. Pero para un crítico serio, analizando detenidamente, no se le ocurre que sea dividido en dos épocas es superficial, que ambas tienen caracteres comunes y también caracteres diferenciales. Muchas veces

se han calificado las *Solitudes* como fruto de la decadencia intelectual de Góngora (esto se lee en textos de Litteratura y en libros dedicados a la *Resurrección*); y todo más falso que esto. Las *Solitudes* de Góngora son la cristalización de su poesía, el refinamiento, y por eso es muy difícil, requiere un enorme trabajo analizador, pero no son obscuras como se ha dicho. Presenta un idioma sustantivo, recargado, lleno de metáforas, bajo las cuales aparece lo feo y lo malo de la realidad, con un tinte de belleza y de suavidad que encanta. Sus versos gustan por la música, por el color, por el sonido. Pongamos un ejemplo para expresar que un naufrago arrojado a una playa ha temido a sacar al sol sus desgarrados vestidos, dirá: «*Entremetido aponax—so dulce benigna de templado lince—lento lo sabote, y con sus es estile—la menor, anda chapu al menor hilo.*» Así convierte Góngora en belleza aún los incidentes menos alagüeños, dice Dámaso Alonso, el editor de las *Solitudes* y uno de los mayores gongoristas actuales.

Los versos de Góngora están expresando continuamente alabanzas a la naturaleza, tienen por base motivos naturales, y decimos motivos porque no es la misma naturaleza, está modificada, impregnada del sello especial de su retina, influida por otras visiones y recuerdos simultáneos, de donde surge la metáfora, difícil, estilizada, pero no obscuro o extravagante. Siempre se encuentran palabras genéricas que comprenden varias ideas. Así la noche será todo lo blanco, unido por la similitud común de ser blanco. Los ríos, las mares, y en general, el agua, se identifican en la palabra cristal. Si nosotros describimos un objeto y su representación, Góngora apunta la metáfora y la imagen ideal que aparece inmediatamente y que es evocada por ella.

Es una poesía de sentimiento, halaga el corazón, es sensual. Pero al mismo tiempo tiene una enorme fuerza de color; Góngora es, sobre todo, un poeta de color; no ha habido colorista más grande que él. Y halaga al mismo tiempo, el oído. Todo lo que produce un sonido es comparado a un instrumento musical:

«Rompió el agua en las montañas pedras cristalina—sonante era tiorba...»

«Quien estudie a Góngora, con toda la humildad de un espectador, es decir, con ánimo de obedecer pasivamente las impresiones que la lectura le suministre, notará que la tendencia gongorina de huir hasta los nombres de los objetos, y de envolverlos en purificación—que en los conceptistas se manifiesta en el deseo de sustituir el objeto por sus atributos de relación con otros objetos, para hacer así adyuvancias y arduos

LA RIMA Y LA BELLEZA
LA ALDEA

Como un largo tapete tembloroso
se dilata el vendor de la delicia,
entre un árbol stemático y añoso
y un arroyo que irrumpe en la maleza.

Al frente, en un recodo inumoso,
donde el monte vecino se represa,
aparece el poblado silencioso,
como un pájaro que alza la cabeza.

La alta torre es un índice extendido
que penetra en el cielo obscurecido,
Y en la paz de las cosas semiviejas,

sólo un asno formal y reflexivo,
está haciéndome un gesto negativo
con el gris pabellón de las urjas.

R. LARREA ANDRADE

Ibarra, Ecuador

sumamente curiosos, es aquí tendente a mejor obsesión por la gambirato sobre las puras cualidades de color y de sonoridad que tienen las cosas. Los nombres de los objetos no son clarividentes. Así habló Alfonso Reyes — el mayor de los gongoristas modernos — en una conferencia leída en el *Ateneo de la Juventud* de México en 1910.

Y siempre con metáforas — la gran dificultad — por la que fue atacado y calificado de obscuro. En su verdad difícilmente leer las *Selvedades*, nadie ha negado esto. Pero eso no quiere decir que sean incomprendibles ni que carezcan del verdadero sentido poético. La mayoría de las dificultades que se encuentran son venidables, como con el análisis. Pero también hay dificultades imposibles de ser vencidas, verdaderos fracasos en los que Góngora se estrelló. Todo poeta tiene sus fracasos. Pero a pesar de eso se le lee y se le admira o se le critica. Dejemos hablar a un escritor español: «La obscuridad de las *Selvedades* es una idea que sólo ha podido abrirse

paso dentro del estrecho y sórdido ámbito de la rima, en que la ruella a la moza la crítica literaria oficial de España.»

Conclusión. Para acabar dirémos que Góngora tiene muchos defectos, vicios que no se le pueden negar. Y la verdad es que caer dentro de la pedantería y la ridiculidad. Pero frente a estos vicios encontramos la fuerza de la poesía, la intensidad del colorido, la generalización de la realidad y la precisión del lenguaje. «De su hacer algo, no para los muchos», dijo el insano Góngora. Y es una poesía purista, que marca una de las primeras referencias de las letras clásicas españolas. La poesía moderna tiene una enorme semejanza con el gongorismo, es la desnaturalización de lo natural y por lo tanto atropellados a lo que dijo Leconte: «La verdad se irracionaliza al pasar por la naturaleza», la poesía de Góngora es verdad, es realidad y es razón.

Quito - 1928

Jaime BARRERA B.

LA RIMA Y LA BELLEZA

EL VERSO METRICO Y EL VERSO RITMICO

La rima ha desaparecido y los poetas de vanguardia casi ignoran este elemento, que en nada contribuye a la elevación de la belleza. Cuando la poesía estaba se valió de la gramática y la retórica, para que le fabricasen andadores. La gramática y la retórica fabricaron el verso métrico. La poesía creció; tuvo ojos, y ya no necesitó andadores, sus ojos quisieron ver el conjunto y saber de la libertad. Para realizar el vuelo, saltó las cuerdas anecdóticas, se despojó de reglas y tradiciones, y, obrando de pasión por la recóndita, desafió exterioridades y penetró las esencia. De los metros clásicos, ha pasado al ritmo puro. El verso libre es el alma sin el andamiaje pesado y doloroso de la materia. Sobre él va la poesía en esta hora; sobre él va, hecha espíritu, hecha potente sustancia lírica. La acción de rimar no es cosa que determine un rasgo profundo de la personalidad humana. Es condición de muchos versificadores carentes de aroma y soplo auténticos. La eliminación de la rima trae un mayor caudal de emociones y produce una más completa irradiación mental en el choque del poeta con lo dimínico. La poesía es, hoy, visual, no auditiva. A la organización verbal ha sucedido una silenciosa música de visiones. El modo y los modos de expresión, al llegar a este punto, se hacen difíciles. No se trata de construir versos con rima, sino versos rítmicos, versos que sepan recoger el fluído de lo misterioso. La rima es el recurso de los malos poetas, es decir, de los versificadores. Hay que limpiar el verso de rítmicos, es decir, elevarse al verso libre, el verso que sólo es inenajable por los verdaderos poetas, el verso dentro del cual no caben las mixtificaciones, los equívocos, las vaguedades. ¿Qué más verso que el verbo en sí, guardador de los hondos perfumes de la psique del planeta? Lejos de la rima que no se oye, la rima interior, la que duerme con la visión exacta de las cosas en el cristal mudo de nuestra retina. Se realiza ritmos y medidas. Se pide ritmos. El ritmo es la fisiología de cada ser o cosa, lo armónico y lo cadencioso de cada ser o cosa. Esto es lo que se observa aquí y así queda confirmado. Debo se-

ñalar que los poetas lo son dentro y fuera de la rima, y que los que se aferran al verso métrico y dicen defenderlo, son los que menos saben rimar . . . Debo señalar que lo definitivo no es la rima sino la visión, el perfil entrañado del Universo. El poeta escribe la eternidad, si logra retener, en palabras encendidas por su sangre y el fuego de su espíritu, la gracia que se le concede al ser iluminado por la sinceridad y la honradez de los dioses. Cada poeta es un Dios que forma un Universo. El poeta que no haya creado un Universo, no es poeta . . . Finalmente, lo nuevo no está en la supresión o no de la rima; lo nuevo está en la nueva orientación de la idem, en la pulsación del mundo contemporáneo. La época tiene un carácter, una faz, y eso es lo que hay que tener presente. Los rezagados amon su rutina. Como no ven ni oyen lo nuevo, vuelven el rostro y se consuelan con la mirada fría de los ángeles de los comentaristas. No poseen una cultura clásica, y hablan de cultura clásica. No se percatan de que la cultura clásica no nos sirve. Es una cultura moderna lo que nos hace falta. Hablo del verso con la misma inconsciencia. No doctrino la ciencia del verso. Desconocen ese organismo. La poesía no es para esos charlatanes. La poesía, o sea, la luz por excelencia del espíritu y las cosas, es de los avisados, de los conmovidos por la cósmica oleada. Ellos producen para los que ascienden hacia los planos aurales. Porque hay una poesía de poeta para poetas. Tal poesía no es oro a la mano de los poetas. Al soñar con ese oro inaccesible, sufren los ineptos y crispán los puños débiles contra el sagitario rector de estrellas. Ellos, los fósiles, los simedulos, nunca hicieron algo ni viejo ni nuevo. Nada presentan a los investigadores, a los que han de analizar un cielo. No se apartan del consocante. Para ellos, no hay más que consonantes; pero no poesía. Dejarán consonantes, pero no una obra substancial, imperecedera, indicadora del espíritu de la humanidad en su evolución. No basta la hondad del verso si no toca los actuales problemas impulsores de la mente humana. Sólo tiene alto valor la producción que responde al es-

¡Esta es la única

Legítima!

Los médicos la prescriben desde hace 50 años como el mejor antiácido y laxante, pero en sus fórmulas no ponen sólo "Leche de Magnesia", sino "Leche de Magnesia de Phillips"; Sea usted tan cauto como los médicos! Exija siempre "DE PHILLIPS", y fíjese que la botella tenga arriba la etiqueta con la firma colorada.

píritu de la época. Responderá, no con sonerías, sino con sólidos conceptos. La manera de hoy no permite falsificaciones y hace resaltar la parte meritoria de lo caduero, de lo que ha pasado, y guarda un reflejo preferido de otra edad. . . . Los poetas del siglo XIX no fueron poetas; no eran dueños de la verdad o realidad oculta de las cosas.

Construían versos, pero no poesía. Los poetas modernos empurpados y lumínicos, construyen una poesía llena de significación, una poesía que se alza del público alfabeto de los poetas literatos. ¡Solo tiene derecho a hablar el que ha dicho algo al oído de la esfinge. . . .!

Evaristo RIBERA CHEVREMONT

REFLEXIONES PARA LOS MAESTROS

HA concluido el año escolar, y el maestro, solo en el aula desierta, no tiene más que ante su otro interlocutor que su propia conciencia. ¿Debe ser el año entrante como el que terminó? Durante el mes dice a sus discípulos cuanto tenían derecho a esperar de él. ¿Pero para ellos toda su mente, para ellos fue todo su corazón? ¿Qué les dio? Yo no creo que nuestro profesor, que estas aperturas vacías se las respaldan, considere a sus alumnos como la única familia, como la única preocupación, como la única humildad de su vida. Cuando acepta, pero no puede, la idea consoladora de que una dulce, una inquieta y purgadora paternidad del espíritu domina a cada uno de los maestros, que desde la cuna de su catedral han de mirar a los niños con ojos iluminados por la comprensión y por la piedad, y por la sed de verlos triunfantes. ¿Es que por ventura no merece y no inspira tales sentimientos, esta multitud porosa y tímida, en de pequeños seres que va a la escuela en busca de armas para defender la lucha del mañana? Principalmente si se trata de los pequeños que reciben gratuitamente la educación del establecimiento, sufren sus dolores, sus privaciones para asistir a la escuela, recibir la comida y todo el bienestar, toda la dedicación, toda la atención que se gastan con ellos siempre serán escasos. Con sus ropas rotas, con los pies descalzos, alimentados con comida deficiente, cada despertar suyo en los días de estudio es una batalla, una pena. Recuerdan que, por su traje, por sus útiles de trabajo, serán víctimas de las burlas de compañeros menos pobres y quizá del desdén de imprudentes maestros. Y van a la escuela como a un sitio de tortura, enjugándose las lágrimas, temerosos de no hallar a la vuelta los miserables juguetes con que se divertían en casa.

¿Y qué es lo que aprenden? Unos signos de contenido arbitrario, unas palabras enigmáticas, unas frases que hay obligación de meter en la memoria por miedo al castigo, pero sin caridad, sin amor, sin entusiasmo. Vagamente advierten los niños que cuanto se les enseña será útil para los ricos, que podrán pasarse la vida, sin trabajar, le-

yendo libros. Pero a ellos nunca les habla la escuela de los objetos que conocen y están a su alcance: ni de las herramientas, ni de las bestias, ni de la tierra, ni del agua, ni de ninguno de los elementos que forman el ambiente de su propio hogar y con los cuales, cuando sean grandes, habrán de entenderse. Les parece como si el profesor considerase viles y insignificantes aquellos objetos, propios de mendigos, de gente despreciable, y se empeñan por eso en hablar solamente de reyes, de generales, de santos, de flotes y mascarillas deslumbradoras. El niño—crimen monstruoso de nuestra escuela primaria—detesta el libro. Se convence de que el mundo tiene que buscar allí, porque las nociones para los gentes humildes no se encuentran. Yo aseguro que el noventa y nueve y medio por ciento de nuestras escuelas no ha informado a los muchachos pobres, que sonidos sumidos y sin desayunar, bajan en la madrugada de los páramos, de las montañas verdosas, de que existen manuales de agricultura, fibricas que dan nociones de electricidad y el calor, sobre el animal, sobre la planta. La curiosidad, lista a despertar en el cerebro infantil, es muerta por la educación. Desde el día feliz para ellos en que abandonan la escuela, jamás vuelven a leer ni a mirar un papel. ¿Para qué? Hasta tienen caído con la historia del pez que llevó a Jesús y otros conocimientos semejantes.

Yo no sé a los maestros les corresponde sentir recordamiento o llorar sobre la muerte que las instituciones y las autoridades han trazado para ellos y para sus discípulos. En todo caso, imagino que verán con penetrante melancolía, con la muerte en el alma, el desdén de los niños que se dispersan, concluidas las tareas, más débiles, más flacos que ayer, con la sangre empobrecida por el aire viciado, y sin nada que les haga por ningún aspecto la vida más fácil o más alegre. Esa multitud de infelices campesinitos, entre los cuales el maestro no pudo divisar una sola vocación, un solo espíritu investigador, una sola capacidad excepcional, regresa a su risco, a su valle, a llevar la misma existencia de ayer, la que arrastraron sus padres y sus

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS Y FOLLETOS

Florilegio del Parnaso Americano, por Michael A. de Vitis.—Casa Editorial Maucci, Barcelona, España.

El Navío Aéreo, por el Cap. Luigi Motta.—Casa Editorial Maucci, Barcelona, España.

De Profundis (Poesías), por Augusto Pacheco Iturrizaga.—La Paz, Bolivia.

Mi Mensaje a la Juventud y otras orientaciones, por Santiago Arguello.—México, D. F.

El Hombre que Parecía un Caballo y las Rosas de Engaddi, por Rafael Arévalo Martínez.—Guatemala. (Envío de la Biblioteca Nacional.)

La Cultura Frente a la Universidad, por Carlos Sánchez Viamonte.—La Plata, Argentina.

El Paladín Trovador, por Antonio Bórquez Soler.—Casa Editorial Maucci, Barcelona, España.

Las Noches en el Palacio de la Nunciatura, por Rafael Arévalo Martínez.—Guatemala, C. A. (Envío de la Biblioteca Nacional.)

El Eco Rusticano, por María Amalia Zamora.—Catamarca, Argentina.

En Defensa de Rocafuerte, por P. Jaramillo Alvarado.—Quito, Ecuador.

Algo más acerca de los Tratados con Colombia—"Dollar Diplomacy", por Pío Jaramillo Alvarado.—Quito, Ecuador.

La Fiesta del Trabajo (conferencia), por Rafael Larrea Andrade.—Ibarra, Ecuador.

Política Tropical—Con un estudio Preliminar acerca de la Dictadura de Bolívar, por Pío Jaramillo Alvarado.—Quito, Ecuador.

REVISTAS

Nosotros.—Revista Mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.—Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Gussi.—Buenos Aires, Argentina.

Repertorio Americano.—Semanales de Cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.—Director: J. García Monge.—San José de Costa Rica.

Sagitario.—Revista de Humanidades.—Directores: Carlos A. Araya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte.—La Plata, Argentina.

Mercurio Peruano.—Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras.—Director fundador: Víctor Andrés Belaúnde; Director: Alberto Ureta; Comité de Dirección, 1928: Mariano Ibérico Rodríguez, César Antonio Ugarte y Alberto Ulloa.—Lima, Perú.

Revista de las Españas.—Publicación mensual publicada por "La Unión Ibero-Americana".—Madrid, España.

Revista Chilena.—Diplomacia, Política, Historia, Artes y Letras.—Fundador: Enrique Matta V.; Director: Félix Nieto del Río; Secretario de Redacción: Gonzalo González G.—Santiago, Chile.

Universidad.—Revista de Cultura y Vida Universitaria.—Publicación trimestral.—Consejo de Redacción: Dres. Domingo Miral López, Pascual Gálindo Romero, Manuel de Lasala y Ullas, Ricardo Lozano Monzón, Santiago Pi y Suñer, Antonio de Gregorio Rocasolano.—Zaragoza, España.

La Sierra.—Órgano de la Juventud Renovadora Andina.—Revista mensual de Letras, Ciencias, Arte, Historia, Ciencias

almoced, que agotados por la brega excesiva, embrocados y debilitados por el alcohol, amanecieron inuertos una mañana sobre la tierra húmeda del rancho, como implorando al cielo con los ojos abiertos por los anchos agujeros del techo pajizo. Así, endurecidos, desdeñando esta arcilla generosa, entendemos edificar el porvenir del país. Así formamos las nuevas generaciones populares, a las que hemos de pedirles solidaridad

en la lucha y en el sacrificio en las horas críticas de la patria. Cuando digo decir que la mayoría de los maestros albanos son pobres de espíritu, no revelo contra esa teoría. Se necesita tener cabeza firme y criterio de escéptico, para no equivocarse bajo el asalto de tantas y de tan trágicas responsabilidades. (No es el maestro burócrata el peor de los delincuentes.)

Maitre RENARD

Sociales y Polémica. — Dirección: J. Gano. Guevara. — Lima, Perú.

Para Todos. — Revista fundada y dirigida por el doctor Manuel Zúñiga Iñiguez. — San Salvador, El Salvador.

Motivos Colombianos. — Revista mensual. — Director: Oscar Terán. — Panamá.

Ecuador Ilustrado. — Exponente de las más fecundas actividades nacionales. — Director: Héctor Zambrano B. — Guayaquil, Ecuador.

Espiralex. — Revista moderna de cultura. — Quito, Ecuador.

Il Carosello. — Revista Italo-Hispanoamericana. — Directora: Clara Bartolomei. — Génova, Italia.

España y América. — Revista comercial ilustrada de Exportación, Economía y Finanzas. — Director: Eduardo de Ory. — Cádiz, España.

La Vida Literaria. — Suplemento de la revista "España y América". — Cádiz.

Petúles. — Revista de cultura. — Director: Antonio Reyes. — Caracas, Venezuela.

Elite. — Revista semanal ilustrada. — Director-Editor: Juan de Guzmán. — Caracas, Venezuela.

Mundial. — Revista semanal ilustrada. — Directores: Julio Gómez de Castro y Adolfo Martí. — Barranquilla, Colombia.

Generación Consciente. — Revista Ecléctica. Publicación mensual. — Valencia, España.

Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes. — Fundador y propietario: José María de Gamoneda. — Director: Juan R. Acevedo. — Madrid, España.

Santafé y Bogotá. — Revista mensual. — Directores: Víctor E. Caro y Daniel Arias Argáez. — Bogotá, Colombia.

Tierra Nativa. — Revista gráfica. — Director: J. M. Salazar Álvarez. — Buenamanga, Colombia.

Educación. — Revista mensual para el Magisterio. Órgano de la Dirección de Estudios de Pichincha. — Director: Emilio Uzcátegui. — Quito, Ecuador.

Orto. — Revista Universal Ilustrada. Ciencias, Artes y Letras. — Director: Juan F. Saniol. — Manzanillo, Cuba.

Revista del Círculo de Bellas Artes. — La Paz, Bolivia.

Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos. — Cuenca, Ecuador.

Waraka. — Revista bimestral de Arte, Doctrina, Literatura, Polémica. Órgano de un grupo de Estudiantes Universitarios. — Directores: J. M. Valarde F. — Arequipa, Perú.

El Globo. — Revista mensual de interés general. — Director: César Sylva. — Quito, Ecuador.

Revista Ariel. — Autonomía Patria, Letras, Ciencias, Miscelánea. — Director: Froylán Turcios. — Tegucigalpa, Honduras.

Alma Hispana. — Publicación mensual, defensora de intereses generales. — Director: José Romero López. — Madrid, España.

Páginas Selectas. — Revista para todos. — Director: Pedro Germán Amat. — Guayaquil, Ecuador.

Letras y Números. — Revista mensual publicada por la Librería e Imprenta "Gutenberg". — Guayaquil, Ecuador.

La Zuda. — Revista de Cultura, Ilustrada. — Tortosa, España.

Libertas. — Revista Científico-Literaria. — Director: Ft. E. Mora Díaz. — Zapatoaca, Colombia.

Vida Marroquí. — Publicación semanal ilustrada. — Director: Fermín Requena. — Melilla, Marruecos.

Revista Municipal. — Órgano del Ayuntamiento de Guayaquil, Ecuador.

Revista de Instrucción Primaria. — Director: Luis U. de la Torre. — Barra, Ecuador.

El Municipio. — Órgano de intereses municipales. — Ambato, Ecuador.

Revista Municipal. — Riobamba, Ecuador.

Sol de Domingo. — Director: Pablo Balañez Muecayo. — Quito, Ecuador.

Ciencias y Letras. — Directores: J. Ricardo Palma y Bartolomé Huerta. — Guayaquil, Ecuador.

Lecturas. — Director: Raúl Cromitos J. — Buenos Aires, Argentina.

La Aurora. — Publicación mensual ilustrada. — Director: Agustín A. Freire. — Guayaquil, Ecuador.

PERIÓDICOS

El Mercurio. — Cuenca, Ecuador.

La Prensa. — Guayaquil, Ecuador.

La Crónica. — Cuenca, Ecuador.

Integridad. — Lima, Perú.

El Cosmopolita. — Ambato, Ecuador.

Los Andes. — Riobamba, Ecuador.

Diario de Oriente. — San Miguel, El Salvador.

El Herald. — Abancay, Perú.

Amancay. — Abancay.

La Alianza Obrera. — Cuenca, Ecuador.

Renovación. — Cuenca, Ecuador.

El Cronista de Correos. — Quito, Ecuador.

Confederación Obrera. — Guayaquil.

La Voz de Santa Marta. — Colombia.

Nubes Verdes. — Narino-Ipales.

El Carchi. — Tulcan, Ecuador.

DOCE PUBLICACIONES IMPORTANTES QUE UD. DEBE SOLICITAR

SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

Directores:

Carlos A. Amaya
Julio V. González
Carlos Sánchez Viamonte

—
La Plata
República Argentina

MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director Fundador:

Victor Andrés Belaunde

Director:

Alberto Ureta

—
Apartado N° 176
Lima, Perú

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicación Mensual de la UNION IBERO-AMERICANA

—
Suscripción anual:
15 pesetas

—
Calle de Recoletos, N° 10
Madrid, España

CULTURA VENEZOLANA

Revista Mensual

Director:

José A. Tagliarero

—
Apartado N° 203
Caracas, Venezuela

LA SIERRA

Organon de la Juventud Renovadora Andina

Revista Mensual de Letras, Ciencias, Arte, Historia, Ciencias Sociales y Polemica

Dirección:

J. Gmo. Guevara

—
Apartado N° 10
Lima, Perú

SANTAFE Y BOGOTA

Revista Mensual

Directores:

Victor E. Garo
Daniel Arias Argáez

—
Bogotá, Colombia

ESPAÑA Y AMERICA

Revista Comercial, de Exportación, Economía y Finanzas

Director:

Eduardo de Org

—
Alameda de Apodaca, 17 y 18
Cádiz, España

ORTO

Revista Universal Ilustrada de Literatura y Arte

Director:

JUAN F. SARIOL

—
Martí, 31
Manzanillo, Cuba

REVISTA ABUEL

Autonomía Patria, Ciencias, Misceláneas

Director:

FROYLAN TURGIOS

—
Tegucigalpa, Honduras
Centro América

REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Fundador:

Enrique Matta V.

Director:

Félix Nieto del Río

—
Santiago, Chile

REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Fundador y Proprietario:

José María de Gamoneda

Director:

Juan B. Acevedo

—
San Agustín, N° 7
Madrid, España

PERFILES

Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades

Director:

ANTONIO REYES

—
Apartado N° 434
Caracas, Venezuela

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Miceláneas y Documentos

PUBLICADO POR

J. GARCIA MONGE

Apartado Letra X
San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCIÓN: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,
\$ 6.00 oro americano.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN (ADELANTADA) Por año 8,00 dollars

Dirección y Administración: LIBERTAD 747

U. T. (41) 3354 Plaza.

BUENOS AIRES



Callo Bander
Manajato